8738
3438
E863.4

LUIS A. MOSCOSO VEGA

8306

CHANITA

Novela de costumbres campesinas

CUENCA-ECUADOR
1939.

TALLERES GRÁFICOS DE "EL MERCURIO"

F3 11

PROLOGO

REMIGIO CRESPO TORAL

PRÓLOGO

La novela en la Amèrica hispana ha tenido vicisitudes en las diversas repúblicas y un progreso relativo, no correspondiente al empuje lírico y oratorio con que las literaturas de ultramar hicieron los primeros ensayos de incorporación al pensamiento universal.

En el período romántico, la novela imitó el modelo europeo —el de Russeau, Saint Pierre, Chateubriand, predominando los cuadros de viaje y las narraciones de color y matiz extraños a la simplicidad de la tierra nueva.

Se prescindía del tema regional y del ambiente criollo. Como excepción, se diseñaban aspectos de la costumbre, con detalles de caricatura, y sales y especias de retórica de trasplante. La novela de observación, la documentada, pintoresca e ingenua había de aparecer casi a un tiempo en las patrias americanas de habla española: la Argentina, Colombia, Méjico, el Perú, Chile, Venezuela, Bolivia.....

En el Ecuador la novela se inició, con los "Capítulos que se olvidaron a Cervantes", los que trasladan escenas locales y serraniegas de los Andes ecuatoriales, a propósito de la suprema revivicencia del Caballero de la Mancha: obra por tal motivo, de imitación de un libro inimitable, resultó mal concebida y fastidiosa, no obstante los primores de e-

jecución allí malogrados. Con todo fue algo como el heraldo del género en estos países y gloria de la iniciativa.

La novela americana ha venido extendiendo sus empeños, sin esquivar la paciente y la nimia observaciòn de hombres y cosas nuestras, de peculiaridades de cada comarca y de las distintas razas que la pueblan: ello en la Argentina con relatos de la vida en la pampa, predominando DON SEGUNDO SOMBRA de Güiraldes y en la novela histórica la rigurosa figura de FACUNDO interpretada por el gran Sarmiento.

El género habìa de cobrar popularidad y prolongación en el Perú en las "Tradiciones" del ameno y castizo Ricardo Palma y continuar en narraciones del Incario, como la interesante de Aguirre Morales sobre episodios de la conquista de los Llanos.

En Chile, Edwards Bello, Barrios Prado dieron la nota precisa y selecta de la literatura de raigambre propia e ingenua, igualmente que en Bolivia, Arguedas; en Colombia el insuperable Tomás Carrasquilla y el autor de la estupenda VORAGINE y en Venezuela Romero García, Rómulo Gallegos y Teresa de la Parra. Méjico requiere atención especial: es la cuna de Azuela y de los novelistas famosos del ciclo de la Revolución.

En nuestro medio social sin mencionar CUMANDÁ de Mera como obra de transición y que pertenece más bien al movimiento romántico, perduran sus relatos menores, que los había de continuar uno de sus inteligentes hijos. Queda también en el repertorio nacional "A la Costa" de Luis Martinez, artista de la pluma y del pincel y Carlos R. Tobar digno por muchos motivos de memoria. Vendría luego la falange de jóvenes novelistas del Guayas: José de la Cuadra, Gallegos, Aguilera Malta, Diez Canseco, Icaza, Gilbert; y en el

norte, Sergio Núñez, Salvador, Rubio Vázquez y....

En Cuenca se incorporaron al movimiento gallardamente: Manuel Muñoz Cueva (Cuentos Morlacos), César Andrade y Cordero (Barro de Siglos). Imposibilidades editoriales impiden la composición y publicación de obras por escribirse e inéditas.

Hoy publica un ensayo de costumbres campesinas el joven periodista, pintor laureado en la Escuela de pintura de Cuenca, Dn. Luis A. Moscoso Vega de la última inteligente generación de escritores.

Su libro **CHANITA** *contiene, en la inevitable fábula erótica (el amor de un blanco a una moza india) descripción de usos y cuadros de nuestros campos los de la verde planicie y sierra de Tarqui.*

Se plantean los problemas, no complicados pero hondos, de la vida agraria, sus dramas y tragedias: los del abigeato rapaz y valiente, la lucha a muerte por el agua de regadío, las siembras y las cosechas con sus sencillos festivales. Las **mingas** *con la pintoresca dispersión y el genial regocijo que degenera en desorden y tumulto, la intervención antipática de la autoridad política parroquial, los atentados de terratenientes y sus comparsas, los hechos de sangre, de codicia y de lubricidad; y al fondo de todo la infelicidad del pequeño propietario y sobre todo del indio, presa de la irregularidad de sus hábitos y esclavisado a la coyunda del amo, del teniente y del soldado.*

Nada más difícil que la sencillez que debe constituir la sustancia del criollismo, sin pretensiones de copia ni oropeles de literatura que dañan la bella y desnuda realidad, respetando el imperativo ético que rige también la palabra hablada y escrita. El criollismo ha de usar parsimoniosamente de las descripciones, que a veces abundan a manera de ripio, acertar con la naturalidad del diá-

logo y omitir consideraciones psicológicas, las que se desprenden por sí mismas del relato, sin inútiles apreciaciones del relator.

El Sr. Moscoso Vega ha emprendido noble aunque difícil labor, en país no abierto aún a la total expansión del arte. Ello le honra por la valentía del intento que ha correspondido a su generosa intención.

Vaya la juventud adelante con tan preciado ejemplo. La cantera casi intacta se encuentra para trasladar a la figura los caracteres perdurables: el del indio, el montañés cimarrón, el chazo a medio civilizar, el pequeño estanciero, el cascarillero, el lavador de oro, el arriero, el buscador de vida, el recluta, el emigrante, el criado, el gañán.... tántos tipos de esta caravana de dolor de nuestra incipiente civilización.

Además del motivo del amor, hay tantos otros en la vida.....

Cuenca, Abril de 1939.

REMIGIO CRESPO TORAL.

CHANITA

DEDICO ESTA OBRA

Al cumplido caballero Sr. Dn.

JUAN MANUEL VINTIMILLA,

y a todo el pueblo tarqueño, testigo de las escenas de amor y de sangre que guarda este libro.

El Autor.

PUBLICACIÓN HECHA CON OCASIÓN DE CELEBRARSE EN ESTA CIUDAD EL CCCLXXXII ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE CUENCA.



Luis F. Moscoso Vera

CAPITULO I

—¡Se ha inundado la Estación!

El camino está lavado, gritaban los muleros y se volvían arreando las bestias que cargaban la barrilada de leche.

Los camiones habían atascado cerca de Zhucay.

Seis mil litros de leche harán mucha falta a Cuenca.

El invierno invadió la dilatada pampa tarqueña; la hoya de verdes parcelas ahora es un lago ilimitado donde las impolutas garzas trazan paréntesis de silencio y pintan puntos suspensivos.

Las manadas mugen hundidas hasta las rodillas en su imposible ansia de comer.

El trabajo de ordeño que constituía la más bella y pintoresca visión de las madrugadas, ha de tener sus vacaciones. Los riachos Cumbe y Tarqui, convertidos en amenazadores torrentes, han destruído tajamares y se han llevado los puentes del camino carretero.

Las chozas de los cuentayos son pirámides de rubias formas, inmovilizadas a flor de agua, rezando su eterna oración de recogimiento y humildad.

Cerca de la carretera, más arriba de la Estación de Cumbe, surge, como siempre en los inviernos, el dilatado estanque azul: poema de agua que admiran los poetas del Tomebamba.

Los sauces y álamos, sugieren frívolas embarcaciones de caprichosas formas, que esperan una señal secreta para zarpar. Dase la señal; la neblina cubre la región y, bajo el fantástico esfumado, se pierden los vaporcillos. Las silenciosas gasas presentan un piélago de desconocidos mares infinitos....

* * *

Arrebujado en grueso poncho de lana merina, se pasea inquieto don Pedro García, el hacendado más rico de la región.

Por la larga entrada de cipreses, avanza Valerio, el único heredero de los caudales de don Pedro.

Un amplio sombrero negro con el contraste de ribetes blancos, es su distintivo, además de los zamarros finos y las grandes espuelas de plata repujada, que ningún otro puede adquirirlas. Se apea de su ágil saíno y, arrendándolo en la caballeriza, donde le saludan con relinchos alegres los overos y retintos, sube Valerio a su cuarto, haciendo un tintineo con las espuelas en los amplios escalones.

—Buenos días, padre, dice Valerio, tocándole en el hombro.

Buenos, los tengas, hijo mío. ¿Pasaste por la Estación?

—Vengo de allá: el servicio a Cuenca se puede hacer sólo a caballo; los camiones no avanzan. Con tu permiso, debo cambiarme de ropa.

Despojado de sus zamarros y más adminículos, tendióse en la hamaca, junto a los vitrales, desde donde se veía la inmensa planicie salpicada de manchas negras y blancas: ganado Holstein, raza pura, importada de Estados Unidos.

En un ángulo del aposento, una radio trae músicas evocadoras que le hacen pensar a Valerio en proezas de jinete y en aventuras de sierra.

Más allá, en un cofre de finas maderas, descansa la concertina, alma de las parrandas y plañidera en los velorios.

En las paredes, se ostentan, a manera de perchas, hermosas cornamentas de venados, que sostienen rebenques y lazos con anillos de plata.

Y, mientras sigue el silencio de la pampa y la placidez del campo se suma al acariciador ambiente del hogar, piensa Valerio:

Si yo fuese libre, si no tuviese a mi madrecita santa que ignora mis andanzas y pide a Dios por su hijo en sus peligrosas ausencias; si no amase a esta tierruca de pastos buenos y de cercados de retama florida, a esta pampa tan mía, donde las fuentes cristalinas copian azules cielos y las albercas multiplican los rápidos vuelos de las garzas; si no estuviese *amañado* a mi querencia agreste de senderos fragantes, donde mis huellas se repiten y mis aventuras ya se borran en la remota obscuridad del tiempo ido; si no me hubiese hermanado con el canto de inocentes pastores y con la serenata de zorzales en la fronda de las capulicedas seculares; si no fuesen para mi muelle regazo, las vegas de los remansos esmeraldinos y caricias sutiles, las cabelleras de los sauces llorones; en fin, si no hubiese nacido pastor y si no idolatrase los ojos negros de las campesinas humildes, ya me iría, sin rumbo, variando cada vez el sendero, hasta despeñarme desde un derrotero y olvidarme de la tragicomedia de la vida... Pero, ¡oh! destino, estoy atado a la chacra con el irrompible lazo de mi idiosincrasia y de mis veinticinco años de pam-

pero, ofrendados en el altar sin mácula de la Chanita tarqueña... Te adoro con todo lo que tengo y me arrodillo en los senderos bañados de luna para ofrecerte mi idolatría... Chanita, tú eres la única que pudiste reemplazar a Laura; su efigie ya no tiene motivo de ornamentar mi departamento; su amor tiene el frío del mármol que la simboliza!...

Silbó el látigo sobre la estatuilla que fué a despedazarse sobre las baldosas del patio...

* * *

—Valerio, llamó don Pedro, desde la azotea.

—Creí que no estabas, padre, repuso Valerio.

—¿Qué tienes, hijo, siguió don Pedro, mientras miraba hacia la llanura; —qué tienes? Estás cambiado. Cuéntame.

—Mira, padre, de una vez diré toda mi angustia: yo amé una mujer bella, una mujer con todos los encantos forjados en mis ensueños, una mujer real que existió desgraciadamente muy cerca de mí; la adoré por mucho tiempo, fué tan mía, fué tan de mi tierra... Tú comprendes y sabes lo que sucedió; no es necesario repetir: sobre ella pesa ahora una negra noche de dolor y de tragedia... Me pospuso, rompió los lazos de nuestro amor que ya se habían profundizado bastante y siguió a otro, a otro que no vió en ella sino a la mujer... Y vino la desgracia y para mí el invierno que apagó la lamparilla de mi adoración... Ahora ya no puedo querer como quise; mi desesperanza me está volviendo un miserable misántropo, lo comprendo, padre, pero no puedo remediarlo; ya no pienso en aquella locura de amar y, cuando mi naturaleza me reprocha y me induce a querer y a pensar, entonces idealizo, me forjo una mujer

imposible, una mujer que nunca existirá, porque la pienso tan perfecta y tan mía... Es cuando me invaden la tristeza y la nostalgia de aquel amor tan distante... No habrá, padre, en la tierra lo que pretendo ahora. No sé si feliz o desgraciadamente, aquello no se hace ni con el talento ni menos con el dinero.

—Eres hombre, y el hombre con constancia alcanza lo que quiere. No hay que *sentimentalizar* demasiado. Comprende que tienes un futuro halagüeño, una vida llena de muchas ilusiones: no hay que sufrirla sino vivirla como mejor se pueda. Mira: lo mejor que puedes hacer en este caso, es poner tierra de por medio. Viaja, yo te llenaré los bolsillos del dinero que necesites y te encaminaré. Quiero que conozcas el mundo, que veas de cerca las paradojas de la vida y las tragedias de los hombres; la vida no es un día de gloria y otro de dolor; este mundo es tan complejo, es tan ancho el mundo, hijo mío. Después de que lo conozcas podrás decirme si he hecho mal en disuadirte de tu tan inmotivada tristeza.

—Nunca podrás hacerme mal, padre... Pero, para mí la vida se ha compuesto de una veleidosa sonrisa que cambió por una mueca terrible y eterna..... Ahora mi mundo está aquí; para qué he de viajar si mi horizonte se extiende y termina sólo en la pampa bordeada de sauces y ornada de fuentes: quiero sentirme niebla, brisa y sol y cuando menos lo piense, confundirme en el vaho inmenso de la tierruca, en alguna tarde solitaria.

Don Pedro comprendió las palabras de Valerio: era Chanita más que la querencia y el sol. Tosió sin replicar más y pasó a la biblioteca, de cuyos ventanales se dominaba el jardín de floridos rosales, donde brotaba, como un arrullo

dulcísimo, el agua del surtidor de mármol del Portete...

CAPITULO II

Hacia el lindero de la Hacienda García, siguiendo el sendero de los zagales, que lleva a la colina del Callejón, se distingue una casa vieja, con trazas de haber sido de grandes señores, con su techo que se agobia sobre las roidas paredes, como un abierto libro antiguo, en cuyos forros trazaron el sol y la escarcha caracteres incomprensibles.

Y fué antes refugio de latifundistas, de viejos patriarcas, cuyo recuerdo ya se pierde en descoloridas leyendas campesinas.

Prototipo de rudimentaria arquitectura, con su amplio corredor lleno de sol y sus aposentos con cielorasos de carrizo y de barro. Un zaguán divide la simétrica construcción y desemboca atrás, en el cuadrilátero de tapial, que antes y ahora sirve de pesebre y de corral. Viejos geranios asoman, en los bordes derruídos, sus corolas inmóviles entre hojas amarillentas y entre paja cerril que ya se ha apropiado de las ruinas. El prestigio de los viejos años los vuelve intangibles: ni las errantes abejas se posan ya en sus cálices exhaustos.

Guardada entre algunas hileras de sauces que llevan en su corteza las huellas de remotos dolores y presentan desfiguradas las inscripciones de ilegibles nombres, sigue la pintoresca mansión desafiando al tiempo....

Después que se han hecho las innúmeras divisiones en las mortuorias de tantos dueños, vino, por fin, a quedar de propiedad de un heredero, al que no complació la agricultura y la vendió, con un pedazo de terrenos, al indio José María Guamán, actual propietario que la habita en unión de su familia, formada por su mujer, mama Guada, su hija, la bella y encantadora doncella, cuyo nombre, Chanita, es una oración que se repite en los labios de todos los solteros de Tarqui, y tres hijos menores, a cuyo cuidado están la vaca y el rebaño.

José María Guamán fué de joven peón de la hacienda de don pedro García; por sus cualidades y talento Guamán llevó, por dos períodos, terciado, en sus robustas espaldas, el rebenque del mayoralato. Durante este tiempo, como con toda autoridad sucede, adquirió dinero suficiente para pagar la deuda, comprar algunas "posesiones" y llamarse "indio libre".

En el tiempo de su compromiso, nació la Chanita, su primogénita, cuando el único hijo de don Pedro, Valerio, apenas contaba cinco perfumados abriles.

La bella estancia del amo rico, sus alamedas, sus alquerías, el estanque de los gansos, los entretesijos del huerto, son testigos de tantos y tan plácidos juegos infantiles de Valerio, su vecino Antonio y la chinita Guamán.

Entre juegos y entre cumplir con sus obligaciones del pastoreo, encomendadas siempre a los niños, pasaron los años, hasta que José María Guamán, depuso su cargo en la persona del actual mayoral, Macario, yéndose a vivir en sus tierras propias y dejando, con su ausencia, un vacío en la hacienda y una pena inconsolable en el alma de Valerio con la separación de su compañera de alegrías y azares.

* * *

José María Guamán, a más de ocuparse en labores agrícolas, efectuaba continuos viajes a Loja, como viajero que tenía establecido el tráfico de mercaderías entre aquella ciudad y Cuenca.

El repetido y penoso viaje, acaso la amistad con gentes de no muy limpia conciencia y quizá un ótavo cercano, he ahí que cambian derrepente el corazón de Guamán y le vuelven un peligro en los solitarios parajes de la cordillera.

Su primera hazcña es el asesinato al correo de Loja, en el cual ganó algunos centenares de pesos.

Como no siempre era fácil el asalto a los caminantes y, como el crimen estaba ya adueñado de su corazón y tenía un impulso invencible hacia la aventura y el peligro y, además se había hecho ya un método de vida que producía un buen renglón de ingresos, comenzó por robar ganado orejano que, en grandes partidas y sin ninguna vigilancia, vivía en los pajonales pertenecientes a las grandes haciendas de la cuenca tarqueña.

Las cualidades físicas de Guamán: su hercúlea fuerza, su estatura imponente, su agilidad y destreza en el manejo del machete y el lazo, etc., unidas a su inteligencia y conocimiento del lugar, eran un estimulante para continuar su terrible ocupación.

Sin embargo no dejaron de llegar amargos días de tormento, cuando en las cárceles de la ciudad, debió pasar por dolorosas pruebas y cumplir condenas de varios meses; o cuando, en las muchas ocasiones en que herido gravemente en los encuentros con valientes cuentayos, debía sujetarse a los medicamentos del empírico Abril.

Pero nada arredró a Guamán: salía de sus prisiones o se curaba de sus heridas y volvía con más venganza a las alturas a cometer atrocidades, a pesar de las súplicas de Guada y de las lágrimas de Chanita.

En su casa jamás faltaron carne fresca ni dinero para satisfacer las exigencias de montañeses que mantenían un rango muy distinto al de otros campesinos pobres y sujetos a los compromisos en las haciendas.

En las festividades o en los aniversarios convencionales, la familia Guamán era un anfitrión que no escatimaba gastos para albergar en su residencia a lo más distinguido de la región. Generalmente asistían a sus convites el teniente político, los jueces, los amos Valerio y Antonio y los parientes de más consideración, a más de los "socios" de "taita José María", como le llamaban con respeto los indios conocidos, que formaban la terrible pandilla.

El socio principal y brazo derecho de Guamán, era Miguel Pugri, un inteligente indio que no sabía lo que era miedo y cuyo principal oficio era el contrabando de aguardiente yunguillano.

Levantó su casa en la quiebra de una garganta y la rodeó de muchos árboles que hacían de celosía para los carabineros que pretendían sorprenderlo en su delito.

—¡Este Gobierno que no entiende —solía decir con frecuencia— ni sabe lo que es ganarse la vida mediante el sudor propio; estos dueños de nuestro propio trabajo que prohiben, como si fuera el peor pecado, la venta de un producto que a nosotros nos cuesta conseguirlo, gracias a tantos afanes y a tantas privaciones!

En las alturas del Silván, Guamán y Pugri elaboraban los programas de ataque y, por medio de chasquis de su confianza, hacían llegar

las órdenes a todos los socios que habitaban generalmente la cordillera y eran casi todos cuentayos rentados por las haciendas para el cuidado del rejo aclimatado en el pajonal.

Pugri viajaba por caminos casi sólo por él conocidos y en los despeñaderos de la altura, de trecho en trecho, tenía placeles ocultos donde solía encontrarse con su jefe Guamán para ponerse de acuerdo o para festejar los triunfos del abigeo con bastante aguardiente de caña, del superior producto de Yunguilla que él podía conseguir, mediante su práctica y gracias a la vieja clientela que estableció con los propietarios del "caliente".

* * *

De esta manera, José María Guamán con su pandilla, se había vuelto el terror de la comarca y ya le era difícil vivir tranquilo ni quedarse en su casa por más de un día sin el peligro de que lo apresasen.

La deficiente policía del pueblo, tímida y sin nociones detectivescas, aunque no se atrevía a perseguirlo abiertamente, por lo menos ahuyentábalo de las planicies donde hubiera podido Guamán hacer magníficas presas en los ricos corrales de las haciendas.

El cuerpo policial, formado por indios de la misma región, y al mando del teniente político que poco o nada sabe de estos asuntos, estaba, además, mal rentado y ningún caso hacía de cumplir con su deber a satisfacción, cuando no se daba el caso de que se ponía de parte de los cuatreros.

En tales circunstancias y habiéndose incrementado el robo de una manera amenazante, los mismos hacendados resolvieron defenderse, haciendo de guardianes de sus propios teneres.

Todo empeño y todo reclamo ante las autoridades, tanto del villorio como de la ciudad, habían sido inútiles y los dueños de hacienda comprendieron las inmensas pérdidas y convinieron en poner a las órdenes de Antonio Cárdenas, el mozo más valiente y diestro, a sus mayorales y más gente para contrarrestar los contínuos ataques del bandido Guamán.

Desde hace cuatro meses en que Antonio y su íntimo amigo Valerio parrandearon donde la Chanita, con motivo de las romerías a Loja, no han vuelto a repetirse las jaranas donde mama Guada; Valerio no se ha visto con Chanita que siempre le hacía especiales deferencias.

Escasearon las visitas y, aunque no había entre la familia Guamán y los amos un explícito motivo para tal distanciamiento, sin embargo, algo se presumía y la Chanita, ignorante de la empresa de Antonio, echaba toda la culpa a que "ño Valerio debía de estar enamorado de alguna chiquilla cuencana y no tenía tiempo de visitarla y de organizar jolgorios".

Además todos los ajetreos de los amos en contra de Guamán constituían profundo secreto y mucho más para los Guamán, a quienes nadie se daría el trabajo de comunicarles por respeto o por miedo a José María que no creería tales aseveraciones y se vengaría con el robo de la mejor cabeza de ganado.

CAPITULO III

En la tarde de este día de Mayo, apareció por fin en la gran tela del horizonte el boceto del inicial verano. Cesó el rumor de las cascadas y las inquietas golondrinas, se recogían a sus nidos ya entrada la noche.

La placidez de la extensa llanura, convidaba a meditar y el estatismo de los caducos eucaliptos envueltos en tinieblas era amonestación de silencio. De rato en rato, se oía un mugido distante, como si fuese la voz de alerta del atalaya de la pampa, previniendo contra el acecho de cuatreros.

Arrellanado en una butaca, de frente a la cetrina pampa, meditaba Valerio en el problema de su vida. Después de pensar en viajes y en todas las posibilidades ofrecidas por don Pedro, concluyó resolviendo: yo no cambiaría el bullicio de París por el silencio de mi chacra... No iré.

Y hojeando una revista, quedóse dormido.

La noche se derramó en el campo; la inmensa cuenca de Cumbe era una ánfora de azabache.

Las ocho, las diez, las once.

De improviso rompió el silencio una guitarra en el patio:

"Despierta y abre los ojos,..."

Valerio se asomó a la ventana.

—Valerio, Valerio, dijo una voz.

—¿Quién?, preguntó Valerio, haciendo un esfuerzo por distinguir entre las sombras. —¡Ah! eres Antonio, sube.

—Conviene que bajes; prepara el mejor caballo: tenemos aventura.

Una fina llovizna hacía un murmullo secreto en las hojas de los helechos.

. . . . . .

Antonio, el joven hacendado, vecino íntimo de la hacienda García. El mejor domador de potros y el mejor lacero de Tarqui; sin miedo a nada ni a nadie, sobre sus veloces caballos, era, en las noches, la fatídica sombra de los ladrones y de los chazos que destomaban el riego. Diestro para todos los trabajos pamperos, no lo era menos para hacer gemir su concertina en las fiestas de los campesinos. Codicia de todas las hermosas *chagras*, era la envidia de los varones que en valor y destreza, no lo igualaban.

Vino esta noche para acompañarse de Valerio y descubrir el abigeato, cuya denuncia la hicieron ayer en la tarde.

—Vamos, Valerio, cíñete la mejor pistola: llama a tu mayoral y escoge los dos mejores caballos.

—Vamos, repuso Valerio; es curioso que vengas a invitarme para aventuras de manera tan romántica: deja la guitarra.

—No sabes tú: iremos cantando; así nos creerán de fiesta y los espías de los ladrones no sospecharán... Vamos con ella, que después del encuentro nos servirá para improvisar una fiesta en pago a nuestro trabajo. Iremos donde la Chanita.

Modulando cantares, iban los dos amigos,

seguidos de sus mayorales que dentro sus pesados ponchos, escondían las armas.

La llovizna trocóse en lluvia y los cuatro hombres, recibiendo la doble gota de las hojas y haciendo proezas de jinete en los resbaladizos charcos, avanzaban a galope lento hacia la pendiente que lleva al páramo.

—Patrón, gritó uno de los indios— ayá vienen dos montados a todo correr; los venía notando dende el puente: onde se sabe que sean espías.

Y, acercándose a los amos les entregaron sus revólveres.

En la espesa sombra, casi nada se distinguía; sólo la telescópica vista del indio percibió unas siluetas.

—Valerio, quita el seguro a tu pistola.

Se dejó oir claramente el rápido galopar de ágiles caballos que sobre el suelo llovido hacían un chasquido.

—Pasque son mayorales de otras haciendas, dijo Macario, el mayoral de Valerio.— Patrón, espera pa conocer.

Las dos siluetas se plantaron ante nuestros hombres y una voz varonil, dijo:

—¿Quién anda istas horas?

Dos machetes brillaron, sin embargo de la oscuridad.

—Calla, tío Juan, ordenó Santiago, el mayoral de Antonio;— nu cunoces a patrones?

Los indios se avergonzaron de su equivocación y saludaron a los amos con muestras de cariño.

—Este momento deben estar saliendo a la portada, dijo Antonio.— Deja, Santiago, la guitarra en la choza del cuentayo y trae los mejores lazos y la carabina del semanero.— Síganme, mitayos ajos y rajen espuela para poder al-

canzarlos; si pasan del Pongo ya será difícil.

—Así es, Patrón, siguió uno de los recién llegados; vamos con todo el coraje, porque de nuestras tierras también si roban treinta cabizas di yuntas.

—Adelante, gritaba Antonio, que si mueren nuestros caballos, ya repondremos con los de los ladrones.

Llegaron en el pueblo de Cumbe. Antonio puso de grupas a su caballo contra las puertas del estanco, las que cayeron en astillas, a las repetidas coces.

—Deme dos litros de aguardiente, le gritó al vejete que, semidesnudo y asustado, se detenía detrás el mostrador.

Sin esperar más, Antonio internó en los largos bolsillos de su zamarro las botellas llenas, vendó con un billete los ojos del tabernero y se perdió, seguido de su gente.

Arriba, en el cruce de los caminos que llevan respectivamente a Girón y a Loja, se detuvieron un instante. Los mayorales se apearon, encendieron cautelosamente algunos fosforillos y vieron que no había huellas de que hubiese pasado el ganado.

—Nu han pasado tuavía, patrón, esperémosles.

Se apearon; Antonio llenó sus carrillos con un buen bocado de aguardiente y sopló en las narices de su caballo.

—Para que no desmayes después, dijo, y ordenó a los indios, esconder todos los caballos entre el matorral.

Luego se apostaron entre la paja. En este momento llegó el indio con la carabina y los lazos.

Cesó la lluvia; sólo una tenue garúa dejaba esferitas brillantes en el pelo de los ponchos; la luna apareció enfermiza tras la celosía de la

niebla; se pudo estudiar el terreno que no podía ser más estratégico; a veinte pasos debía pasar la manada. El ansia de que viniesen pronto alargaba el tiempo. El frío del pajonal mordía el cuerpo y paralizaba los miembros; el viento mujía entre la enramada y traía un rumor como el romperse de olas lejanas. De rato en rato, cruzábanse las perdices con su graznido lúgubre.

Para que no se viera lumbre, se encendían cigarrillos, ocultándose bajo el poncho. A pico de botella se tomaba aguardiente, para tener valor en la lucha.

—¡Los cóndores me saquen los ojos si no cazo a estos bandidos!, dijo Antonio.

—Quién sabe si será el miso José María Guamán que esté viniendo, insinuó Santiago, y apretó el hocico de su perro, ahogando un aullido.— Pasque vienen; el perro está olfateando.

—Ya vienen, siguió Antonio.— Un momento, nadie dispare antes que yo; cuando los ladrones contesten, descarguen juntos. Apriétense los calzones, mitayos y listos a montar para seguir al ganado, mientras nosotros cortamos el paso a los bandidos.

Reinaba un silencio sepulcral; los mayorales pegaban el oído al suelo para percibir algún rumor.

—¡Ya vienen!, dijo Santiago, apunta patrón, pero en la neta; no errarás.

Salto tras salto pasaban la zanja los bueyes, arreados por cuatro jinetes.

—¡Alto canallas!, gritó Antonio y, a la detonación de su fusil, se desplomó el primero, lanzando un grito.

Siguieron tres disparos: cayó un segundo y los dos restantes, desaparecieron, pendiente abajo, después de contestar con sus escopetas.

—¡A detener el ganadol, ordenó Antonio.

Como gatos, los mayorales estuvieron sobre sus caballos y, gritando, se perdieron en la sombra.

De entre las malezas, salió una voz que ya se extinguía:

—¡Cobardes, me han herido a traición; así no se mata a un José María Guamán, el rey del *jatun* (1) Portete.... Acércate, ño Antuco, ya no puedo vengarte, pero quiero pedirte un último favor.

—¡Cuidado, Antonio! —advirtió Valerio; al lado está otro que te apunta con su revólver. Y al mismo tiempo, Valerio hacía dos disparos sobre el infeliz que quedó muerto instantáneamente.

—Es mi hijo a quien matas, patrón Valerio, siguió Guamán;— cuasi me salen las lágrimas, pero yo nunca he llorado; dende que he nacido no se me ha hecho en la garganta el ñudo que tengo ahura. ¡Mi hijo, mi pobre hijo, muerto por mi culpa!

Calló un momento. Guamán era un monstruo de dos metros de estatura y su cara, que ostentaba unos ojos terriblemente siniestros, estaba cruzada de dos surcos: huellas de antiguos encuentros.

Valerio pensó en la terrible tragedia del padre de su Chanita; nunca creyó que podía ser él y ahora era tarde para remediar.

—Ven, ño Antuco, siguió Guamán;—no temas, acércate: llévate mi lazo lojano: quinientas reses ha enlazado y no tiene ni un remiendo.... Patrón Valerio, te regalo mi machete.... está fino, está muy fino, llévate, pero hazme el último favor: antes que te güelvas a la hacienda, vuéla-

(1).--*Jatun, en quechua, gran o grande.*

me el pescuezo pa acabar de una vez... Y no le cuenten nada a mi Guada, mi pobre mujercita,...

Calló por la fuerza del dolor... Recogió de sobre la fría paja sus intestinos ensangrentados y se envolvió en el poncho. Expiró, después de decirles:

—Me muero... ónde quidarán mis guaguas... quién verá por ellos... Un lazo y un machete: cuánto se ha hecho con tan poca cosa: mantención de ocho runas.... (1) ¡Adiós! Es hora, ño Valerio... con mi machete... a todo brazo pué.....

(*1*).--*Personas, hombres.*

CAPITULO IV

A las diez del dia, el fúnebre cortejo, se dirigia a enterrar a José María Guamán.

Adelante, iban cuatro jayanes, portando sobre sus hombros la *chacana* (1) que llevaba el cadáver; detrás, seguían la viuda y todas las mujeres, precediendo a los hombres, que, ora lloraban, ora maldecían desafiando al *cólico* (2) que quitó la vida al llorado Guamán...

Por último, a caballo, venían Valerio y Antonio, adulados por los indios, porque eran amos cariñosos que se habían rebajado hasta acompañar al infeliz indio. Los que sabían el asunto callaban por miedo o por conveniencia y los demás, ignoraban.

Antes de bajar a la fosa, la viuda, la Guada, se despidió del esposo irreemplazable y fué la primera que arrojó sobre el ataúd un puñado de tierra humedecida por las lágrimas. La siguieron los demás, luego de decir una frase de cariño y de despedida.

Este momento llegan los mayorales que la noche anterior se separaron en seguimiento del ganado.

—Tio (3) José María, adiós; anda guiando,

(*1*).-- *Andas.*

(*2*).-- *Dicen así siempre que los ladrones mueren a bala.*

(*3*).-- *Usan este tratamiento respetuoso en lugar de señor.*

tío— dijeron los mayorales, arrojando un poco de polvo....

Los enterradores rentados, se encargan de llenar la fosa y los del cortejo, de ahogar la pena con draques.

—Pobre indio, musitó Valerio.

—Pobre, repuso Antonio, apesadumbrado—: ahí tienes, Valerio, un cólico, nada más. Y añadió al oído de Valerio: —Un cólico... de plomo....

* * *

¡Chanita Guamán! Chanita, la más donairosa soltera de cuantas se ven en la plaza del pueblo los días feriados. Chanita Guamán, ensueño de todos los cholos y codicia de todos los amos. Por ella se fueron dos *longos* al panóptico y dos a la otra vida. Por ella, unos cuencanitos remilgados, en un paseo reciente fueron asaltados en su automóvil por José María Guamán, que les robó los vestidos y los condujo enlazados y en cueros hasta la tenencia política. Por ella hay un rico que ofrendaría su fausto y su vida: Valerio, el dueño de la esmeraldina pampa.

Chanita, de ojos como las noches de niebla que borran los senderos y desvían a los caminantes; Chanita de mejillas de crepúsculos vespertinos. Cuando recorres, en las auroras, el camino del ordeño, por las sendas de yerbas fragantes, eres una flor ambulante cercada de jilgueros que te hacen reverencias. ¡Oh! Chanita Guamán, huérfana y triste, esta mañana eras una divina dolorosa en el viacrucis del entierro!

Chanita Guamán, tarqueña la más hermosa de la serranía: así debieron ser las guapas del tiempo de los geodésicos para que hayan sucedido tántas cosas...!

La Chanita está sirviendo los draques a los deudos y a los amigos y para ellos les parece el aguardiente con agua endulzada, néctar con que obsequia la Chana, recibiendo por cada copa una galantería de cada cual.

—Gracias, china peregrina— le decía Valerio y le susurraba al oído: —dame un beso, Chanita.

—China, me enloquezco al mirar tus ojos— le soltaba Antonio, al recibir su turno.

Y la Chanita, casi sin entender las palabrejas de los amos, les sonreía y, coqueteándoles, contestaba:

—Calle, siñur; pruebe si está bien el azúcar.

Momentos después que comenzaron los tragos, sonó el violín de un cholo, que *terciado* el poncho hacía aspavientos para que le viera la Chana.

Entusiasmóse Antonio y comenzó a tocar la concertina, acompañándose con la guitarra de Valerio.

Entonces iba a comenzar lo bueno del entierro; ni podía ser por menos: se trataba de José María Guamán. Con buena música y con buen humor, se quedarían bien pagados los deudos.

El cholo, dejó su violín y rompió el cuadro, bailando con la Chanita.

—Este indio debe salir— pensaba Valerio—; si nó lo haré barrer el camino, atado a la cola de mi caballo.

Cuando Valerio terminó su música, salió al patio y, ocultándose tras el rosedal, llamó al cholo Salvador.

—Pero, patrón, con la Chana estovimos palabriados (1)

(1).-- *Comprometidos en matrimonio.*

—¡Te repito que la Chana será mía!

—Patrón, ño Valerito —suplicó Salvador—; vos sois amo; ella es india como yo, es hija de tío José María....

—Tú no me has de enseñar más sobre esto. Te ordeno que te vayas, antes que te señale la jeta con el látigo!

—Ya se murió tío José María— contestó sarcásticamente Salvador;—ya se murió, por eso...

Valerio, no le dejó terminar. Silbó el frío rebenque, haciéndole un surco al rededor de la cabeza. Salvador cayó a tierra.

* * *

Mientras tanto, adentro, los convidados seguían la juerga. Entró Valerio. Cuando no bailaba con la Chanita, estaba a su lado, diciéndole galanterías y oprimiéndole la mano.

—Chanita pampera, flor perenne de los Tarquis, luz de mis pastizales, lluvia de mi chacra.

Y hacía esfuerzos porque le entendiera la china, imitando de los cholos enamorados, algo de su vocabulario erótico.

—Tú, Chanita, eres flor de sementera; tus ojos son luceros, tu boca, *joyapa* madura. Allá están mis manadas, anda a pastarlas; todos mis rebaños te entrego para que las mansas ovejas tengan una bella zagala. Anda al ordeño en mi granja y, la leche sacada por tí, se hará más pura y más rica. Chanita, te quiero más de lo que te quieren todos los cholos juntos.

La Chana, no contestaba y, a cada insinuación de Valerio, le miraba más intensa, más apasionadamente.

La mayor parte de los indios, dormía su borrachera en el regazo de sus esposas y no esposas, que también somnolientas, se queda-

ban sentadas donde quiera, abrazadas de los hombres.

Los mayorales de los amos se durmieron en la cocina, cambiando, como es costumbre, sus mujeres.

—No le *malmodiarás* (1) a mi *huarmi* (2), le decía el uno al otro y se apartaban las parejas...

* * *

En la inconsciencia de su embriaguez, contó el mayoral de Antonio a la mujer del mayoral de Valerio, la escena de la noche anterior.

La india no le creyó al principio, pero él acabó por convencerla y mintió que fué Valerio el asesino de Guamán. Se hicieron juramentos de no divulgar el delito y después....

* * *

—¡Denme un trago—gritó derrepente Antonio—; y que viva el difuntol

A su voz, más o menos, despertóse la reunión y los cansados violines volvieron a hacer una mareada música.

La Chanita, desasióse de los nerviosos brazos de Valerio y pronto estuvo de regreso con el agua caliente.

Entonces, ya sin embarazo, Valerio abrazó a su Chanita y la ayudó a servir.

Antonio casi pensó en ese momento mal de la Chana; pero en un instante repasó la historia de la española conquista:—¡Raza de esclavitud, raza vencida; somos amos todavial Y pidió, para que todos le oyesen, otro trago bien

(1).-- *Tratar mal.*

(2).-- *Mujer, esposa.*

caliente.

—Yo te voy a servir, ayudado de la Chanita— repuso Valerio. Y sin más la besó en la mejilla.

—Es Chanita Guamán, Valerio.

—Por lo mismo—siguió Valerio—; debo resarcirla, amándola toda mi vida.

CAPITULO V

—¡Otro costal, cholos, otro costal de maíz!

En el amplio granero se habían reunido todos los criados y los guasicamas para desgranar a la luz de las linternas de petróleo.

Las nueve de la noche; don Pedro se había retirado a leer, y desde su habitación, oía la conversación acalorada de su familia y de la servidumbre.

Al rededor de las grandes canastas que iban llenándose de dorado grano, hacían círculo todos los de la casa, presididos por doña Rosa, madre de Valerio.

. . . . . .

¡Noches viejas de campo! Qué lindas eran las veladas del desgrane: el momento esperado por los chicos para ganar las colaciones al terminar su tarea; la hora de los consejos y reprimendas del mayoral a los peones; el tiempo ansiado por los menores para oír de labios de la madre los sentenciosos refranes y los impresionantes cuentos de fantásticos personajes: *El Gigante de un ojo en la frente; el Hombre que comía siete reses diarias; El Conejo y el Raposo; Porrita componte; Periquillo sin miedo,* etc., etc.: para cada noche, el premio de un cuento de Coloma, o de cualquier otro que se dedicó a impresionar a la niñez. Y, después, el santo rosario, las oraciones al acostarse, hasta que el benja-

min se quedase dormido sobre las fragantes mazorcas... Noches de niñez que ya no volverán; noches en las que a coro se entonaban coplillas inocentes y tristes yaravíes. Sólo los que han vivido el campo gustaron de aquellas singulares delicias. Noches lejanas saturadas de luz de luna y envueltas en el acariciante silencio de pastizales olorosos. Noches en que se desenvolvieron escenas buenas, sencillas, humanas. Veinte años han puesto, día tras día, cortinajes de tiempo, hasta casi borrar de la mente el recuerdo de esas benditas noches de agosto. Ahora el siglo de la luz, de la realidad absurda, de la tumultuosa oleada, del vértigo insano, del nerviosismo intenso, ha arrollado todo indicio de poesía y se va directamente contra lo romántico y lo pintoresco.

. . . . . .

—Patronita—interrumpió la más pequeña sirvienta, la chinita adulada—, patronita, dame abliendo pecho; (1) la mazolca está dula.

Y mientras complacía a su china, dijo:—Por fin nos hemos librado de la plaga de Guamán.

—Ya dizque están calculando— contestó Macario— quienes pueden ser los hechores. (2)

—Si supiera quién es, le premiaría, añadió Valerio.—¡Maldita amenaza!

—Patronita, cuente un cuento, siguió la chica y así cortó la charla de los mayores. Valerio no volvió a hablar del asunto Guamán. Cada vez que recordaba, se le crispaban los nervios y no eran pocas las noches en que los sueños

(1)-- *Quitar algunos granos en fila para facilitar el desgrane.*

(2).-- *Sindicados.*

le traían la fatídica sombra del ladrón, al mismo tiempo que el reproche de la Chana, de su amor presente, idealizado y divinizado en su pensamiento.

Un momento callaron todos; las criadas cabeceaban cargadas de sueño y, en medio del silencio, sólo se oía el tric—trac de la caída de los granos.

Un buho graznó en la copa de los eucaliptos: se hizo el temor y el misterio en la hacienda García.

—¡Ea, Dios!—exclamó una india— *rucu cuzcungo* está avisando.

—Será cierto— preguntó la mayorala— será cierto, patrona que esta ave es de mal *ahuero*?

—Puede coincidir, puede coincidir; han sucedido tantas cosas y hay tantos misterios en la vida, contestó doña Rosa;

«El buho canta
y el indio muere;
parece cuento,
pero sucede».

—Así es, amita, así es. Y en seguida ordenenó Macario que se midiese lo desgranado.

Media fanega completa; media fanega preparada entre canciones, risas y consejas: se ha aprovechado bien la noche: en el campo, mientras se divierte, se trabaja: se desgrana o se escoge cebada, o se escarmena la blanca lana de los merinos. Media fanega que fué a llenar el *taqui* (1); en todo el piso del granero quedaron regadas las multicolores espatas.

Se han repartido las colaciones, se han comentado los hechos y se ha formulado el programa para el siguiente día...

(1).-- *Troje que se forma con una estera cosida en forma cilíndrica.*

CAPITULO VI

Valerio se retiró a su habitación lleno de preocupaciones. Recordaba la noche de la tragedia y se le venían a la imaginación, con todos los detalles, las escenas del entierro y del velorio. Chanita Guamán, ella se había apoderado de su cerebro y más que de su cerebro, de su corazón.

En la pantalla de su imaginación luchaban el antiguo recuerdo de Laura, de aquella que desapareció como el mármol que hace días se hizo trizas, y el recuerdo presente de la Chana, de ésta, erigida en bronce, imperecedero, desafiante a las inclemencias del tiempo y a los bofetones del vendaval: ella no se quebraría, como la otra; sobreviviría a la del frágil mármol.

—¿Por qué le querré a la Chana?— se preguntaba. Casi no pienso en que es mujer para creer que es un simple impulso sensual. ¿Un remoto ancestro? Imposible: hay tanta distancia entre García y Guamán... ¡Oh, Dios mío!, ¿por qué me hiciste tan sensible y tan desgraciado! Yo me cambiaría con el último de mis pastores... García, Guamán: malditos apellidos: situaciones convencionales... Somos hombres y mujeres y nada más; debiéramos amarnos con la única ley del cariño recíproco... Yo también soy campesino, no quiero el veleidoso amor de las antesalas, no quiero el frívolo cariño de la sociedad

mentirosa; el amor de allá, se pluraliza: los labios están listos para el beso de quien lo solicite y los brazos tejen redes al rededor de quien va de paso; quiero el único amor, sin ambigüedades, este amor nacido al aire libre, a pleno sol, donde se mira claro el contraste brusco del color y de la forma; quiero el concierto salvaje de las fuentes; quiero que me arrullen las aves del cielo; y que me sacien los rocíos mañaneros; idolatro los poemas de llovizna y bendigo las caricias del sol... Quiero amar a la Chana, ¡oh, destino cruel! Déjame olvidar las sedas y los crespones y felicitarme con la bayetilla de la tierra nativa. Quiero formar la reja de mis confidencias en las tranqueras solitarias; escribir mis memorias en la corteza de los sauces; levantar mi altar en la cima de los azules collados; preparar mi tálamo junto al corral de mis rebaños; vivir en la amplitud de mis verdes pampas; amar, sí, amar, en todo lo que es mío, sin que nadie me vea, y.... morirme después, en el maternal regazo de mis seculares bosques!

Iba a acostarse ya: el gran reloj del hall, dió las doce, con su tímpano de misteriosas notas. Sultán, el viejo perro, rasguñó la puerta, aullando.

—No lo han llevado a su casilla— pensó Valerio— y abrió la puerta para ordenar al guasicama.

Sultán, Sultán, Sultán— llamó el indio y se fué tirándolo de la cadenilla hasta dejarlo en la perrera.

Al volver, Valerio, advirtió sobre su escritorio una carta. Decía:

«Querido Valerio:

«Volveré a insistir, querido sobrino, sobre lo que tantas veces te he hablado. Tu tío, viejo y solo es quien te escribe: ningún interés pue-

des creer en mí, al no ser el enorme que tengo de llamarte a mi lado a que seas más feliz aún. Sé que allá tú gozas lo indecible; en el campo se desliza la vida tranquila, buenamente; nada te falta, sin embargo te haría mucho bien una temporada en esta capital; tus aptitudes y dotes pueden señalarte un camino más glorioso. Además el campo, si bien es una bendición, en cierto estado del hombre, se cambia por la más grave ocasión para perderlo y hundirlo; de esto tengo tantas y tantas pruebas. Al campo se debe ir después de haber vivido en sociedad. El campo es tan bueno y tan puro, pero también esconde entre sus paisajes azules, fangales y atolladeros... Me contestarás tu resolución. Cumple cariñosamente en mi nombre con todos los de tu casa».

«Te abraza Daniel».

—Cosas de mi tío. ¡Oh! Parece que todo el mundo sabe de mis secretos y quiere destruir mi vida que apenas comienza... ¡Fatalidad: cuando yo mismo no destruyo, como en el caso de Laura, los demás se encargan de hacerlo!

Con las manos en la cabeza, pensó un momento. Después de un cuarto de hora, escribió, no para contestar a su tío, sino para llenar una página de su diario íntimo.

Al terminar, encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana. Amanecía.

CAPITULO VII

Las cinco de la mañana. La niebla asciende perezosamente del lecho verde de los pastos, donde durmió su noche húmeda. Los saucedales tienen un estremecimiento tímido para dejar caer el rocío y mostrarse erguidos para el bello misterio de la luz dorada. En la cima de los montículos sucede el divino embrujamiento, la inmensa galvanoplastia que baña de todos los colores del iris.

Entre la plúmbea neblina, ambulan sombras de distintos grises: las doñas, las doncellas pudorosas que se arrebujan con sus tibias estameñas para ir al ordeño. Levantadas hasta la rodilla las polleras, siguen el mismo sendero para no humedecerse con el rocío del césped.

De todas las diminutas casitas de zinc, sale gente que se dirige a los corrales, donde el aliento del ganado, hace un ambiente de tibieza y de olor a leche.

En medio el corral, el semental se levanta, desperezándose y entre un sórdido mugir, se rasca contra la estaca mayor. Orgulloso y altanero, comienza su eterno enamorar: lento, pesado, imponente, entra en su harén y pronto conquista a la hembra a cuyo lado debe pasar todo el día.

Entran al corral las ordeñadoras, saludando con sus saludos graciosos al adusto mayor-

domo, especie de sultán también, que está a la tranquera.

Los becerros engolfan sus narices en el tentadero con ansias de acercarse a las madres, hasta que los cholos los liberten.

Y en cuclillas, al pie de las fecundas ubres, las indias hacen el prodigio de llenar de hilos de plata tarros y galones.

Por fin bajó el río; desapareció la inundación con el verano que ya se ha declarado. Han vuelto las mañanas concurridas de la Estación y los camiones avanzan crugiendo al vencer baches y desperfectos: hay que llevar la leche; los habitantes de la ciudad, esperan ávidos el advenimiento del líquido blanco y los enfermos de los hospitales se impacientan porque les den lo único que les daban.

La leche de las buenas vacas, la bebida metamorfoseada de la hierbabuena, del agua pura, de la sana brisa; la rica leche ordeñada por manos de campesinas limpias que nunca se infectan con temibles virus; manos olor a tomillo y retama, bien enjuagadas en las fuentes puras, donde se copian las estrellas.

Por fin habrá leche en la plaza; las vitaminas jocundas harán el misterio de la restauración de cuerpos exánimes; aparecerá nuevamente la bendita vía láctea en el cielo nutrido de las mesas. Manjar sagrado que nos dieron al nacer. ¡La leche, leche bendecida que te soñaron en ríos las fantásticas imaginaciones de los forjadores de paraísos!

Se han llenado los depósitos y a las nueve de la mañana, en la ancha vía bordeada de sauces llorones, se ven a amos y peones dirigiéndose a hacer la entrega en la Estación.

CAPITULO VIII

La Estaciòn de Cumbe: el lugar de reuniòn de los que vienen y de los que van. Allí se hacen los congresos de los hacendados, los negocios entre patrones y peones; allí, al calor de los repetidos draques, los mozos hacen proezas en sus caballos pamperos y se quedan el día integro, despidiendo al viajero o recibiendo al recién venido; allí se forjan los pleitos y se originan los disgustos entre los colindantes.

Estación de Cumbe, metrópoli de ensueño, congestión de gentes, feria que dura tres horas todas las mañanas. Refugio de enfermos: hay un botiquín en medio la cantina. El ventero sabe de los males que aquejan a los indios y al ganado.

La Estación, tribunal de justicia para los mitayos que se han partido las cabezas quitándose el riego: el teniente, inicia los sumarios o procura transacciones que siempre se festejan con aguardiente. El señor de la Estación siempre va ganando.

La central de teléfonos está allí mismo: es la casa enciclopedia: allí se puede zafar de cualquier duda, curar cualquier mal y ponerse en contacto con el mundo. Los periódicos que traen los choferes se leen allí primero antes de que vayan a su destino.

Estación hotel también; al calor de draques

se improvisan almuerzos: cuyes muy gordos sobre patatas doradas, o pollos hornados entre verdes lechugas; postres de mariscos guardados, muy guardados, cuya intoxicación se combate con aguardiente hervido o con cualquier otro veneno: para eso allí hay de todo... Por fin café puro, sí, señor, puro, porque nadie vende leche; toda la producción se va a la ciudad.

Estación de Cumbe; instituto pedagógico, además: hay una escuela primaria, regentada por señoritas, porque es mixta la clase. Las consagradas a su humanitario deber, ajenas a toda la babilonia de afuera, guían el sonsonete del silabario a los cholitos en su bárbara pronunciación.

Estación, agencia donde se consiguen caballos para los viajeros a Loja y administración donde se depositan las fatigadas mulas que anduvieron días seguidos. Al frente hay una herrería para cualquier problema concerniente.

Las nueve de la mañana: las cantarillas están ya sobre los camiones que se disponen a llevarse la pesada carga.

De todo cuanto había, no ha quedado en este heterogéneo lugar, sino el señor de la Estación, convertido en un sumo pontífice del silencio. Taciturno sigue el vuelo de las bandadas de garzas que atraviesan la inmensa llanura y se posan en los pastizales en busca de insectos: la sanidad alada.

* * *

—Alazán tostado, muerto antes que cansado, dijo una voz, cerca de la Estación.

Era Valerio que se había escondido hasta que se fueran los camiones. Estaba realizando un negocio con Antonio que poseía un hermoso

rosín, en el que habia hecho la mayor parte de sus proezas y que queria cedérselo a Valerio en cambio de su alazán y su montura peruana.

—El rosín, siguió Antonio, es caballo que sirve para todo; con él yo he revolcado los más bravos toros del Silván; con él he dado gavela de media hora a los camiones y he ganado en llegar el primero a Cuenca; sobre él y con un poco de coraje he salvado las más altas tranqueras y nunca se han quedado en pie las puertas de los estancos, ¿recuerdas, Valerio?... ¿Pues, cerramos el negocio?

—Lindo animal —interrumpió Santiago—; ya sabes patrón Valerio: rosín a la crín y a andar sin fin; llévate amo: con él otra vez podemos salir al cerro...

—Conque, cuenten, cuenten —dijo José el de la Estación—; ¿qué han hecho por allá la otra noche?

—¿Cuándo? —preguntó Antonio, extrañoso e iracundo porque se metiese en un asunto tan delicado.—¿Qué quiere decir Ud.?

—Por supuesto no duden de mí, siguió José; algo sé, pero de mis labios no saldrá... Francamente se acusa a Valerio de la muerte de Guamán.

Valerio transformóse y gritó a José:

—¡Gran embustero, a Ud. qué le importa y a qué nos viene con estas novedades! Déjenos Ud. que estamos agarrándonos (1) con Antonio.

—Agárrense Uds., señores, que yo también, si lo quisiera, los agarrara como teniente político que soy.

—Calma, calma, dijo Antonio interponiéndose.—Ud. José es un entrometido. ¿De donde saca esas noticias?

(1).-- *En vía de hacer negocio.*

—Que lo diga Santiago, repuso José—; este indio contó en la borrachera del entierro a Guamán.

—¡Maldición!, rugió el mayoral, al oírlo—; chazo mentiroso! Iba a descargar sobre José un tremendo foetazo y se lo impidió Valerio.

Luego Antonio, para evitar mayores consecuencias, insinuó retirarse y se fueron a terminar el negocio donde la Petrona, allá lejos, en la cantina del Callejón.

* * *

—Antonio, dijo Valerio, una vez llegados y después de pedir aguardiente—; tengo que hacerte una triste confesión. Bienhaya que se hizo el negocio, este caballo me servirá mucho.

—Te escucho, contestó Antonio. Y ordenó a Santiago retirarse.— Debemos hablar solos, Valerio; desde hoy no permitamos que los mayorales nos escuchen... Yo, yo fuí quien mató a Guamán y nunca permitiré que tú sufras por mí.

—No, Antonio: moralmente somos ambos asesinos y si hemos de sufrir, sufriremos juntos... Pero no hablemos más de esto, tanto nos da. Hoy quiero contarte una cosa de mucha más importancia que aquélla: se trata de algo muy mío, Antonio, de mi futuro. Escúchame: desde ahora cuatro meses trato de resolver un problema imposible; desde ahora cuatro meses un infierno terrible me atormenta. Yo qué soy en la vida? ¿Qué será mi futuro; dónde encontraré mi destino? Van pasando los años sin que se me presente ningún horizonte. Son veinticinco años de vida en que se han repetido, día tras día las mismas escenas monótonas. Soy joven y no he renunciado a la vida; quiero vivir, quiero hacer labor; quiero que quede tras de mí una estela

que responda a mis energías de hombre y al ótavo de mi apellido. Debo encontrar mi rumbo, debo definirme... He pensado en un hogar feliz que no lo he formado porque he sido ambulante; ahora quiero llevarlo a cabo para que sus delicias me insensibilicen el tiempo. ¡Oh! felices los hombres que han conseguido por lo menos seguir la corriente de la humanidad... Yo amo a una mujer, Antonio, la amo sin condiciones!...

—¿Quién es?

—Temo decirte, Antonio, estoy hablando tantos absurdos,

—A quien puedes decir todo es a mí, Valerio, tengo derecho a insirtir: nos conocemos desde la cuna.

—Es ella, Antonio, es ella, tú lo sabes!

—¡Chanal Acaso es ella? Pero.....

—Basta, Antonio, es ella... Y pasó un trago que le pareció muy amargo y se enjugó los ojos.

—¡Chanal repitió Antonio. Es posible que Valerio pretenda casarse con Chana... Una india hermosa, una divina india, pero una india hija de José María Guamán...

—En qué piensas, preguntó Valerio,

—En el imposible de tu empeño.

—Pues me casaré con Chana, siguió Valerio.

Antonio se asomó a la carretera y por un momento creyó que soñaba.

Por la larga vía abrumada de sol, pasaban los arrieros conduciendo cargas de Yunguilla. De rato en rato se estremecía el suelo al rodar de los pesados camiones, y allá lejos, en la dilatada pampa, pacía el ganado tranquila y mansamente. El rondador de los zagales dejaba una sensación de tristeza con sus agridulces yaravíes.

La una de la tarde se adivinaba en el ca-

mino del sol.

—Es solamente, dijo Antonio, volviéndose hacia la cantina, donde Valerio pensaba, acodado a una mesa;— es solamente desde aquella noche del entierro que la Chana te ha impresionado?

—No, repuso Valerio, son ya cuatro meses. Hace días hice desaparecer al rudo golpe de mi látigo, la efigie que tenía en mi escritorio, la efigie de Laura que ya no tiene sitio en mi corazón y que era una sombra fatídica en mi vida.

—Tu padre se moriría al saber lo que pretendes. ¿Cómo se lo dirías?

—Cabalmente es el favor que quiero pedirte.

—Intentaré, Valerio... Mañana te espero a las doce de la noche en el jardín para darte la contestación.

—Si, exactamente, siguió Valerio, yo no debo ir a casa hasta mañana; di a mi padre que he ido a vaqueadas, o cualquier cosa. De un salto estuvo sobre su nuevo caballo: pincelada naranja que se confundió en el esmeralda de la remota campiña.

CAPITULO IX

—No será bueno, ño Valerio, no será bueno— decía la madre de Chana, la vieja Guadalupe.

—Oye, mama Guada, ¿Por qué dices eso? Soy tan libre para poder casarme con la mujer que yo quiero.

Valerio no pudo hacer que callase la Guada. Abrazaba tiernamente a la Chana, quien respondía sólo con lágrimas.— No, ño Valerio, eso no se hará: no hay consentimiento, repetia la vieja y cabizbaja, seguia hilando el copo blanquísimo de lana, haciendo danzar el uso (1) sobre el enladrillado.

Chanita Guamán, no sabía qué hacer. Una mezcla de amor, de miedo y de respeto, agitaba su pecho y le obligaba a considerarse completamente de Valerio.

—Voy a hablar con la Chana, dijo Valerio, llevándola hacia el huerto de coles que se ocultaba entre saucedales.

—Cuidado, Chana, dijo la Guada, sin moverse de su sitio— ; acuirdarás de *palabriado* con el Shalva.

Valerio comprendió el enorme sentido de *palabriados:* una sensacion nerviosa sacudió todo su cuerpo. Aquello significaba que Salvador

(*1*).-- *Palillo en que se envuelve el hilo torcido.*

había sido dueño ya de la Chana: así es la costumbre de los indios, su compromiso se sella de esta manera lógica; esto sucede cuando todo está arreglado para el cercano matrimonio. Pero felizmente, este caso fué una excepción, porque la Chana, seguidamente aclaró a Valerio:

—Palabriados, no más, ño Valerio; *señal de matrimonio* está lejos tuavia.

Al oir esto Valerio, volvió en sí.—Cómo me encarnece la vida, gritó y, abrazando a su Chana, se fué al pié de los sauces para conversar a solas

* * *

Se hacía la tarde: el sol cubría con el poncho rojo de los tarqueños los cerritos circundantes. Las bandadas de curiquingas (1), precedidas de una muy gris, muy ágil, se despedían de la llanura con lúgubres graznidos y se perdían en el cielo, rumbo a sus nidales. En la vasta pampa, los pastores a caballo, conducían al ganado en su pausado caminar y entonaban canciones criollas:

Camino del rancho,
camino florido,
que yeva a mi nido
yenito de amor.

Más allá, el de la otra boyada, contestaba:

Andá caballito,
saltá la tranquera,
que junto a la hoguera
espera mi amor.

Volvía el primero a entonar mirando al cielo:

El cielo se cubre
de lindas estreyas,
las dulces donceyas

(1).— *Ave insectívora, parecida a la gallina, pero más grande.*

que me hacen amor.
Y contestaba el otro:
Allá está la choza
con poncho de paja,
en medio la laja
que esconde mi amor.

Y por fin a coro que se extendía por toda la pampa, cantaban con sus robustas voces:

Camina, camina,
querida manada,
que allá en la majada
aguaita mi amor.

El verano se presentó de lleno: las nubes oscuras de sobre los montes, que parecían cabelleras desordenadas o monstruos que lucharan cuerpo a cuerpo, tornáronse luego apacibles, como vellones sedosos que se coloreaban de violetas y carmines. Las negras colinas, levantáronse, como dos manos juntas para adorar el misterio de la luz que agonizaba; la brisa gimió dulcemente, cual un murmullo de oraciones axiomáticas. Las golondrinas, pintaban efímeros puntos de admiración en la esquela perfumada del cielo azul y el poema verde de la campiña, se transformaba poco a poco en un devoto salmo de recogimiento y beatitud.

Valerio y Chana, tendidos en el césped, con el techo transparente de hojas y ramas, veían venírseles al galope el tumulto de colores del crepúsculo, hasta arrebatarlos a los mares misteriosos de la sombra.

Anocheció. Terminó el día y comenzó el idilio.

* * *

Sobre una mesa bajita, la vieja Guada, sirvió la comida e invitó a Valerio. La horma de tejer sombreros, hizo de asiento a ño Valerio.

El mantel era el mismo que antaño llevaba José María Guamán en sus correrías, lleno de *mote* y quesillo amasado por la Chana.

—Dispensarás, ño Valerio, dijo la Chana, el ivierno ha dañado los choclos.

Sobre la mesita había choclos dorados en una gran bandeja de barro y en su rededor, como pequeños satélites del principal alimento indígena, varios platillos con agi, sal, rebanadas de queso, carne, frituras y otras cosas. Un jarro de fierro enlozado, de los más antiguos, con pinturas simbólicas del Niño Jesús, lucía en la mitad, lleno de chicha de jora.

Hubo que sacar el gran jarro, aquel que salía sólo en las festividades y que era recuerdo de José María que lo trajo en su primer viaje de Zaruma. Había que vaciar lo mejor de la pobre despensa, porque el huésped era Valerio, el amo más rico de la región y además, pretendiente de la Chana, la reina de la pampa. Todo esto comprendió la Guada, y comprendió que se debía quedar bien, aunque era difícil que el amo llegase a ser su yerno; pero de él se esperaba mucho: era rico y de buen corazón.

Esa noche se arrancó de sobre el fogón el pernil ahumado, que había absorvido los vapores de cuanto se coció allí durante seis meses; y fué la primera vez que se aderezaron las primicias del poroto; y fué también cuando se abrió el atado de rallados (1) que se guardaba para el Corpus. No hay que decir que se brindó el aguardiente añejo de contrabando, traído de Yunguilla por Guamán, especialmente destilado y recogido de las *puntas*. Aguardiente con que se obsequiaba, sólo cuando las empresas de abigeo remuneraban bien al jefe. Los exquisitos chuma-

(1).-- *Dulce de toronjas, envuelto en hojas de plátano.*

les (1), tampoco faltaron en el banquete y fué a lo que más honor hizo Valerio.— Chumales con agi, choclos y queso—dijo—, pues vaya que me envidiaría Pantagruel.

Valerio tomó asiento en la horma cubierta con la más nueva lliglla (2) de la Chana, e invitó a las dos mujeres a comer juntos.

—No más es pa vos, dijo la Chana—; yo he de comer con mama en la cocina.

—¡Qué está la huambra,!—siguió la Guada; acompaña no más a ño Valerio. ¡Soltera quisquillosa! Yo no me siento porque tengo que servir.

Aunque invitado e invitantes tenían buena hambre, se comió con pausa y etiqueta que podía esperarse en casa de peones. La ausencia de cubiertos, fué una redención para la Chana, que en otra circustancia se hubiera visto cohibida y acaso hubiese desmerecido en el concepto del amo, acostumbrado a todas las exigencias del buen comer.

Se comió con la mano y se enjugó la boca con el índice.

Por lo demás, Valerio admiró los modales de Chanita, que no tenía obligación de saber nada referente: durante la comida le obsequiaba con jarros de chicha y le pasaba el platillo de queso.

Pasó la *merienda;* Guada se fué a la cocina para comer y dar de comer a los chicos que habían llegado de encerrar al ganado. Venían con el buen aperitivo del frío que sufrieron en la pampa. El mayor, mientras llenaba la boca de puñados de mote y pedazos de carne, refería a su madre la buena nueva del día.

—La gateada, mama, parió un lindo bece-

(1).-- *Manjar preparado con maíz tierno y quesillo molidos.*
(2).--*Prenda de vestir de las indias, a manera de pañolón.*

rro pinto; ha de ser hijo del toro de don David, porque ha salido estrella en frente y asi, bien grueso y bien gordo.

—Ahura andá a contar a los vecinos —repuso la Guada—; no sabes que don David es capaz de demandar.

—¿Por qué, continuó el chico.— Si el toro miso rompió el alambre y pasó a nuestra posesión.

—¿Trajeron la cría?—, preguntó la Guada.— Si la dejan al relente puede morir. Acaben pronto de tragar y vayan a traer junto con la mama: hay que tener aquí en la casa y poner bolsa de ruda pa que los malquerientes no ojéen.

—Mañana harás el calostro con dulce —siguió el más pequeño.

Guada insinuó hablar más despacio e indicó que podía oirles ño Valerio. El estaba en la otra pieza preguntando a la Chana si ya ha hilado para el poncho....

—Ño Valerio vive aquí con cuento de poncho— musitó el mayor de los chicos, presumiendo algo.

—¿Crees— añadió la Guada— que hilar estambre es cosa fácil. Hay que hacer lo más fino, es pa ño Valerio, comprende. Acaso es como vos, sarnoso, que puedes ponerte trama pura. La Chana, velando las noches, apenas tiene hilados dos *realpesos* (1); le falta uno más.

Los últimos granos de mote que quedaban en el plato, se disputaban los cholos, mostrándose los puños y echándose terrones por encima de la humareda que ponía denso velo sobre las cabezas. Allí, acurrucados al rededor de la fogata que hacía lumbre a la negra cocina, los

(1).—*Peso que equivale a un cuarto de libra de la de los indios, que es igual a 6 de las nuestras.*

comensales recogían las heces de la colada de pulque, con los dedos, pues la cuchara no llegaba a los resquicios del plato de barro. Era menester aprovechar de lo último porque era el postre; después ya no había más, hasta el siguiente día, para salir con el rebaño al pastoreo.

Mientras tanto, en el otro aposento, Valerio había conversado largamente con la Chana y se habían hecho muchos juramentos.

A las nueve de la noche, salieron los cholos para ir a traer la vaca parturienta. Era necesario sujetarla bajo el alero, donde había una media agua (1) para proteger el gallinero. Allí estaría más segura y el ternerito podría dormir sobre la paja de los nidos viejos. De esta manera la leche de la vaca no rebajaría y la ubre no se pasmaría los días de helada.

El compromiso de entregar la leche a la mujer del estanquero, estaba hecho de hace días y hasta adelantada parte de la paga.—Qué diera un perol diario, ¡Mamita Virgen!, ya tuviéramos pa la sal de la semana y pa el maíz necesario; hay que cuidar de la leche: es el chorrito diario de ingreso que alivia el tormento!

Con este prejuicio, ya se duerme tranquilo y hasta se piensa en una postura nueva para el Corpus que viene....

La luna sacudió una brocha de plata sobre la fronda de los sauces y, desde el alto trono de suaves tintes, oteaba la tierra, curiosamente.

Valerio, sin despedirse sino de su Chana, salió de la choza y se fué no se sabe a dónde, para volver a su casa a la hora de la cita con Antonio. Al estrechar la mano de la Chana, dejó entre sus dedos un fuerte billete de Banco.

—Para los gastos del Corpus, Chanita...

(1).-- *Prolongación del techo.*

CAPITULO X

—No, patrón, el vaquero no tiene la culpa.

—¿Quién la tiene sino el que cuidaba?— contestó don Pedro, clavando los ojos en su mayoral, el singular Macario Sangurima.

Sólo porque Macario aseguraba la inculpabilidad del vaquero, perdonó don Pedro García la muerte del novillo.

Al agolparse el ganado al rededor del abrevadero, el semental, celoso, arremetió contra el novillo y lo mató.

El pobre animal yacía lanzando lastimeros quejidos; sus intestinos regados sobre el césped, se cubrían de coágulos de sangre, hasta que Macario ordenó le cortasen el pescuezo: el caso era fatal y había que buscar pronto quien pudiera comprar la carne, para no perder del todo.

Si la herida hubiera sido menos grave, sabido era que Macario añadiría un triunfo más a su renombrada habilidad de cirujano; pero ésta, era desesperante: todas las tripas estaban abiertas y molidas con el pisar de toda la manada.

—No ha sido ningún mal, patrón; la carne está buena y he de vender al matavaca que es de venir hoy en busca de gordos.

Atrás de la casa, uno de los peones había templado la piel y, empezando por el centro, cortaba una cinta más o menos ancha, para que sirviese de lazo. Los perros del guasicama, a-

costados sobre sus patas traseras, esperaban ansiosamente al lado, que les arrojasen una piltrafa, en tanto que Sultán, el perro mimado de la hacienda, ya miraba desganado la carne que le habían puesto en su perrera.

—Fiero animal, decía uno de los peones, a medida que despedazaba con el hacha, la osamenta—; así tuviste que morir; acuérdate de lo que hiciste a mi mujer; ¡pobre huarmil Hasta hoy —día tiene romadizo de la cornada que le diste: quién a cuchillo mata, a cuchillo muere! Y, como vengándose, hacía llover los cortes en las enormes costillas.

* * *

Mientras tanto, allá, en el potrero, se ha reunido la peonada para herrar, descornar y bañar al ganado.

Es faena en que se necesita gente y hábiles laceros.

Son setecientas cabezas, de las cuales, hay doscientas orejanas y otras tantas que tienen las astas finas, preparadas para nuevas averías y desgracias.

En el amplio corral hay un tropel contínuo de todo el ganado que se asusta cuando los indios echan lazo a una cabeza.

—A ese buey lacéenlo con la oreja, decía Macario, es muy mañoso.

El jayán batía la larga cuerda que silbaba sobre la ola crujiente de cornamentas y, haciendo un esguince, envolvíase en la cintura el otro extremo, para sostener al buey que ya era presa del anillo corredizo.

¡Ahí tienes, con oreja, taita mayoral!

En seguida otros dos indios, amarraban un palo largo en las astas y, haciendo palanca, torcianle el cuello. El buey daba un mugido y se

desplomaba de lleno,. en tanto que otros peones le ataban las patas.

Volaba Macario en medio de hombres y bestias, llevando en alto el caldeado fierro.

—¡Sostendrán, envolviéndolo con el rabo, ajol ¡Vayan a hacer que se dañe el tiznel

Chisporroteaba el húmedo pelo y una densa humareda pasajera, envolvia la escena. En el anca derecha del cuadrúpedo quedaban muy visibles las letras P. G.

—Toma, mañoso, decía un indio, irás ahora a pegar a las yuntas.

—Asi quisiera quemar la nalga de los ladrones, taitico, seguia otro peón, que en la noche anterior fué víctima de un robo: le quitaron un novillo que se preparaba a mercarlo en la feria del jueves.

Después de la quemadura, venía otro empleado con la descornadora: se oian dos golpes secos y el animal quedaba desarmado e indefenso. Aqui terminaba el suplicio de cada animal, cuando no era toro y habia también que castrarlo.

—Con todo esto, los ladrones robarán mejor —conversaba úno, arrimado a la tranquera—; como si no fuese fácil borrar la marca con otro fierro caldeado.

—Y sobre todo— contestaba el de al lado—, una vez robado, ¡pizs!, qué se saca de los fierros y las señales? La carne de todos los animales es del mismo color y llevando a otro lugar, nadies está por saber cuál es el dueño. Se da rebajadito y pronto pronto se cierra el negocio y se güelve a la casa pa que nadies caigan en la cuenta por la ausencia. La piel en las suelerías nadies conoce y a lo mejor va a servir de medias suelas en los zapatos del mismo a quien robaron...

Se rieron los indios y siguieron laceando.

Este momento todos los peones saludaron a una voz a don Pedro que había llegado precedido de un cholo.

Los principales se le acercaron para hacerlo desmontar y no faltó quien limpiase con las uñas las salpicaduras de barro de las botas del patrón.

—¿Cómo va el trabajo, Macario?

—Estamos en cuarenta cabezas, patrón; quizás podamos alistar la mitad en todo el día... Hay algunos capones que están infectados; hay que separar pa que pulsée el vitirinario: los remedios caseros, ya no obran... Quisiera también que Su Mercé ordene lo que se ha de hacer con dos yuntas que están ya viejas y lisiadas. Llamamos a don Abril y dice que es *gastar pólvora en gallinazo* el comprar remedios.

Se acercó más al patrón para seguir dándole cuenta, pues había ciertos asuntos que no convenía que oyesen los demás peones. Afilando una hoja de la descornadora, siguió en voz alta.

—La gente pide, patrón, una cabeza pa celebrar la fiesta del patrón de la hacienda. Señale Su Mercé u ordéneme pa escoger úna. Quisiera también que me ordene revisar el ganado pa la venta que lo tengo separado en el corral del frente; en esa partida voy a incluir las dos yuntas: quizá los negociantes quieran llevarse todo pa la costa. En el ganado lechante también hay algunas vacas viejas y un toro que tiene hijas de un par de años y no conviene que se refine la cría. ¿Qué dice S. M.?

Don Pedro casi no entendió la larga razón de su mayoral y le dijo por toda contestación:

—Haz lo mejor que pienses.

Cabalgó en su finísimo caballo revestido de plata y se fué, a lento pasollano, siguiendo la

ribera silenciosa. Estaba tan viejo y tan preocupado con la ausencia de Valerio.

La peonada comenzó de nuevo su sórdida charla, apenas se apartó don Pedro. Cada animal que venía a la picota, era examinado de pies a cabeza y se comentaban sus formas con las más crudas palabras: lo menos que podían decir, era comparar a los sementales con los fulanos que habían tenido la felicidad de engendrar dos docenas de hijos.

Macario señaló el novillo para la fiesta; ya hubo úno que eligió los cuernos para la embocadura de su bocina, asi como otro que pidió de antemano lo que se necesita para forrar un látigo.

En medio del agitado trabajo y a medida que se secaban el sudor, seguían las bromas y las consejas.

Un indio sonóse la nariz detrás de la empalizada y, volviéndose a los demás, les dijo:

—¿Uds. saben porqué el patrón está triste? ¿Será por el ivierno que destruyó la sementera o porque se han dañado los pastos?

—¿Crees, repuso otro, que al patrón le importan esas calamidades? Es por ño Valerio, por él...

—Así oigo, continuó una india, la vieja Nicolasa, la bruja del peñón, que estaba encargada de señalar el ganado que pasaba por el herradero;—así oigo, Mamita Virgen, que así cambien los tiempos; ño Valerio de marido de la Chana, lo que dicen:

La china que al cabayero
le guiña y le hace amor,
se engüelve en el deshonor
po sacále tó el dinero.

Los indios festejaban con carcajadas toda la sarcástica charla de la vieja, siempre a espaldas de Macario que podía sacarles los dientes al oir algo en contra de sus patrones.

—China donosa es, pero no pa tanto— continuó Nicolasa—; gato mírate al espejo. Estarápez creída que va a ir a la hacienda, pa hacerse *siso* (1) durmiendo en colchón de lana.

—De despecho será—agregó otro—que quiere *amarrarse* con la Chana, pa *compensar* la muerte de tío José María....

Todos los que oyeron, se quedaron paralizados.

Macario alcanzó a oir esta última parte e incontinente, se lanzó sobre el atrevido, aplicándole el fierro candente por las espaldas.

—¡Desgraciado, perro atrevido, hipócrita!

El indio alcanzó a correr con la blusa encendida aún. En su omoplato izquierdo se veía claramente su carne tostada y recogida.

—¡Sois del patrón, mitayo!— le gritó Macario —; a donde quiera que vayas te irás señalado!

—No he de golverte a ver más la cara, indio ladrón— contestó el castigado, haciéndose tras el cercado y siguiendo el camino de su casa.—¡Me quejaré al patrón y le contaré que también estuviste en la boda que hicieron por la muerte de tío José María! ¡Asesino, ladrón: degolverás la montura que se perdió del tío ¡Juro que no te quedarás!

Macario y toda la gente oyeron sin chistar una sílaba todas las terribles declaraciones del indio y reanudaron su trabajo en completo silencio.

La venganza y el odio contra Macario, tomaron más cuerpo en el corazón de los peones.

—Yo conté esa noche —pensó Macario—; yo conté también a la mujer de Santiago, como él contó a la mía, la noche de la chuma donde

(1).— *Agrietaduras. Hacerse siso, es modismo para indicar suma extrañeza al usar algo mucho mejor de lo que se ha tenido.*

tía Guada.... ¿Cómo podía callarme si con esa noticia me ganaba la confianza de la doña pa dormir sin recelo?...¡Pero no creí, pero no menté a ño Valerio...!

La mujer de Ignacio, que asi se llamaba el indio herrado, corrió tras su hombre y, allá lejos, se le vió que recostándolo en su regazo, le quitó la blusa y le exprimió sobre la herida, la fresca leche de sus senos, en medio de lágrimas y lamentos.

CAPITULO XI

La luna dió una mano de gris en la tela del paisaje y un rayo de luz, como un ágil pincel, bocetó rapidamente colinas y arbolados.

Los adustos eucaliptos, levantaban una valla tétrica en la linde de la hacienda García y susurraban, con la brisa, una oración de conjuro contra las brujas y los cárabos siniestros. Las alamedas de cipreses habían cerrado los labios para escuchar la plegaria nocturna y en los nidales de los capulíes, los zorzales repetían sus coloquios.

Siguiendo la sinuosa senda, en cuyos barrancos levantábanse tímidamente los bohíos agobiados de soledad, avanzaba Valerio hacia su casa, perdida al pie de sauces y rosales.

Sin hacer el más leve ruido, arrendó su caballo y se fué a esperar a Antonio, al lado del surtidor. Su murmullo acallaría la conversación.

Sin embargo de sus precauciones, Sultán había notado la venida del amo y se le acercó haciéndole caricias; oliscó los zamarros y acostóse a su lado; de rato en rato levantaba la cabeza y olfateaba al viento.

—Mi pobre viejo compañero—pronunció Valerio y pasó su mano por la cabeza del perro.

Sacó del hondo bolsillo de su zamarro y le arrojó un pan. Sultán miró tristemente a su amo

y escondiendo el hocico entre sus manos, dormitó sin comer el pan.

—Comprendes mi pesar, le dijo Valerio.

Esperó con temor a Antonio y, al mismo tiempo que lo aguardaba lo rechazaba.

Nuevamente graznó el buho entre la fronda, con la misma lúgubre nota de aquella noche del desgrane.

Todo el ambiente estaba impregnado de un obscuro presagio. La luna que en otros tiempos bañaba de romanticismo la florida estancia, ahora regaba un frio color de cera y volvia cadavéricos los álamos hirsutos. El fúnebre reloj cantó las doce.

Valerio sollozó, hundiéndose en el cuello de su poncho. Sultán ladró quedamente y reconociendo a Macario en la silueta que se acercaba, se adelantó a recibirle.

—Patrón —dijo, asentando su ruda mano cariñosa en el hombro de Valerio—, vamos a recostarte.

—Espera, Macario —repuso Valerio—; tengo que hablar algo muy importante con Antonio, debe llegar ya. Aguarda en la escalera, acaso te necesite.

—Hoy han dicho muchas cosas los peones. Le quemé la espalda a Ignacio porque te insultó: me ha jurado matar. La vieja Nicolasa repitió refranes en tu contra. Quizá no habrá fiesta en la hacienda este año: toda la gente anda alzada y está pobre.

Añadió Macario, al notar que Valerio no contestaba: —Bueno, patrón, mañana te contaré todo. Pasque ya viene ño Antuco, el Sultán está sintiendo.

Valerio sostuvo por el collar al perro que queria lanzarse. Antonio avanzaba como una sombra veloz por la pendiente del sur.

* * *

—Me has esperado mucho, Valerio. Pero quise traerte la última noticia tanto de tu padre como del canalla de José: Vengo de la Estación. Ahora te toca afrontar una situación de hombre; sé que voy a hablar con úno y diré toda la verdad por amarga que sea: escúchame, piensa y resuelve.

—Dime, Antonio, dime todo. Olvidaré mi sensibilidad y, oprimiéndome el corazón con todo el impulso de mis nervios, lo hundiré, lo haré desaparecer, para sentirme sólo fuerza y todo músculo. Comprendo que el bofetón de la vida va a ser del todo rudo, pero mostraré mi frente hasta que el destino se canse de zaherirme.

Con la vista baja y despedazando con su látigo los pétalos de una rosa, seguía Antonio relatando a su amigo la triste confidencia.

—Si, Valerio, temí le diera un síncope.

—¿Se inmutó demasiado?

—Temí y me callé... Tu madre le trajo una copa de cocñac.

—Ella estaría más nerviosa.

—Al contrario. La envidié: fué quien entonó mi entrevista; yo ya no tenía palabras para continuar mi exposición; aunque bien sabido tenía don Pedro tus intenciones, había que decírselas. Después de oirme y de escuchar mi petición, porque tuve que implorar, Valerio, tuve que pedir como si fuese para mí, quedóse meditando y cuando esperé que hablara, se levantó y sin contestarme, se encerró en su aposento.

—Está claro, mi padre no querrá nunca a la Chana, siguió Valerio.

—Pero, vamos, contestó Antonio, debo decirte lo actualmente principal: el perro de José!

—¿Nos ha delatado?

—Más aun, nos persigue.

—¡Perseguirnos!—exclamó Valerio.— Perseguirnos porque hemos hecho un bien y hemos librado a la región de la peor de sus plagas... Dirás me persigue: a mí es a quien busca ese canalla: yo estoy sindicado, y déjame aguantar; será para mí una coyuntura para librarme de esta tierra que ha devuelto mi cariño con bofetadas.

—¿Piensas viajar? —preguntó Antonio... te aconsejaría.

No terminó de hablar: Sultán dió un salto sobre el tapial del jardín y persiguió a alguien detrás de los cipreses.

El tropel era como de algunos que se acercaban. Macario que dormitaba en la escalera, dió gritos y llamó a los guasicamas. Los enormes perros fueron libertados de sus cadenas y, como fieras, defendieron en el portón a los intrusos. Se hicieron algunos disparos; se abrieron las ventanas de la casa y se oyeron las voces de don Pedro y su señora.

—¡Son los esbirros de José!— dijo Antonio. ¡Nos persiguen! ¡Huyamos, Valerio!

José y diez hombres luchaban en el portón por entrar al patio. Macario con sus hijos, los guasicamas y los perros, hacian frente y luchaban sin darse explicaciones: llovían piedras y palos. Macario, en medio de su furia, duplicó sus fuerzas y arrancó de la verja una barra de hierro. Un golpe, como de masa, repercutió en la casa y cayó muerto el caballo de José, del teniente encargado de apresar a Valerio.

En tierra, José levantó su brazo y pidió entendimiento.

—¡En nombre de la justicia!

—¿Qué ha querido Ud.? —dijo, don Pedro, desde su ventana—: es Ud. un atrevido, ha alla-

nado mi casal

—La justicia tiene sus privilegios, don Pedro, y perdone: debo llevarme a Valerio, el asesino de José María Guamán, sépalo usté; pa eso he venido!

Este momento silbó una bala y llevó el sombrero del teniente, al mismo tiempo que se oyó una voz que decía desde el lomón:

—Vamos a encontrarnos más arriba, cobarde!

Antonio y Valerio volaban en la cima de un collado, riéndose de sus enemigos y de sí mismos.

En Valerio se notó una transformación visible: su cara de bondad, adquirió un ceño de fiereza y su gesto complaciente se trocó en una amenaza patibularia. Su fino talento, tejedor de poemas y canciones, debía ahora forjar las más crueles venganzas: José no sólo fué culpable de que se le privase de libertad, sino también de que perdiese acaso a su Chana, único ensueño en el último repliegue de su vida.

El teniente, seguido de tres los más guapos chazos, intentó seguir a los fugitivos, pero ni su coraje podía competir con la resolución de los jóvenes, ni sus caballos eran para alcanzar a los más ágiles que existían en la comarca, ni nadie era capaz de cruzarse una bala ante la maestría de Valerio y la valentía de Antonio.

—Cuando ascendieron a la cima, vieron con admiración, que los dos amigos se perdían en la niebla, sobre el pueblo de Cumbe, a una gran distancia, en el intrincado y temible cerro de Tinajillas.

—Ya nos enfrentaremos, caballeritos valientes —gritó José, gruñendo de ira: había perdido su primera campaña.

Y se regresó derecho a la Estación, para

entablar demanda contra Macario, por la muerte de su caballo.

Iban a enfrentarse el dinero contra la fuerza, la felicidad contra la envidia.

* * *

Rayó el alba: una mano invisible trazó el pentagrama de líneas de plata en el horizonte obscuro, para que el sol escribiese su melodía y para que los pájaros la cantasen.

La luna vergonzosa, se había ocultado al otro extremo.

El sol exhibió su esférica silueta, como una diáfana redoma de cristal llena de jugo de fresas para calmar la sed del mundo trasnochado.

El ilimitado Silván, fingía un ambiente de caricia y de placidez al bañarse de opalina luz y guardaba para más tarde el incisivo de sus dos grados bajo cero.

Allá, al oeste, sobre el valle de Yunguilla, la espátula del viento, tendió una alfombra de mirificas nubes de anilina, que semejaban un iridiscente oleaje donde el Señor podía repetir el milagro de andar sobre las aguas... Desde allí, el dibujo alargado de la ciudad de Cuenca, cual un enfermo que se recuesta empalidecido, se esbozaba a lo lejos con un marco de oscura arboleda, y de rato en rato, traía el viento el eco de los cohetes.

Y en la mitad del pajonal, como un regazo tibio de mujer enamorada, la cabaña de la Ramada, solitaria y mustia. Allí los dos: Valerio y Antonio, tratando de resolver un problema de páramo.

—Seré un nómada, Antonio, para mí la vida se ha cambiado totalmente. La sociedad me ha cerrado las puertas, ya no pertenezco a la hu-

manidad: soy un ser distinto a todos, un ser único que pensará y obrará a su capricho. Para mí, terminó el posesivo mío; desde ahora mi residencia será en cualquier parte, donde me lleve el viento de los Andes, donde me arroje la tempestad de la altura. Me confundiré con el hielo y seré llovizna de páramo; me sentiré cóndor y me reiré del mundo vil que estará muy abajo. He de dilatarme como este inmenso pajonal y he de sentir las ansias de esta cordillera sin límites. Mis ojos que han llorado y que han hecho surcos en mis ojeras, ahora serán faros de miles de vatios para abarcar esta pequeña tierra y para incinerarla en mi honda venganza! Mis manos que cultivaron rosas, que sembraron mirtos, que abrieron libros y que acariciaron sedosas cabelleras, desde hoy cultivarán huracanes y sembrarán el espanto...

Calló un momento, tragándose su pena; Antonio, permanecía a su lado, meditabundo: sus gruesas manos sostenían el mar alborotado de su cabeza, con un gesto salvaje y rudo.

Arrendados a la techumbre de la vieja Ramada, dormitaban, ateridos de frío los caballos, como masculiando sus hazañas.

Mientras tanto Valerio escribía al reverso de un sobre; cuando terminó, dedicó lo escrito a Antonio y dibujó su firma.

PAJONAL

Gigante mudo de topacio helado
salvaje y voluptuoso gesto umbrío;
huella inmensa de sol que fatigado
viste de arcoiris el picacho frío.

Imagen silenciosa de infinito,
de mustia soledad, tumba dorada;

ceño del mundo, dolmen rudo, grito,
grito de Dios que lo arrancó a la nada.

¡Cita de alas! El cóndor del espacio,
como un rey fulminando su decreto,
descompone su sombra en el topacio
del cenit, donde irrumpe con su reto.

Soledad y silencio interrumpido
por el enhiesto buey que en el remoto
confín brumoso, lanza su mugido
conmoviendo, cual mueve el terremoto....

—Esta será —continuó Valerio— esta será mi residencia; no me apartará de mi terruño sino muy poco. Me confundiré con la niebla y seré el monstruo bravío de la estepa. Viviré de lo que viven los eternos ambulantes; me alimentaré de lo que me den los caminantes; mi lecho será cualquier quiebra de la montaña. Quiero que nadie sepa ni se acuerde de mí. Llegaré a tu casa, Antonio, por los desconocidos caminos para abrazarte y volverme luego. A la Chana la simbolizaré en la luna y trataré de vigilarla desde estos apartados rincones.... Y cumpliré mi venganza con aquel que así ha trastornado mi vida.... La Estación se inundará nuevamente, ya no con el agua fría, sino con el torrente de sangre abrasadora..... ¡José, maldito perro!

Envueltos en neblina, seguían su camino a Loja, los muleros, como fugitivas sombras; los cóndores pintaban paréntesis de vértigo en la bóveda azul del firmamento.

Antonio abrazó a Valerio y abrochó su escarcela de balas con su revólver en el zamarro de su inolvidable amigo.

—Te dejo, Valerio, sé que quedas con tu valor, con buenas armas y con un caballo inven-

cible para los derroteros y las distancias.

Este momento llegó dando alegres saltos Sultán: su piel estaba sembrada de espinas y de esferas de plata con que le aspergió la garúa.

Valerio se inclinó para acariciarlo y buscó en su bolsillo un pedazo de pan: no había; el último lo desperdició la noche anterior.

—Ya encontraremos qué comer, viejo Sultán: compartiremos nuestras hambres y nuestros banquetes de páramo.

Mientras tanto Antonio arrollaba el cabestro de su caballo y peinaba con sus dedos las crines.

El chaguar de Valerio se puso inquieto al notar que su compañero se disponía a partir.

Antonio montó de un salto y al galope hundióse en la umbría montaña.

Valerio se quedó solo en la cabaña, urdiendo su programa de reivindicación...

CAPITULO XII

Desde la noche del asalto en la hacienda García, habían transcurrido ocho días. Esta mañana en la Estación se volvió a hablar del asunto Guamán: las noticias en el campo se las comenta tan largo y se las desmenuza tanto. Ni se diga esta gran novedad que estremeció toda la región: se había pisoteado la hacienda y se había faltado al apellido más respetado.

Los García eran los amos y señores desde tiempos inmemoriales. ¿Quién no había llegado a las puertas de don Pedro en demanda de favores concernientes a la agricultura? ¿Quién no debía sumas de dinero; quién no tenía su ganado en los abundantes pastos de la hacienda? Todos los vecinos se descubrían al paso del gran señor; todos tenían la delicada deuda, imposible de pagar con nada, de haber recibido obsequios del generoso hacendado. Los García valdrán y valen como antes, pese a las equivocaciones de un teniente de pueblo.

El chofer de uno de los camiones, entregó un periódico a José.

—Hay muchas noticias, señores, hay muchas noticias —dijo el teniente, viendo en grandes letras un título que decía: «El monstruoso asesinato de Cumbe».

En seguida, hacendados y peones rodearon la petulante figura del teniente.

José principiaba a hacerse célebre.

Como es natural, la noticia se había agrandado enormemente hasta llegar a Cuenca y más aún con las ponderaciones de José y con la novelería de los periodistas.

Antonio estaba allí; un poco receloso se había quedado conversando en la herrería de enfrente.

Macario también se hallaba presente: salió a entregar la leche y disimuladamente, oía el rumor, a medida que arreglaba las cantarillas.

—Hoy van quinientos cincuenta litros—le dijo al chofer, y se detuvo detrás de Antonio.—¡Cómo quisiera estar en la pampa— pensaba el mayoral—; cómo quisiera tener este momento el monograma caldeado para borrar la nariz del teniente y reventarle los ojos con la puntila de la castrada!

—Aquí está—gritó José, oigan Uds.

Y silabeando, leyó:

«Los crímenes en el campo; el monstruoso asesinato de Cumbe; un burgués es el sindicado; pesan sobre éste otras acusaciones. El día martes de la semana pasada, tuvimos la denuncia de que en el punto denominado Tinajillas, se había perpetrado un asesinato en la persona del indígena José María Guamán, cometido por el hijo de un conocido caballero y rico terrateniente de Cumbe. Sucede que en aquella noche, el joven heredero en junta de un amigo vecino de su hacienda y de dos mayorales, había subido al pajonal a una excursión de caza de venados y, como lograran dos buenas piezas, se dedicaron después a festejar la faena libando demasiadas copas de licor. En esos momentos, transitaba por allí el indio Guamán, en busca de sus ganados extraviados. Este al oir los gratuitos insultos de los jóvenes,

que ya estaban bastante ebrios, volvióse y, reconociéndolos, les saludó, como a personas de respeto y muy conocidas en la comarca. Hilóse un diálogo desrazonado y el amo, creyéndose dueño de vidas, descargó su fusil, prometiendo a sus compañeros una presa más. En efecto, la bala atravesó el corazón de Guamán que quedó instantáneamente muerto. Al darse cuenta de la tragedia, los autores, desaparecieron, después de dar muerte también al hijo de Guamán, quedando en el escenario sus hijos y mujer, quienes comunicaron el hecho al Teniente Político. Era de contemplar, decía el teniente político, en nuestra Redacción, los dos hijos menores, abrazarse al cadáver y llamar, desesperados a su querido padre, que fué su vida y su defensa perdidas para no volver jamás. Luego la viuda, inconsolable y la hija que hacían el fúnebre coloquio.— Se presume que hubo antecedentes y se asegura casi que sucedió aquello porque Guamán impedía ciertos derechos que el amo quería ejercer en su casa.... Testigos fuera de los familiares no aparecen aún y tan pronto como los haya y se sigan adquiriendo más datos, ofrecemos a nuestros lectores, publicarlos detalladamente, pues se trata de un asunto que tendrá repercusión en nuestra alta sociedad, ya que el sindicado pertenece a la nobleza de nuestra población».

—Pero no dicen el nombre—siguió José—; todavía dizque respetan a los gamonales. Y aquí no se supo siquiera del entierro del hijo de José María.

Todos los indios, al terminar la lectura, se dispersaron, formando varios grupos y se fueron hacia las cercas de pencas para hacer el comentario.

Este momento apenas advirtió José la pre-

sencia de Antonio y de Macario en la herrería. Ladinamente se les acercó y, reconviniéndoles en son de broma, trajo a tema lo ocurrido en la noche de la persecusión.

--Con que casi me matan a mí también; buenos días, señores.

—Qué le sucede a Ud., don José— repuso Antonio, reprimiendo su ira—; siempre anda con bromas desabridas.

—Nada de bromas, compadre, aquí está el sombrero atravesado por una bala y detrás la casa está la piel de mi caballo que lo mató Macario. El sombrero no importa, pero el caballo.... eso costará algunos cientos de sucres: eso es todo, compadre.

—Vaya y llame compadre a su rufián—gritó Antonio pasando la mano por su pistola—; y no se haga Ud. el comedido en esta tierra, porque a los entrometidos les cuesta caro.

Antonio se hizo un esfuerzo para no castigar ese momento al traicionero y formuló un juramento de venganza para cuando pasasen los días y para cuando se encontrasen solos. ¡Ah! si esto decía José al pie de las parvas o en la abierta pampa.

—Con la ley, mi amigo, no hay entrometidos ni mucho menos: yo debo cumplir mi deber. Y Ud., don Antonio, ¿por qué se hace tanto cargo de asunto ajeno?

Tanto incomodó el teniente a Antonio, que éste, asiéndolo por el cuello del poncho, de un empellón lo sentó sobre una albarda.

—¡Necesita Ud. una albarda y un bozal para domarlo!

Este momento, se acercaron algunas personas y evitaron otro conflicto.

Antonio, siguió el camino de su hacienda, estrujando las hilazas del poncho de José que

habían quedado entre sus dedos.

* * *

Las dos de la tarde. La Estación estaba, como siempre a esa hora, desierta y muda. El sol era una brasa sobre los campos; el silencio envolvía de tedio las parcelas; la soledad dejaba nostalgia en las alamedas de la hacienda García.

—Voy a arreglar con don Pedro, dijo José y se encaminó.— Al fin soy autoridad y tengo el derecho de propiedad sobre todo: él me pagará mi caballo y las costas.

En la hacienda habían quedado sólo don Pedro y su señora. Los criados y dependientes, hallábanse lejos, empeñados en aporcar las coles. Recostado en su hamaca, leía apaciblemente un pasaje bíblico.—Buenos tiempos aquellos de paz y amor, dijo y cerró el libro. Su vista se dirigió involuntariamente hacia la extensa llanura. Allá un jinete saltaba la tranquera.

Reconoció que era José el de la Estación.

—He vivido una semana demasiado dolorosa, repitió, para tener que fastidiarme con ese sujeto. Y esperó serenamente que se acercara.

En otros tiempos, cuando sus treinta años bien tenidos, le presentaban como un atleta y y cuando sus locuras de juventud le hacían ver a los demás como minúsculos juguetes, le hubiera esperado al traicionero con ansias de darle una lección de puños y de enseñarle un capítulo de educación; pero ahora su edad, sus grandes penas, le habían enseñado la santa serenidad de los viejos y le habían colocado en el sitial de la indiferencia y hasta del desprecio para los atrevidos.

José subió los pulidos escalones de már-

mol y se presentó audaz.

—Buenas tardes, señor; me he permitido venir sin anunciarme.

—Tome asiento, don José, contestó don Pedro, sin inmutarse ¿Qué le ha traído?

José se sintió cohibido ante la recepción no esperada.

—Quiero, señor, arreglar un asunto muy enojoso....

—No me hablará Ud. de Valerio— interrumpió don Pedro—, se lo suplico: han sucedido tantas cosas... Siga, siga no más atizando el juicio, que Ud, está en el deber de hacerlo: se debe perseguir a los criminales.... ¡Si en el mundo hubiese criminales como mi hijo!

—No se trata de eso, don Pedro: es una consecuencia. Su mayoral mató mi caballo. Ud. bien lo sabe.

—¿Quiere que arregle aquello?

—Así espero, señor.

Don Pedro llenó un cheque por trescientos sucres y, mirando vagamente a la campiña, le extendió el papel.

—Señor.... no es tanto.... ¿ha querido Ud. comprarme por tan poco? Ni por mucho más yo no....

—¡Harto estoy de comprar y de vender bueyes! Y cuando necesite más dinero para pagar un remitido en un periódico, pídame sin recelo...

—Señor....

—¡Basta! ¡Está concluido!

—Don Pedro, Ud. me injuria.... Pues no le valdrán ni sus cheques ni sus mayorales!

Don Pedro no podía disputar con esta gente: saltó de la hamaca y se dirigió a la biblioteca.

José se guardó el cheque y, después de gritar ciertas palabras contra su generoso hospe-

dero, dió espaldas y se dirigió a la escalera.

Este momento subía, apoyándose en el pasamano, doña Rosa, que nada sabía de este último incidente.

José, no sólo no saludó a la señora sino que, dándole un empellón premeditado, la hizo rodar hasta las baldosas del patio.

A las quejas de la señora, salió don Pedro con su carabina y disparó sobre el despreciable teniente, sin que pudiera alcanzarlo. Se había defendido detrás los cipreses.

* * *

A las seis de la tarde estaba doña Rosa postrada. Vino el famoso Abril y redujo las luxaciones del brazo y del pie.

Más tarde llegaba en el elegante automóvil de don Pedro un facultativo de la ciudad.

En los obscuros eucaliptos, seguía cantando el trágico buho, mientras en toda la hacienda había un estremecimiento de nerviosidad.

CAPITULO XIII

Es la mañana del jueves de Corpus. Las alegres campanitas repicaron jubilosas desde antes de la aurora. El sol se engolfó, como un niño travieso, en todos los resquicios de las pintorescas casuchas. El pueblo del Carmen de Tarqui estaba de fiesta.

Por los diversos senderos de toda la pendiente, bajaban cascadas de multicolores campesinos. Los chazos traían altos sombreros zarumeños, con cintillos de hule negro, donde lucían las novísimas hebillas niqueladas. Un inmenso pañuelo rojo en el cuello, presentaba un nudo voluminoso en que había un prendedor de *double* con granates baratos. Las chaquetas de casinete, olientes a nuevo y todavía con las hilachas del hilván. En el bolsillo del pecho, espiaban su larga curiosidad el pañuelo y lapicero con agarrador. Por dentro, la cartera de piel de venado, con muchos billetes, producto de la yunta o del contrabando yunguillano. Y en las fornidas pantorrillas, polainas de fuelle, muy antiguas, las más lujosas y durables, herencia de tatarabuelos.

Al lado la señora, la esposa ostentando el largo traje de zaraza a cuadros, de la buena zaraza de otros tiempos, de aquella que costaba un real la vara, es decir tanto como un almud de maíz. Sombrero blanco, con un blancor anti-

pático, hacía al mismo tiempo de sombrero y de sombrilla sobre el cutis tostado y pecoso, dejando pasar pequeñísimos rayos de sol que sembraban en la frente y nariz, puntos de luz. Naturalmente, sombreros toquilla, de los calados, cuyos agujeros decorativos, semejaban encajes de un copo de espuma, sobre el negro puro de las cabelleras brillantes; sombreros confeccionados en el Sigsig, por las inimitables discípulas de la maestra Rosa que les enseñó a tejer.

De la copa pendían sutiles cintas de múltiples colores que flameaban con la brisa y hacían de caricias de un oculto cupido en el terso cuello de las solteras.

Después del largo pañolón de fleco, pintaban la nota típica, las botas de alta caña: cabritilla excelente de un color sepia aristocrático.

Esta capa social pueblerina se diferenciaba completamente de la otra, de la más baja, de aquella que en la indumentaria casi se confunde con la india: esta, la última de todas y que en el campo, a veces, no cede su primogenitura.

El noventa por ciento era de indios, de *nativos*, descendientes de los caciques.

Un enorme muestrario de ponchos ambulantes, llenaba la plaza, imprimiendo la nota pintoresca y exhalando un ambiente tibio de olor a pura lana merina.

Sombreros también toquilla cuando no de lana también, pero blancos, sencillos y bien hormados; *lligllas* de todos los colores, en que dominaba el rojo vivo, prendidas con gruesos *tupes* (1) de plata antigua, de plata de piña; y gruesas polleras de lana con figurillas incom-

(1).- *Prendedor que usan las indias.*

prensibles en la fimbria y guardapolvos (1) de tonos desarmónicos.

Bajo el brazo de los galanes, la concertina, a la que después de algunas horas le tocará su turno.

En la puerta de la iglesia, el pirotécnico traído desde la ciudad, hacía derroche de cohetes que estremecían toda la cuenca tarqueña, asustando a los cholos que corrían a envolverse en la saya de las madres y alegrando a los viejos indios que lanzaban carcajadas ingenuas. Para estos últimos, ya pasó el tiempo de las aventuras amorosas en las grandes fiestas y les quedaba, como a los niños, el sencillo regocijo de ver globos, comer frituras y a lo más, dormirse borrachos a la vera del camino.

* * *

El párroco había terminado la primera misa y el sacristán, a la puerta de la iglesia, llenaba bandejas con muchas monedas.

—Pa la torre de la casa de Dios, compadres, una caridad bendita.

Y se extendían unas tras otras las rudas manos de los campesinos para dejar la limosna.

—Dios les retribuirá con creces—seguía el humilde sacristán, que no tenía nada de santo ni de honrado: él y los buhos hacían la prestidigitación de la cera durante las noches.

—Crecerá el borreguito; la vaca parirá vacona y no faltarán las aguas del cielo pa las sementeras. Hagan la caridad, compadres, al Dueño de todo lo que tienen: por El llenan la barriga y cubren el cochino cuerpo con un trapo.

(1).- *Pieza de tela cosida por dentro del extremo bajo de la pollera.*

Y seguía la letanía larga de todas sus frases, en parte imitadas del cura, en parte, creadas por él; y llenaba muchos platillos que iba a dejar bajo llave, en un baúl de la sacristía, hasta que dejó un reemplazo, para subir al andamio y llamar misa de doce.

Este momento salía del convento un grupo de indios, los más bien trajeados de la plaza, precedidos del *taita curita.* Eran los varayos (1), los *gobernadores,* que llevaban gruesos cayados de chonta, cubiertos de anillos de plata; los regidores del pueblo que se encargaban de cuidar los huertos del párroco y procurarle el servicio.

Hacían la entrega de la *huerta* al señor cura. La huerta es una enorme despensa con la que se obsequia al párroco ritualmente todos los años el día de Corpus.

En un extremo de la plaza habían levantado un corral dividido en varios departamentos y cada anejo envió algo distinto: allí estaban sendos representantes.

La región misma de Tarqui, mandó una vaca con un ternero de tres días de nacido; Zhucay tuvo allí su rico contingente de choclos y de toda clase de legumbres; Gullanzhapa, envió maduras cabezas de alcachofas y exquisitas variedades de calabazas; se distinguía en otra división el regalo de Yanasacha que consistía en nidales frescos de perdices y de tórtolas; la Laja tenía el mundo alado: desde el diminuto gorrión hasta el ampuloso pavo; de las alturas de Huahua—Tarqui los indios trajeron dos lindos venados: apoyados en el cercado, había decenas de curiosos y las viejas indias, casi lloraban al contemplar los animalitos que les miraban con sus enormes ojos de tristeza. Juntos caminaban

(1).- *Que llevan la vara del mando.*

al rededor del corral, extrañando el páramo y la libertad, su único patrimonio. Los famosos indios de Tutupali, hicieron el milagro de lacear un cóndor y traerlo vivo para la huerta. Fué lo que más agradó al cura: era increible, pero atestiguaban todos, incluso los mayordomos.

—Me han traído los Andes en una jaula— dijo el cura, emocionado y agradecido y ya pensaba qué destino darle: le enviaría, junto con algunas cosas más, al señor obispo de la diócesis o al canónigo preferido.

Y así siguieron los anfitriones de todas las feligresías entregando sus ofrendas al párroco que invitó a los representantes a una comida en el convento, pasada la misa de doce.

Los pongos se encargaron de trasladar el gigantesco obsequio y un momento quedó la plaza casi desierta: había sonado la campanilla: era el momento de *pararse la misa*.

Entraron los chazos, quitándose las espuelas, simultáneamente que los danzantes, echándose sobre sí todos los cascabeles y sonajas que podían para bailar en las naves durante el Santo Sacrificio.

Todas las doñas se cubrían la cabeza con sus rebozos y lliqllas y, a una señal de la Directora de las Hijas de María, a una voz, llenaban el templo de piadosas oraciones. Los altarillos ardían cubiertos de luminarias y faroles fletados y traídos desde Cuenca.

Arriba, junto al comulgatorio, varias filas de reclinatorios que se desvencijaban con el peso de las robustas señoras de los blancos (1).

Apegada a una columna, bajo el púlpito, estaba orando la Chana, con las manos juntas bajo el flamante paño lojano. Más acá, fingien-

(1).- *Aristócratas de los villorios.*

do devoción, el teniente político, en medio de su familia y por fin, después, el indio Salvador, enamorado de la Chana.

Antonio quedóse al lado de la puerta, detrás de la mampara, con sus mayorales y sus peones. De la hacienda García sólo habían venido Macario y su mujer.

Sonó una campanilla: los danzantes dejaron de bailar y las gentes de rezar: era la plática.

El cura subió al púlpito, y en ese momento, sonaron dos petardos en la plaza.

La plática fué larga: su exordio constituyó una serie de advertencias y sobre todo, agradecimiento a los buenos indiecitos que le habían ofrecido las primicias de sus campos. En el sermón, ya empleó una alambicada figura y comparó a Dios con el cóndor andino que desde la altura domina el mundo. Los indios comprendieron bien la palabra de Dios y quedaron satisfechos.

A las dos y media de la tarde terminó la misa: la comunión fué larga y las oraciones criollas se prolongaron demasiado.

Luego siguió la procesión al rededor de la plaza y en cada ángulo, descansó el Santísimo, sobre un altarillo perdido en un acervo de flores silvestres y sencillas composturas campesinas. Las gentes entonaban cantos de cristiano amor y portaban cirios que chisporroteaban con la llovizna de agua bendita que las gentes devotas aspergiaban sobre el concurso procesional.

Sólo para este acto se levantaban las venteras que se habían quedado solas en la plaza y que se juntaron a los fervorosos cristianos; después volvieron a sus puestos para seguir el tráfico de frutas y de confituras preparadas al momento: eran las *mindalas*, pulpos de los villorrios.

Por fin a las tres de la tarde, terminaron las ceremonias. Entonces comenzó la fiesta popular.

Tan pronto como se descompusieron los altares de la plaza, aparecieron, como brotadas del suelo, las improvisadas ventejas, las mesas de ruletas y las escandalosas cantinas.

Una especie de payaso sobre una mesa hacía prodigios de ventriloquia, con una calavera de estuco y anunciaba con discursos repetidos diez mil veces, los maravillosos medicamentos, descubiertos por él en las florestas del oriente...

Qué de novedades encuentran los campesinos en su parroquia en fiesta!

* * *

En una tenducha, arrendada para el objeto, se vendía aguardiente y se servía comida. Allí había grupos de indios que, sentados en el suelo, comían en platos de barro con cucharas de madera. Y no compraban mote: ellos lo llevaban en limpios manteles de lienzo.

El primer plato era caldo hirviendo con grandes trozos de carne de res. Lo tomaban a sorbos y soplaban sobre el mismo plato, a la vez que desollaban agíes picantes en el potaje. El mote lo tomaban con la mano y, después de sacudirlo entre los dedos como acomodándolo, lo lanzaban a la boca sin que cayera un solo grano. Luego el gran molino de sus primitivas mandíbulas, trituraba todo, inclusive los cartílagos. Después venía un potaje de papas con mucho agi y con mucho color, plato que se repetía tantas veces cuantas pedía el comensal. Y al querer, como postre, se servía café.... de habas, naturalmente.

Más abundantes y provocativas eran las viandas de los que trajeron fiambres y no com-

praban sino el café, para no quedarse pospuestos a los demás que comían a la mesa y sobre mantel. Los otros, improvisaban su almuerzo detrás los cercados, en plena pampa, rodeados de perros. Allí abrían sus ricos manteles con mote, carnes, papas, frituras, chumales y muchas otras cosas más. Y se tomaba chicha abundantemente, madura chicha de jora y se bebía aguardiente a pico de botella.

Los dulces de Corpus, los bocados melíferos, triunfo de la culinaria ciudadana no había para los campesinos; mientras allá, en los brillantes comedores, luce la vajilla de plata y explosiona el champán para la mesa repleta de dulces secos, acá en una cuenca de los Andes, se disfruta del *choclotanda* de la tierra nativa y apenas se compra muy caro a las revendonas, frías melazas de membrillo, de aquellas que cantó Virgilio.

* * *

En un ángulo de la plaza, se ha cerrado un cuadrilátero con ponchos suspendidos por sus flecaduras.

Después de prepararlos varias semanas, han salido a la cancha, para desafiarse a muerte, los mejores gallos de la comarca.

El úno es de color verde, de edad joven, muy ágil y buen picador. Es de propiedad de los Abriles.

El otro, plomizo: ha ganado varias peleas en la gallera de Cumbe. Pasó más de dos meses al cuidado de los chicos, que saben cuidar bien. En una pelea casi perdió un ojo y todavía no puede defenderse bien del lado derecho. Tiene un ancestro afamado: es cría de los ganadores de Chunchi.

Han hecho muchas apuestas: los Abriles

con los Palacios, hasta en este concepto son rivales.

Los jueces se nombran de entre los más serios. Esta vez son el párroco y el teniente político...

Al rededor del escenario, están los jugadores en el más emocionante de los festejos. Acurrucados contra el suelo, parece saltárseles los ojos para ver qué sucedió después de cada *revuelo.*

El plomizo está acobardado y no hace más que defenderse.

—¡*Morçillera* al verdel—grita úno que apostó al plomizo.

—¡Vea Ud. al suyo con *chorrera,* le contesta otro, golpeando el suelo con los puños—; el plomizo es de los que matan!

El juez ordenó *careo.* Cada dueño toma su gallo y lo atiende como más puede. Hay un gallero de buen estómago que hace la limpieza con su boca en la cabeza del gallo, succionando la sangre coagulada.

Sigue el segundo tiempo. Las aves tambalean y se pican perezosamente.

El verde da sólo *cuerazos* y sus espuelas afiladas ya no hacen su oficio.

Se hace un tumulto: cada partido grita su triunfo. Los gallos han quedado en un estado comatoso, tendidos en el suelo, el úno frente al otro. Se yergue el cura y en voz alta declara su fallo: *TABLAS....* Los rivales han guardado iguales méritos.

* * *

En una de las ventas estaba la Chana con su madre y sus hermanos comiendo de lo mejor y bebiendo de lo fino; para eso Valerio era

obsequioso.

Dos cholos, medio borrachos, suspiraban con sus concertinas y hacían un esfuerzo por levantar los párpados y mirar a la Chana. Ella, con la falda del sombrero hasta los ojos, les veía al soslayo y casi se reía de las imposibles pretenciones de ellos. Ella que le despreciaba al Shalva (1); ella que era la pretención de los mejores cholos de la comarca; ella que idolatraba en Valerio, no podía corresponder a los pobres mozos que no podían hacer por ella lo que hacía el amo soñado.

De repente, apareció en la chingana Salvador, llevando en el poncho naranjas y plátanos.

—Unas frutitas bien maduras, por ser Corpus—dijo el Shalva, acercándose a la Chana —; acéptame, negrita.

—Te estás molestando, tío Shalva; vos también prueba mío fiambre— contestó la Chana y extendió, sobre una ancha hoja de col, una sardina en medio de lechugas avinagradas y arroz bien frito.

Los dos pretendientes que vieron la escena de correspondencias mutuas, comprendieron su derrota y se fueron a hacer la fiesta con otras *solteras,* también guapas, que no faltan en los grandes regocijos.

A la vieja Guada no le gustó mucho que se acercara el Shalva y que la Chana le correspondiera tan cumplidamente.

—*Churi* vida (2), cuidado vayas a emborrachar. Estando mujeres solas, mucho peligro hay en el camino que está lleno de longos *malpensados.*

—No mama—repuso la Chana—: no más es

(1).- *Diminutivo de Salvador.*
(2).- *Hija de mi vida.*

correspondencia.

Animóse con esto el Shalva y empezó de lleno a decir frases de amor. La Chana miraba a lo lejos, como sin darse cuenta de lo que se le decia. Cuántas cosas habia oido de Valerio, para que pudieran impresionarle las pobres galanterías de Salvador; y sobre todo, ya no queria a otro que no fuese el amo, mucho más que estaban muy frescos los recuerdos de un idilio en la noche anterior.

Notando la indiferencia, Shalva tomó un trago de *cuatro dedos ralos* y le habló a la Chana, con toda la fuerza de su amor:

—Oye, Chana, altar de mi zhungo (1), negrita de mi alma: comprendo que no me oyes ni quieres entenderme. Algún fiero gusano está comiendo tu cabeza; en tu zhunguito un malquerіente ha puesto veneno: tus ojos, en los que antes se veía mama luna pa peinar sus trenzas, ahora han perdido el brillo y asi miren a los mios, ya no me ven: están viendo más lejos, como si otro hombre estuviese detrás.... Tu lindo hociquito que antes era forma de zhungo de golondrina y que parecia untado en tu misma sangre, ahora está siempre cerrada, no contesta a mis lamentos y está pasmado, como una joyapita que cogió la helada. Tus lindos dedos que antes eran como *churos* (2) de ángel y que recibian mias caricias, ahora han perdido la vida y me figuro que son *zhiñán* (3) cuando los toco.... En fin, ya no encuentro correspondencia, parece que me has olvidado, parece que has borrado de tu memoria la tuya oferta de quererme pa marido. ¿Qué te ha pasado? Cuén-

(1).- *Corazón.*
(2).- *Rizos, ensortijados.*
(3).- *Arbusto espinoso.*

tame, paloma mía, quién está, en vez de mí, retratado en tu pensamiento? ¿Por qué mama Guada ya no quiere que te vea ni que vaya con un pobre *agrado* (1) a tu choza, que era antes pa este cholo desgraciado, como placer en una larga subida; y mama Guada era la misma mama propia que oía las penas y desventuras...

—Calla, tío Shalva, dijo la Chana, enjugándose los ojos—. ¿Pa qué vienes con tristezas el día de Corpus; acaso soy vaho de montaña pa perderme? Aquí estoy, solamente.....

—Aquí estás—continuó Salvador—, aquí estás, hermoso copo de nevada; aquí estás, pero ya pa mí te has perdido, como el humo que en el cerro, se yeva el viento, dejando sólo las cenizas... Acuérdate que yo te quise y te conocí dende que trabajábamos maltoncitos (2) donde taita Manuel; dende allí sembré la semilla que va a malograrse con la escarcha de tu olvido... Ño Valerio ya no te *hace cara;* sólo yo no te olvido, prenda adorada; él ya se perdió, como se pierde con el verano la fragante manzanilla ..

—Callarás huambra (3) Shalva—dijo la Guada, al oír el nombre de Valerio—; manzanilla, en lloviendo, retoña. Y, sobre todo, ¿pa qué metes nombre de ño Valerio en conversación ajena? La Chana ya no se acuerda de vos; vos miso tienes la culpa; ¿qué hiciste el domingo pasado cuando estabas chumado? ¿Por qué injuriaste a taita José María Guamán, alma bendita? ¿Por qué desacreditaste Chana con patrones? Dijiste que tenías en manada las solteras, ¿por qué no vas con ellas? Calla, más bien, tío Shalva, no harás hablar...!

(*1*).- *Obsequio.*
(*2*).- *De regular estatura.*
(*3*).- *Niño, muchacho.*

Shalva no respondió: sacó la concertina y acompañóse la siguiente coplilla:

«Morena tiene que ser
la tierra para claveles;
y la mujer para el hombre,
morenita y con desdenes.»

—No enojarás, mama Guada; aquí cantando, no doy motivo a nadies.

En el fondo 'e la laguna
se vió la cara el sol:
quisiera ser lagunita
para que te veas vos.

La ventera que no se daba cuenta perfecta por atender a los distintos grupos, entre quienes se repetían escenas más o menos parecidas, a una insinuación de Shalva, sirvió propasados draques y dejando en manos del joven, se retiró a seguir friendo las empanadas de maíz,

Todos tomaron hasta la última gota y Guada dijo:

—Canta, cholo, canta a la despedida; ya va a coger la noche, hay que ir a la casa; dentro de un año volveremos si Dios concede la vida: se acabó el santo día de Corpus.

Shalva, ya con el asentimiento de Guada, siguió:

«Las estrellas en el cielo,
caminan de dos en dos;
así caminan mis ojos,
negrita por verte a vos.»

Se entusiasmó el hermano de la Chana y sirvió otro turno de licor.

—Entona, tío Shalva, rogó el muchacho—; canta otra letra.

«Déjate querer huambrita
que a ti no te cuesta nada
y al que te quiere, queréle
y al que no.... no le hagas caso.»

El sol bajaba a su ocaso; las gentes se iban, todas cantando, por los dorados caminos. Shalva seguía, más por ebriedad que por cumplimiento.

«El gallo en su gallinero
alza las alas y canta
y el que tiene un amorcito,
madrugado se levanta».

La bruja Nicolasa al pasar por entre un grupo de chazos, donde se encontraba el teniente, fué criticando y prediciendo mala suerte a la Chana.

Cuando la bruja habla, se cumple tarde o temprano. José, entre otros, creyó las sentencias y, aplaudiendo a Nicolasa, tomó el último trago con sus compañeros, para seguir camino de la Estación, donde amanecerían al calor de las copas y la danza.

* * *

La noche venía sobre el campo, como un inmenso mantón de duelo para cobijar las huérfanas reliquias de un día que agonizaba. Volando muy alto se fueron las curiquingas, entonando una plegaria, un *requiescat in pace,* al Corpus que moría. Los collados se arrodillaban para recibir la bendición cálida del sol. Los eucaliptos dejaron de mecerse para elevar una secreta súplica de altura; la tierra tenía luz sólo en las cúspides y, abajo, sobre las escenas autóctonas, un clarobscuro magistral resucitaba el pincel rembranesco.... En los senderos, se movían puntos de color que se confundían con las medias tintas de los matorrales.

En la plazoleta del camino carretero, donde era la antigua estación de vehículos, la Chana le había declarado al Shalva su última rotunda

negativa. No había para qué engañarle más y era necesario que a ño Valerio no le llegasen noticias de que la Chana se acompañaba aún de su antiguo amante.

En la plaza del Carmen de Tarqui, se oyeron los últimos cohetes y se elevaron dos globos en forma de Cruz, en cuyos brazos se leía: CORPUS CHRISTY.

CAPITULO XIV

En el recodo del zaguán.

Junto al sombrío túnel que forman los sauces llorones del camino a la Hacienda Vieja. En el pantano, están dos garzas blanquísimas, como dos flores de esbeltos tallos.

Las nueve de la mañana: comienza el largo desfile de los lecheros. El barrizal del último invierno dejó finas aristas en el lomo de los camellones. Los conductores siguen un estrecho sendero al borde de las profundas cunetas.

Se han reunido los mayorales de todas las haciendas para acompañarse en la búsqueda de treinta cabezas robadas de un corral vecino. Jamás se han atrevido a tanto; José María Guamán descansa en la tumba desde hace meses y no es posible haya otro tan audaz. ¡Treinta cabezas, entre las que están las mejores vaconas de vientre y algunas vacas lecheras! Descuido del cuentayo: el infeliz tendrá que esclavizarse en la hacienda.

Antonio está entre los indios: va él a guiarlos para seguir las huellas que tienen dirección al Pongo.

Desde la Estación sale un jinete al galope y se detiene ante el grupo de indios.

Es José que viene en busca de su vacona de pura sangre, robada también la misma noche anterior.

—Son treintiún cabezas robadas,—dice úno —contando con la suya, siñur teniente.

—¿Uds. van a seguir el rastro?

—Ya lo creo, contesta Santiago—y va mi patrón también.

—Tenemos que regresar con el ganado y traer al ladrón a la cola del caballo, hasta que se despedace el cráneo en las piedras de la pendiente! No hemos de estar, ¡óiganme indios de un cuernol, en demandas ante las inútiles autoridades, sino que hemos de hacer las vías de hecho, asi nos enjuicien nuevamente los tenientes políticos....

—Ud. va a guiarlos—dice José recelosamente—a los indios rastreadores?

—Yo no me entiendo con la ley teórica que predican Uds., sino con la práctica que la hacemos por nuestra cuenta—contesta Antonio.—Yo los guiaré y le anticipo que no necesitamos su cooperación.

—Pues le faculto con mi autoridad, sin embargo—siguió José. Y dirigiéndose a los indios: —Veinte sucres al quien me traiga mi vaconal

—Más de ello debemos ganar con las treinta cabezas—contesta Santiago.

—¡A encontrar las treinta cabezas!—grita Antonio y, adelante de los indios, se pierde en una nube de polvo.

Va Antonio en un potro negro retinto que estaba recibiendo las primeras sillas: al golpe de sus cascos parece que va a dividirse el camino.

No le van en zaga sus demás compañeros, cabalgando lindos corredores alazanes, bayos, chaguares, castaños, sainos, overos, tordillos, etc., etc., todos ágiles, valientes, fornidos.

José se queda plantado: tiene un cierto temor de ir con Antonio; éste en la pampa, se

vuelve una fiera y a caballo es invencible; su lazo es la mejor arma y tiene la velocidad de una bala. Antonio es un campesino mitad sol y mitad granizo.

Inmediatamente vuelve José a la Estación, casi arrepentido de su entrevista.

* * *

Se pregunta a toda persona sobre el abigeato y nadie da razón: era noche bien oscura y bien silenciosa.

El cuentayo declara que no se explica cómo eligieron el corral de la Hacienda Vieja que estaba tan bien custodiado. Su mujer hace también una relación al teniente de la manera que sigue: «A las seis de la tarde se acercaron dos desconocidos a la tranquera del potrero donde estaba encerrado el ganado y, mientras conversaban con su marido, le invitaron una copa de aguardiente que sin duda tenía algún tóxico, porque su marido durmió desde esa hora de la tarde hasta las seis de la mañana siguiente en que ella bajó para el ordeño y pudo despertarlo difícilmente. Entonces su marido le contó que sentía como si le hubiesen cocido las tripas y pedía agua fría para refrescarse. Cuando fueron al corral, habían desaparecido las cabezas, sin saberse cómo, pues ni los perros ladraron ni el ganado había resistido».

Es todo lo que se llegó a saber al respecto. El robo encerraba un misterio.

Se inició el juicio indagatorio por ciertas presunciones.

* * *

Hasta el día siguiente a las siete de la mañana, no regresaron los rastreadores.

Alguien aconsejó al cuentayo que no pasase tiempo en búsquedas por los alrededores y que fuese a la adivina, donde mama Nicolasa, que por una pequeña paga indicaría el destino del ganado y daría señales inequívocas del ladrón.

Mama Nicolasa tenía gran fama por toda la región, como adivina y como curandera de los males desconocidos. Para ella no eran misterio los males de espanto, los hechizos, que a veces le imputaban a ella misma, el aojo, las *cogidas del agua*, el cólico mayor, el romadizo y tantas otras diabluras que se imaginan los campesinos ingenuos. Para cada mal tenía un remedio y una oración axiomática que la repetía en un idioma imposible.

La llamaban bruja de Toma—huaico y sus profecías se cumplían tales como las había anunciado. El buho agorero era su confidente y nadie extrañaba que se posase familiarmente en el hombro de Nicolasa y así recorriese todos los vericuetos que visitaba la bruja. Solía maldecir a los atrevidos que le importunaban y ¡ay! de aquel que recibía una predicción: su vida volvíase trágica y al fin cumplíase la sentencia fatal.

El cuentayo, por consejo de los que ya habían consultado en otras ocasiones con la bruja, recogió de las alambradas, las cerdas que dejó el ganado, separando, más o menos por su color, las que pertenecían a las cabezas desaparecidas. Era la única prenda que podía presentar a la adivina, requisito sin el cual era difícil el vaticinio.

* * *

Junto a un gigantesco capulí secular, en un pequeño placel de un peñón, en cuyas entrañas

nace la vertiente de Toma—huaico, aovillábase la rústica cabaña de Nicolasa, rodeada de silencio y de ambiente de aquelarre. En los ángulos de la desvencijada choza, levantábanse reumáticos guabisayes que sostenían una cuerda donde se ponía a secar la ropa lavada.

El despacho profesional, constituía un obscuro aposento, cuyas paredes estaban cubiertas de baratijas y cosas incomprensibles: había alas de gavilán con cordones de hilo de lana de distintos colores, de los cuales pendían mazorcas de las cosechas anteriores; recortes de periódicos, estampas religiosas y profanas, promiscuamente pegadas sobre pieles de conejo; vidrios de color, colocados en cañas, a manera de faroles chinos; crines de toda clase de animales; cuernos llenos de trapos y de maíz, fréjol, arvejas, cebada, etc., etc.; herraduras viejas con sendos letreros que decían: «de caballo blanco, de yegua negra, de mula parda, de asno molinero», etc; cráneos de corderos, de cuyes, de caballos, dispuestos sistemáticamente sobre repisas de rústicos palos; en fin la mar de disparates para engañar a los incautos indígenas.

La esfera de cristal de los fakires estaba reemplazada aquí por una damajuana limpidísima que contenía tres vasos de agua de la primera lluvia de cada mayo. Nicolasa explicaba que cuando llegase el nivel al cuello, ella moriría y Tarqui quedaría sin el gran recurso contra los malvados criminales. A pesar de la evaporación, el agua ya alcanzaba a más de la mitad de la redoma. En la convexidad del cristal, Nicolasa, después de calarse gafas negras, veía lo deseado. La damajuana era su objeto sagrado: estaba, como un tabernáculo, rodeada siempre de pétalos silvestres y de cirios que se encendían el momento de la adivinación. Cuan-

do alguna vez se presentaba oscura la visión en el plano de las «Aguas de Mayo», recurría a su último artificio, que consistía en un vaso de cristal, también, que estaba al pie de una perilla de donde colgaba un hilo de seda con una moneda antigua. El péndulo al tocarlo daba cierto número de golpes en el borde del vaso y significaba para ella el número de leguas a las que se hallaba el objeto perdido, a la vez que el movimiento de vaivén o de revolución del péndulo, indicaba, respectivamente, si se había retirado o si estaba en la misma región el objeto indagado.

Para comenzar la ceremonia, Nicolasa se arrodillaba ante su retablo e invocaba en quechua, con frases entrecortadas e inentendibles, el auxilio de los espíritus. Luego adquiriendo la característica de una sacerdotisa, se cubría con un largo sayal negro, salpicado de estrellas blancas de papel, se calaba las gafas, cerraba las puertas, encerrándose con el «cliente» y encendía los cirios. El aposento verdaderamente inspiraba terror, mucho más cuando la vieja hacía un *pizcato* en una especie de monocordio, cuyas ondas se prolongaban y morían poco a poco. Cuando su instrumento había dejado de sonar, era hora de haber terminado la inspiración; si hasta entonces no concebía ningún dato, no convenía la averiguación: el gran Dios lo había querido así. En este último caso la paga se reducía a la cuarta parte, cosa que nunca sucedió, porque por lo menos daba un dato y entonces se cobraba ya la mitad. Cuando daba todos los detalles y a veces coincidía lo predicho con la realidad, la cobranza subía a un décuplo.

Las coincidencias resultaban muchas veces ingenuas confesiones y suposiciones que el interesado daba a la adivina y que ésta, agre-

gando más de su imaginación, las volvía a repetir en medio de sus misteriosas liturgias.

Se hallaba el ganado perdido o se daba con el ladrón, entonces se consagraba una vez más la fama de Nicolasa.

Esta ocasión con el cuentayo, parece que iba a suceder todo lo contrario. El pobre no pudo ofrecer otro dato sino la presunción de creer que eran los individuos que le invitaron aguardiente y a quienes no pudo conocer; y tampoco pudo llevar nada perteneciente a los animales, a más del pelo que suponía fuese de los robados.

La cosa era difícil: ya lo predijo Nicolasa antes de penetrar en su templo.

Además el cuentayo nunca tuvo ninguna reyerta con nadie ni se había llevado mal con su yerno, datos que en otras ocasiones son maravillosos para mentir cualquier cosa.

Ni la damajuana de aguas de Mayo, ni el vaso con la moneda antigua indicaron nada esta ocasión. Sabido que antes de recurrir a estos artefactos ya había probado otros medios como aquel de introducir en un recipiente con agua de Toma—huaico, un anillo de oro suspendido por un pelo de mujer virgen. El anillo había caído al fondo sin rebotar una sola vez.

—Entonces no hay esperanza, mama Nicolas—dijo el cuentayo lleno de congoja—. Más bien me iré por otros lados; huiré, me enterraré en alguna montaña o haré que me coma el leopardo en algún solitario lugar; pero volver a Tarqui, seguir en la hacienda, será imposible: han de tratarme peor que a perro. Me da miedo, mama Nicolasa!

—Lo único que te puedo decir—continuó la bruja—, es que el ladrón conoce bien esta tierra y que el ganado ya está en carne de aquí a u-

na jornada de camino... Me debes sólo un cuy vivo... Si de noche se aparece mi laichu (1) y puedo saber algo, te he de dar noticia a que güelvas otra vez. Traerás una pata de gallina ponedora y la punta de un cuerno de algún ganado de los perdidos: si encuentras esto, es seguro que adivinaré.

El cuentayo no pensó en volver más; había desconfiado hasta de los misterios de la bruja. Fué a su casa para notificar a su familia que iba a trasponerse....

* * *

En Tarqui cualquier suceso particular se vuelve un acontecimiento. Todos se preocupan, todos se ayudan. Dueños de hacienda y peones tienen entronques de parentesco o lazos irrompibles de viejas amistades. El mismo negocio, aunque parezca paradógico, los obliga a estar juntos; las mismas dificultades, la vecindad inmediata, la misma agua con que irrigan sus campos, las mismas costumbres, las fiestas que son reuniones de familia, obligan a verse todos los días y a relacionarse más. Eso sí, a veces, esto mismo es causa para enemistades eternas entre colindantes, justa o injustamente....

Esta vez se habían reunido los mayorales, presididos del más audaz de los amos, para hacer propia la pérdida del ganado de la Hacienda Vieja.

A las ocho de la noche del día siguiente a la salida de los rastreadores, volvían fatigados todos.

Los caballos rendidos de hambre y de cansancio, avanzaban a trote lento por el ancho ca-

(1).-*Desconocido, aparecido.*

mino, como para tomar bríos a la llegada.

Cerca de treinticinco horas consecutivas, habían recorrido las alturas y algunos pueblos circunvecinos. Durante todo ese tiempo, los jinetes no se movieron de las monturas y los caballos no dejaron de tascar el frío de los pesados frenos.

Fueron por los pantanos del Pongo; atravesaron los cansados derroteros del Silván; recorrieron todos los puntos del Portón; caminaron sin tregua en las cuencas de Tacadel; llegaron a las faldas de Mariviña; rodearon todas las alturas de Girón; anduvieron por los zarzales de Jima; recorrieron las montañas de Bolo; hacia el norte, algunos llegaron hasta los Huintules, pasando por todos los pueblos del Suroeste, y en ninguna parte tuvieron el más mínimo dato del ganado.

Primera ocasión que volvía Antonio derrotado en sus campañas de páramo; primera vez que regresaba sin cantar, a la llegada, sus graciosas coplillas y sin asentar con buenos draques de Cumbe, sus repetidos triunfos.

Azorado, sin despedirse de los indios, saltó la tranquera y se dirigió a su casa. Allí encontró un enviado de José para averiguarle sobre el recorrido.

—Dile al teniente—dijo Antonio—que no tengo obligación alguna de dar razones a nadie, mucho menos a él. Me niego a contestarle!

Rompió la carta del teniente y, lanzando al viento los pedazos, se dirigió a su cama para descansar.

El emisario, sin pedir explicaciones, regresó a la Tenencia.

* * *

Algunos indios, sin conocer aún la perfidia

de José, se fueron a la Estación para darle noticias de su empresa. Allí les esperaba él con el incentivo de un draque para conquistarles a su partido.

—No hay huellas, señor por ninguna parte.

—Es difícil acertar—siguió otro—; por todos los caminos anda el ganado del cerro.

—Yo no entiendo—continuó José—, que llevando una partida de treinta cabezas, hayan venido hasta acá para llevarse mi vacona.

—Quién sabe—contestó un viejo mayoral. Y calló para no exponer su presunción.

—¿Antonio estuvo con Uds. todo el tiempo?

—Casi todo el tiempo, siñur

—¿Estaría separado una hora?

—Algo más.

—¿Saben a dónde fué?

—No pudimos ver.

—¿Se fué solo?

—El con su mayoral.

—¿Calculan a dónde iría?

—No se sabe. En *Huagra-muerto* se adelantó y, siguiendo cerca del monte, se perdió en la quebrada; bajó la niebla y tapó el cerro. Regresaría después de una hora y media.

—¿Qué dijo al regreso?

—Que no había rastro alguno.

—¿Creen que él sabrá dónde está el ganado?

—Pa decir verdad,— contestó el viejo mayoral—, no sabemos: no es bueno mentir.

—¿Conocen Uds. bien la región de Huagra—muerto?

—Más o menos, siñur.

—¿Podríamos irnos algún día?

—Cuando Ud. ordene, siñur político.

El mayoral pidió un litro de aguardiente.—Te he de pagar con leche, amo teniente, acaso

no tengo con qué responder?

—Si; lleva lo que quieras, no desconfío, reponía José.

Ignacio, el indio quemado la espalda, ya estaba bien de sus llagas y podía tomar también Con uno de los mayorales, se retiró hacia un cercado y allí bebían en la misma botella, a la vez que conversaban en secreto. Ignacio tenía una bella ocasión para tramar algo en su venganza y de hecho quedaba como uno de los primeros para el partido del Teniente.

La noche transcurría ligera; el lento reloj de la cantina tocó las diez. Los pocos pasajeros de la posada, desaparecían cada vez que se detenía un ómnibus en la carretera.

Los caballos de los indios, atados al rededor de la casa, dormitaban sobre sus bozales, rendidos al cansancio y al hambre, mientras sus dueños se incorporaban al estímulo del acohol.

Sus charlas rodaron sobre muchos temas, hasta que volvieron sobre el trillado tópico del robo.

José no cabía de placer; estaba alcanzando una doble ganancia: vender licor y oir lo conveniente....

Después de algunos momentos, ya se hablaba a gritos y se contaban presunciones.

José acudió al instante y en cuclillas se detuvo detrás de las pencas.

Ignacio, tendido al pie de la cerca, mientras se masajeaba sus cansadas pantorrillas, conversaba con los indios.

—No creo, Ignacio, no puede ser.

—No quiera torcer la razón, tío Juan—argüía Ignacio—. ¿No sabe que mi muje es hermana de la mujer de tio Macario....?

Uno de los indios tapó la boca de Ignacio, al advertir la presencia del Teniente.

—¡Animal, amo Teniente!

José, sin decir palabra, se volvió a la cantina para escribir una nota al Jefe de Policía de Cuenca.

Y, cerrando las puertas para que los indios no le interrumpiesen, extendió sobre una mesa un pliego de papel de oficio y comenzó: «Tenencia Política de Tarqui.....

A las doce de la noche, enterraba en el sobre, su detallado e intrigante oficio.

—¡Mañana, con el primer chofer que pasel

CAPITULO XV

En los asfaltados senderitos del jardín, se desliza, como una mariposa traviesa, el cochecito en que doña Rosa hace la visita matinal a sus flores. La luxación del pie había sido más grave que la del brazo y, aunque estaba perfectamente reducida por el empírico Abril y perfectamente ligada por el facultativo de la ciudad, siempre le molesta al andar. Doña Rosa, seguida de dos cholitos, los mimados de la casa, se encanta al sentirse niña y flor en medio del jardín. En sus pueriles antojos, ordena que los chicos hagan dar vueltas al surtidor para reirse al ver salpicadas de gotas las rosagantes caritas. Luego se la acercan y con maternal cariño los enjuga con su lindo *chal* de seda antigua.

Los floripondios embalsaman el ambiente de un delicado perfume y los jilgueros, en los enrevezados rosedales, ensayan armonías para el sol que los baña de color y de belleza. Al conjuro de un milagro de luz, se abren las corolas de claveles y margaritas y despiertan a la vida las dormidas hojas de las acacias.

El blanco mármol de la pileta, seca su impoluto cuello al calor de un día que empieza; el florecimiento del agua descompone el sol en cascadas de pedrería.

Ya han brotado los jazmines; las orquídeas

del surtidor, pintan geroglíficos en la esmeraldina esquela de los helechos y las enredaderas esparcen espuma en las vidrieras, con sus flores de filigrana argentada.

En todos los rincones de la suntuosa casa hay un reguero de alegría al iniciarse el jubiloso mes de julio.

La dilatada pampa, se recuesta voluptuosa para recibir el ardiente beso del sol que la fecundaría y las maduras sementeras ansían adormirse en las trojes y dejar libre el surco para la siembra nueva.

Se acerca don Pedro para hacer su lectura bajo la fronda de los caprichosos cipreses que forman un kiosco hacia un lado del jardín.

El primer día de julio, envuelve en un ambiente de alegría toda la hacienda; parece que ha vuelto a ocupar su trono señorial de antaño la mejor estancia de Cumbe.

Todos tienen un no sé qué de dicha inexplicable. Don Pedro, se acomoda en su asiento preferido y abre un voluminoso libro de historia. A sus pies falta el viejo Sultán que en otros días daba aviso de la proximidad de alguien.

Desde allí pregunta a doña Rosa:

—¿Te sientes mejor, hija mía?

—Estoy muy contenta—repone la señora, dejando de jugar con los cholos.

—No abuses del sol, no abuses: el sol es bueno pero hay que aceptarlo con cautela. Debes pasear a la sombra de los sauces. Y húndese en la lectura de un capítulo interesante.

Doña Rosa hácese conducir al «Paseo de los Sauces» y, acariciando un mirto, mira complacida el estanque de verdes aguas, donde los blanquísimos gansos dejan efímeras estelas.

Desde allí, desde el brocal, echa al agua migajas de pan y granos de maíz; los gansos

lanzan alegres graznidos que hallan eco en las paredes de cemento, y, después de zambullir, se acercan al brocal, abriendo la V de su rosado pico.

* * *

Muy cerca de las once de la mañana regresó Macario de la Estación, entregando la leche.

Había demorado en los potreros, indicando a los peones qué partes debían irrigar. El verano seguía y era preciso tener buenos pastales de reserva para los meses de julio y agosto.

Después de atar a su jamelgo, se fué derecho al jardín para saludar a los patrones y entregarles los encargos de Cuenca y darles cartas y periódicos.

—Por la letra, pasque es carta del defensor— dijo Macario, entregando úna a don Pedro.

Rápidamente leyó don Pedro. Una sonrisa asomó en sus labios. Había buenas noticias.

—Llama a Rosa—ordenó a Macario—: dile que hay buenas nuevas en el asunto de Valerio.

Macario condujo el cochecito de la señora al lado del patrón y todos callaron respetuosamente.

—Parece, comenzó don Pedro— que Valerio se ha impuesto un destierro inmotivado; está sufriendo una vida penosa y solitaria por su propio querer.... El defensor asegura que el sumario está completamente mal iniciado y que se ve claramente una gratuita venganza del Teniente. Dice, además, que Valerio no sólo no debe temer, sino que debe presentarse para no infundir sospechas.

—¡Oh, Dios míol—exclamó la señora—; hubo razón para que hiciese tan linda mañana.

—Ahora hay el dilema siguiente—continuó

don Pedro—: ¿le dejamos a Valerio que cumpla con su deseo de seguir en el páramo y continuamos nosotros sufriendo esta situación de intranquilidad y abandono, o le rogamos que venga, lo que significaría un indirecto apoyo a su pretensión, a su cariño mal entendido...? Este es el caso: me da miedo de todo. ¡Si él quisiera salir de esta tierra, así sea por poco tiempo! Entonces ya habría cómo tejer una novela para darle un destino a la Chana.... Ahora es imposible; desde allá se da modos para verse con ella casi todos los días. Forjaría algún engaño para deshacer este asunto, hasta he pensado en algo, pero soy demasiado sincero para cometer una infamia: el fin no justifica los medios...

Macario comprendió que no debía oír y se alejó a la cocina.

Y después—continuó don Pedro—él descubriría mi falso testimonio y entonces..... ¡No! ¡No hago! Que el tiempo se encargue de resolver este gran problema.... Esperemos....

—Dios remediará—siguió la señora y tomando un botón de clavel, lo abrió—: El que todos los días hace el divino milagro de dar vida al color, a la luz y al perfume, puede arreglarlo. Besó los suaves pétalos del rojo clavel y los arrojó a la fuente del surtidor.

La hora meridiana, impuso sus veinticinco grados sobre la estancia.

* * *

Antonio acababa de apearse.

Vino, como siempre, a acompañar a los viejecitos en el almuerzo de los días sábados.

Desde cuando aprendió a cabalgar solo, venía a jugar con Valerio, allá en los verdes años de su niñez feliz: habían transcurrido veinte

eneros. Desde entonces jamás faltó a las llamadas cariñosas de don Pedro. Fué y será para Valerio un hermano y ahora más que nunca.

Cuántos sábados de sincero recreamiento; cuántas horas pasadas al calor de un hogar que estaba preparado para brindarle toda clase de atenciones.

Eran incontables las noches de luna en que los *rasgaos* de su guitarra despertaron a Valerio para acompañarse en las aventuradas citas de amor, en las peligrosas búsquedas de ganado perdido o en los secretos robos del riego, en los veranos prolongados.

Cuando niños, sobre la muelle alfombra del florido pasto, cuántas veces habían caído de los asnos en su empeño de imitar a los laceros y cuántas ocasiones los vaqueros tuvieron que defenderlos de algún desmanchado torete. Ellos, en los largos días de pastoreo, eran los chicos indispensables para conducir los rebaños. A la usanza de los zagales, con pesados sombreros de lana prensada, con ponchitos de mil colores y con sandalias de cuero vivo en los pies desnudos, seguían a los boyeros en los hondos barrizales, hasta llegar al corral, cantando con los guasicamas, comiendo de su mismo *mote* y aprendiendo de ellos sus rudas expresiones... De los indios aprendieron a querer a la tierra nativa, a dormir en el pajonal y a considerar compañía agradable las lloviznas y las escarchas. Se vigorizaron con el frío de las pampas y aprendieron a ser hombres en la cruda academia de los encumbrados Andes...

En las tardes obscuras de invierno, ellos se encargaban de llevar hasta la cocina los cabritos y corderos. Cuántos carneros se criaron al calor de sus ponchos y a las caricias de sus manos infantiles.

Una tarde, de regreso con los vaqueros, desde el lejano Silván, trajeron un venadito de días de nacido. Lo amamantaban con la buena leche de las vacas y dormía con ellos, como un juguete. Durante el día pacía con los cabritos seleccionados, en un precioso corral de malla, donde había, en pequeño, artificiales cerritos. Don Pedro, comprendió el cielo conquistado por los chicos y dentro del corral, mandó a hacer abrevados, cuevas y bosquecillos. Allí los niños realizaban simulacros de cacería, armados de escopetas de juego y lazos de ligeras cuerdas.

Don Pedro, su señora y, frecuentemente, el padre de Antonia, contemplaban desde la terraza los afanes y azares de la pueril cacería que siempre terminaba con una presa para cada cual. Valerio asomaba, tirando del cordel al cervatillo y Antonio a uno de los cabritos. Lo más curioso era que los cazadores resultaban cazados, pues los animalitos al sentir que entraban al corral, los buscaban hasta dar con ellos.

Así crecieron venado y cabros, hasta que grandes ya, iban de su cuenta a colgarse en las ubres de las vacas. Los perros se habían acostumbrado a verles y no los perseguían.

Un día, salieron a *su cerro* los diestros cazadores, llevando armas y lazos. Valerio, el más diestro, apuntó a su presa y ¡oh! desgracia! el momento que debía lanzar un grito remedando la detonación, repercutió en la hacienda un tiro: había llevado la verdadera carabina de su padre... El inocente animalito, rodó hasta el abrevadero, perforado el corazón!

A la tarde, en medio de lamentos de desesperación, se veía un fúnebre cortejo formado de los hijos de los peones que detrás de los inconsolables amos, iban a enterrar al difunto en una de las cuevas del cercado.

Don Pedro hizo todo lo que imaginó para consolarles. Pidió a Cuenca infinidad de juguetes y pasatiempos y, por último, para quitarles de su vista el trágico escenario, mandó a cultivar en aquel lugar el hermoso jardín que hoy alegra la hacienda...

. . . . . .

Así pasaron sus primeros años; así se convirtieron en los valientes pamperos que hoy hacen temblar la región a su paso. Ahora pueden reirse de las crudezas del campo y de todos sus groseros trabajos, porque aprendieron a luchar en el combate del granizo y en el fuego de los soles de estío. Su A B C, lo aprendieron en las difíciles frases de las constelaciones, cuando las noches claras de luna...

Siempre vivieron juntos en escuelas y colegios, hasta que hoy, un rudo bofetón del destino, los ha separado quién sabe por qué tiempo...

* * *

—Hace veinticuatro horas que lo vi—decía Antonio, acercándose una taza para el café—; pierdan cuidado. Si ha hecho esta última audacia, es porque él ha tenido sus razones... Ya se cansará del páramo y volverá con su voluntad.. Además tiene allá todo lo necesario.

Los sirvientes echaron sobre las elegantes tazas, exquisito café y los comensales fumaron escogidos cigarros.

—Mi hijo ha perdido la cabeza—siguió doña Rosa—; por qué le dieron ganas de volverse solitario?... Es difícil que los cuentayos y vaqueros lo encuentren: nunca está en el mismo punto.

—Hay una razón, señora—repuso Antonio

—: José, de su cuenta, lo persigue siempre, por capricho, por pura venganza.

Los criados levantaron la vajilla y los amos se fueron al salón.

El aposento contiguo que ocupara Valerio, permanecía cerrado sin que nadie tocase un solo papel: adentro las moscas susurraban sus largas oraciones fúnebres y, al frente, en el cortinaje de los grises eucaliptos, seguía graznando el buho de los tétricos agüeros, hasta que acertó a pasar cerca de allí la bruja Nicolasa y entonces voló a posarse en sus hombros y apegársele al oído, como para contarle sus adivinaciones.

CAPITULO XVI

El caballo del Shalva es una flecha que zigzaguea en el camino que conduce a la casa de la Chana.

Por la forzada pendiente sigue su trote por los zarzales y los barrancos, recibiendo en su anca redonda dos golpes de luz de luna. Es una silueta sobre el fondo del cielo, un hipogrifo que no conoció Goya para sus caprichos.

—Pues si ahura no se palabrea de una vez la Chana—pensaba el enamorado—; si ahura no consigo que le pase el enojo del día de Corpus, que le caiga la maldición de mama Nicolasa y se vaya pronto al País de las Calaveras, que con más gusto la viera desaparecer entre los gusanos que contemplarla en brazos de ño..... El caballo tropezó y se fué barranco abajo.

Los propietarios de Escaleras cortaron allí el camino para que los transeuntes no pisotearan sus sementeras al enderezar el sendero hacia el Callejón.

Al pie del barranco, sobre las finas aristas de piedra, apareció el pobre retinto, despanzurrado y sangrante, extendiendo sus cuatro patas quebradas.

La luna hizo que la escena se volviese más trágica.

Salvador, después de rodar algún trecho, quedó suspendido a la mitad del abismo por

sus espuelas, en débiles lianas que amenazaban con arrancarse al menor movimiento. Al pie estaban, como fauces hambientas que mostraban sus dientes afilados, las espeluznantes pencas desnudas.

Salvador pedía auxilio a gritos. Oyeron unos contrabandistas empleados de Miguel Pugri, que salían de Yunguilla y llegaron hasta el despeñadero para socorrerlo.

Una vez en el buen camino, vaciaron sobre las heridas una botella de aguardiente y siguieron su rumbo, dejándole úna más a que bebiese para curar el susto.

—¡Casi soy el primero en ir a la otra vida; mama Nicolasa ha oído mis malos pensamientos!

A su lado habían dejado los buenos hombres, recogidos los arneses, la alforja desgarrada y la concertina partida en dos mitades.

—Por lo menos he salvado la vida, decía Salvador, contemplando los despojos.—¡Mi pobre retinto, qué fin tuviste! No debías de haber muerto sin motivo: vos que te reías de los saltos y pantanos en el pajonal; vos que considerabas un juguete las alambradas de seis hilos y las cercas hirzutas que guardan las propiedades.

Y se quedó pensando, sin poder moverse ni resolver nada, viendo sobre las asesinas puntas, el yerto cuerpo de su retinto querido.

—¡Trescientos sucres hechos carnaval de sangre sobre el maldecido peñón!

Con ese caballo Salvador se ganaba la vida en los fatídicos viajes a Loja o Zaruma: tres días a cualquiera de los dos puntos y con doscientas libras de carga. A su grupa, cuántas veces había conducido a los compadres chumados en las fiestas... Hasta soñaba con robar a la Chana, alguna noche silenciosa. Ahora estaban por tierra sus dorados proyectos,

La botella obsequiada sirvió sólo para tres tragos.

—Pa que digan que estado chumado—pensaba al beber—; ahura van a reirse los jinetes tarqueños de mis malas piernas y de mi mala vista!...—Mis ojos que a veinte cuadras conocen el ganado por sus colores, ¿dónde estuvieron pa no ver el precipicio?

Estuvieron viendo a la Chana en todas partes, a ella que aparecia en la luna, en los collados, al fondo de los cielos azules. Viendo sus largas trenzas, girón de noche, que envolvian su tostado cuello barnizado de sol; viendo sus ojos, reflectores que le encandilaron; ojos negros como la tierra fecunda, donde fructificarian los besos y los ensueños; viendo sus labios espontáneos pero inaccesibles, como los geranios maduros de los viejos cercados; viendo su tersa frente, codicia de las estrellas para el dibujo de las constelaciones puras; viendo su frente, pampa cultivada para el florecimiento de sus pensamientos virgenes: llanura azul, limitada por los tapiales densos de su cabellera imposible; viendo la tibia lliglla, celosía de sus manos conventuales, prendida al pecho con el estilete de plata de su tupu antiguo, listo a clavarse en la mano imprudente.... Viendo el doble lirio vuelto abajo de sus polleras, cuyos picos de terciopelo, bajo el listón de heterogéneos bordados, besaban disimuladamente sus vergonzosos tobillos rosados; viendo sus pies ligeros, como efímeras flores mañaneras en los pastizales...

Viendo, viendo tantas cosas ilusorias no pudieron ver el barranco.....

* * *

Los campesinos que todo lo saben, volaron

a noticiar a la Chana de lo sucedido con el Shalva.

Y exageraron hasta decir que estaba muerto a la vera del camino.

La Chana había estado comenzando a dormirse, cuando oyó los repetidos golpes en la puerta.

—¿Si será ño Valerio....? Pero él viene más tarde.

Envuelta en la gruesa frazada, entreabrió la puerta. Entonces despertó la Guada.

—¡Quién vendrá a entrar istas horas! ¡Despierten cholos!

Los chicos saltaron de sus tarimas y llegaron a la única puerta que da a la carretera.

—No vengo por nada—se le oyó decir a Ignacio—; el Shalva está agonizando en el barranco de Escaleras: hagan el favor de auxiliar. Si tienen unos vendajes y un poco de oxigenada.

La Chana envolvió en su lliglla algunos medicamentos que sacó de su baúl y corrió tras de Ignacio, atravesando la pampa para acortar el camino.

Hacia un lado de la carretera estaba tendido el Shalva, cubierto con su poncho y haciendo cabecera la montura peruana empapada en sangre.

Permanecía rígido, con los ojos abiertos hacia el cielo, cadavérico y exánime: la hemorragia le debilitaba rápidamente.

Sin volverse, reconoció a la Chana y, haciendo un esfuerzo, levantó la mano.

—¡Chana, Chana... me estoy muriendo...! ¡Iba a verte... creo que otro será quien se adueñe...! ¡Pa otro quedará mi sementera madurada gracias a mis afanes: mis manos ya no deshojarán las mazorcas regadas con mis lágrimas y mi cariño...! Chanita!

Shalva aprovechaba de su situación de herido y de chumado con el licor de los contrabandistas, para decirle de una vez todo a la Chana.

Ignacio había ido a la Estación en busca de remedios y ya se dibujaban las siluetas de él y del Teniente, allá, al comienzo de la recta distante, con sus linternas a kerosene.

La luna descendía por la garganta negra del Portete, regando su temblorosa luz en la corona de la montaña.

Sería la media noche, porque los gallos cantaron largas notas de silencio y de sueño... Se acercaba la hora de la visita de Valerio.

—Mama Guada le detendrá, pensaba la Chana, o le dirá que he ido a Cuenca....—pero no puedo dejar de auxiliar al cholo... Pobre cholo, no me ha dado ningún motivo... Sobre todo: arrieros somos en el camino del vivir....

—Chana—siguió el Shalva, insinuándola a acercarse—, te agradezco... yo no merecía... no me dejes.

La Chana se sentó en el suelo y reclinó la sangrante cabeza del Shalva en su muelle falda. Estaba empapada en coágulos negros y tibios que tendían hilos sobre la frente y la boca. De la gran herida brotaba la sangre como de un fino surtidor inagotable. La Chana echó un poco de yodo y vendó las heridas con los girones de su pañuelo oliente a Agua de Florida.

El herido cayó en sopor. La sangre se llenó en las concavidades de los ojos y seguía bajando hasta la falda de la Chana. Comenzó la fiebre y con ella el monólogo erótico del delirio.

—¡Chana Guamán te juro que no te dejaré. Tu cariño se entró en mi corazón dende que éramos chicos, como se mete la *coscoja* en el zhungo de la oveja: tengo esa fiebre de quererte y no te olvidaré.... No te dejaré: mi machete zaru-

meño, perderá su filo en las cabezas de tus pretendientes y no se romperá sino en mi mismo pescuezo si pierdo la partida... Comprende que te adoro: después de la mama Virgen del Cisne, estás sólo vos en la urna de mi pensamiento... Si el ocho de septiembre me voy a Loja a cumplir mi romería cada año, donde vos me voy todos los días, linda Virgen de Tarqui, Chanita mial.... ¿Quién tiene ojos iguales a los tuyos? En ninguna estampa de la iglesia hay parecidos; quién ha de tener una boca como la tuya, aguadita y fresca: mango reventón en la misma mata; y tus manos, pelo de los choclos pintones en el mes de mayo.... Manos con hoyuelos sin fondo para mis millones de besos.

Se cortó su idolatría por un agudo quejido que estremeció a la Chana. Dos ardientes lágrimas rodaron por las mejillas de la doncella y cayeron juntas confundiéndose en la boca entreabierta de Salvador.

Fatigados llegaron José e Ignacio, alumbrándose con la amarillenta luz de sus lámparas. Ya la luna bajó el telón de sombras, al terminarse la última escena de su teatro de romántica luz. El cielo y la tierra se confundieron, como las lágrimas de la Chana, en el insaciable boquerón del misterio...

—Aquí está—dijo Ignacio—; veremos si con la oxigenada le detenemos la hemorragia.

La Chana saludó al Teniente, después de secar sus ojos con la bocamanga de su camisa.

—¿Qué milagro se te ve a estas horas, china linda?— dijo José, tocándola el mentón—; esta es hora de estar soñando con el patroncito.

—¡Vea, siñur—contestó la Chana, indignada —, no si acuerde de cuentos este rato; cúrele al Shalva, pa eso le mandamos a verl

José e Ignacio colocaron de costado a Sal-

vador y le quitaron las vendas puestas por la Chana.

Brotó de nuevo la sangre, incontenible, a pesar de los remedios de José.

—No es posible detener—continuó Ignacio, mirando a José con un gesto interrogante.

El Teniente echó nuevamente sobre la herida todos los remedios que trajo y luego la vendó, pero la sangre vencía la presión y seguía mojando el cuello de la cotona (1).

—Esto se pudiera combatir sólo cosiendo la herida, aseguró José, y a estas horas es difícil encontrar a don Abril.— Hagamos una última prueba.

Y con una segunda terrible intención, ordenó a Ignacio se fuera a buscar a don Abril.

En el solitario camino quedaron los tres. Salvador no se daba cuenta, vencido de debilidad y de borrachera. La noche era oscura... La Chana tembló, como una ramilla de sauce al paso del vendaval.

—Hagamos lo que se puede, para después pensar en lo demás—resolvió José y desvendó nuevamente la herida.

Lo más rápidamente que pudo, torció un grueso cordel de algodón e introdujo a lo largo del corte; luego preparó otro y otro.

—No hay más—dijo, y echando alcohol, prendió un fósforo.

Chirrió el algodón y los labios de la herida se cerraron: se había cauterizado.

Con alcohol, se limpió las manos; y se puso detrás de la Chana, e incontenible, la besó febrilmente...

La Chana quiso defenderse; dejó caer la cabeza del Shalva e intentó huir... Imposible: el Te-

(1).-*Camisa de lana que usan los indios de los páramos.*

niente la estrechaba entre sus formidables brazos... Ignacio no llegaba.... Salvador, permanecía exánime... La noche estaba más oscura aún... El camino tendido en la planicie como un monstruoso reptil dormido.... La una de la madrugada.

* * *

Valerio venía al escape en el piso sin obstáculos de la carretera.

El cholo chico, hermano de la Chana, le había confesado todo a cambio de una moneda. La Guada había callado de temor.

En la obscuridad de la noche, el ágil chaguar, se bebía los kilómetros, precedido de Sultán que venteaba en todos los recodos.

Con el ala pegada a la copa del sombrero y el poncho, como una gaza que se llevaba el viento, Valerio era una exhalación en el camino.

—¡La Chana con el Shalval Buena red han preparado!

Y no sabía que no era Salvador sino su eterno gratuito enemigo.

—¡Pobre Chana: víctima inocente! Yo vengo con el inmenso cariño del pajonal, henchida mi alma de la pasión gigantesca que da la distancia! Por ella estoy sacrificando mis días de juventud, mi edad de oro, con la única esperanza de hacer mío su cariño. ¡Oh! destino cruel, ¡oh! vida que la vivo acaso en una equivocación.... Mientras yo, allá en los elevados picos andinos, la añoro y me muero de nostalgia, acá abajo, en las oscuras cuencas de los collados hipócritas, bajo la sombra de las noches, se juega con mi amor, como juegan las fieras con el cervatillo en las profundidades de sus cubiles, en tanto que el cóndor se remonta ansioso e ignorante... Yo debí llevar mi presa a la cima de los montes

y celarla hasta con el sol... Hoy comprendo mi maldecido error...! Si me fuese dado arrojar el mundo al espacio y perderme junto con él en una ruta infinita!

Sultán aulló. Valerio se detuvo, como clavado en la tierra. A media cuadra de distancia, reconoció a su Chana, como un jilguero perseguido por el azor. La linterna sobre el cuerpo inmóvil del Shalva, hacía luz suficiente para distinguir la persona del Teniente.

Desgreñada, defendiéndose aún, gracias a los alfilerazos de su tupu, ya se vencía al cansancio y a la lujuria brutal del Teniente, que la arrollaba con su fuerza de gañán matrero... Cayó de espaldas, quiso gritar y la sudorosa mano de José ahogó sus ayes.

De repente, repercutió un disparo; la linterna estalló en pedazos y se hicieron sombras sobre la escena.

—¡No Valeriol, pudo gritar la Chana.

Rápidamente José contestó con una detonación, sin saber de qué se trataba.

Ignacio aparecía ese momento y su linterna alumbró el puño armado del teniente.

Valerio apuntó mejor. Su segunda bala fué a estrellarse en el tambor del revólver de José; su mano derecha soltó el arma y se colgó sin movimiento.

—¡Asesinol—gritó José y de cobardía no pudo esconderse.

Ignacio envolvió su lumbre en el poncho y metióse en la cuneta.

Avanzó Valerio; José mudo de ira y de fracaso, lanzó, con su mano izquierda, un puñal que fué a clavarse en el muslo de Valerio; éste, con una tercera bala, le perforó el pie y con una cuarta, cortó el alambre del teléfono.

—¡Para que no avises a Cuenca, canallal Y

se lanzó sobre José, quitándole la pistola.

En seguida, levantó a la Chana y poniéndola sobre la grupa, se perdieron entre las sombras.

* * *

Ignacio salió de su escondrijo apenas notó que se había alejado Valerio y sacó de dentro su poncho, la linterna

José estaba en tierra, con su pie destrozado.

Salvador abrió los ojos y pidió agua.

—Virando el barranco hay una vertiente, tío Ignacio, hazme la caridad.

Ignacio acercó la copa de su toquilla llena de agua, a los labios de Salvador.

—Gracias, tío.... ¿Qué pasó esta noche, Dios mío! Entre sueños he presenciado todo.

Los familiares de Salvador, mandados a avisar por Ignacio, llegaron asustados.

—No tiene sino que reponer la sangre perdida—dijo José—; él ya está bien; mañana deben llevarlo a Cuenca.

Al oir que saludaba, tranquilizáronse los parientes de Salvador y, casi a tientas, alumbrados apenas por los faroles, buscaron palos y lianas para preparar una camilla.

Después de una hora, llevaban los cholos, sobre sus robustos hombros, al herido. Detrás iba el Teniente en un palurdo (1) reclutado; y se quejaba de rato en rato de sus heridas.

—Ahora, ciertamente hay que olvidarse que hay leyes y cárceles— pensaba José durante el trayecto—; ya se ve que todo es susceptible de mercarse, incluso la justicia que hoy anda con los ojos bien abiertos y con una falsa balanza....

(1).- *Jamelgo.*

CAPITULO XVII

Santa placidez serrana. Como un reguero de fibras de oro, se recuesta la pampa, después del fecundo parto de una buena cosecha.

Los que antes fueran caciques de vastos reinos, ahora labran su propia tierra y reciben los beneficios, como una caridad de su antigua madre, para aportar al magno contingente del patrón, dueño de la gleba y dueño de sus hombres.

Buena tierruca, en cuya cuenca nacieran los que antes fueron curacas; tierra generosa donde se entienden los yaravíes y donde florecen, espontáneos, los lirios blancos: marcos hermosos para el paisaje de sus fuentes puras; tierra gris, calentada al cariñoso beso del sol meridional: los campesinos llevan tus reliquias de polvo en las manos y se parecen a tí hasta en el color de tu desnudo suelo....

. . . . . .

Cosecha de maíz, del grano fecundo a cuyas vitaminas se deben la fecundidad de las mujeres y el talento de los hombres de este natio serrano...

Granos de maíz, células de vida que os deificaron los indios: os unís tan estrechos y hermosos sobre la espata, significando la ideología

de una raza destronada...

Mazorca: estuche inapreciable, corazón de la pampa, regalo de boda, en las nupcias de la lluvia con la voluptuosa amelga. Choclo túrgido, te llaman *señorita* cuando ostentas tu cuerpo núbil para las acechanzas del fréjol que te aprisiona en sus redes de esmeralda; choclo erecto, tentación para el sátiro serrano, te envuelves en la sedería del pucón, como novia que guiña a la esperanza imposible del barbecho enamorado.

Panojas de la pampa: puntos de admiración que se coronan de estrellas... Manos juntas de mujer que imploran la caricia del sol... Indices de la madre tierra que señalan el *jahuapacha* (1) de estos indios buenos... Pararrayos del sembrío contra la helada asesina... Capullos de seda conchal, como domos de bendición pampeana...

Panochas en flor: las sutiles hebras de tu áurea cabellera os muestran como innúmeros incensarios que ofrecen el aroma del maizal al infinito azul del cielo.

Panocha hechicera que te arrebujas en la estameña de tu pucón fragante, como las doncellas de esta tierra bendecida.

Panocha cautivadora; la gracia infinita de tu cabellera reluciente simula, con la brisa, una llamada de coquetería al iridiscente chirote.

Maíz, maíz: oración del campo; altar y meta del amo y del indio. Grano de maíz, corazón de América.

Tu perfume invade las cuencas y los collados. Contigo se aderezan los mejores potajes de la sierra; contigo la culinaria hace triunfos de banquete; contigo se restauran los débiles; contigo se robustecen los niños y se prolonga la vida de los viejos; con tu polvo aromado se

(1).-*Cielo.*

hace más terso el cutis de las doncellas y se borran las huellas que el viento y el sol dejan en las mejillas tostadas.

Con tu polvo los carnavales serranos se vuelven más entusiastas y locos.

Maíz base de la alimentación americana; maíz punto de partida para las legislaciones de Hernán Cortés y para los decretos dictatoriales de Moctezuma. Grano de maíz: alma de la serranía.

Razón hubo, preciado tesoro para quitar la vida a quienes te destruyeron.... Veinte mazorcas robadas costaban la vida al curaca delincuente; veinte mazorcas que se hurtaban al sembrado ajeno costaban el castigo como cuando se acusaba de adulterio o de hechicería en las legislaciones mejicanas.

¡Maíz que con el aguardiente y la yunta forma la trilogía de todas las aspiraciones indianas!

¡Maíz, maíz tan americano y tan nuestro como Huaynacápac y Kirubal

. . . . . .

Con la camisa, pedazo de nube invernal y con el pantalón arremangado que se sostiene en la cintura con la geroglífica faja, que da varias vueltas, los peones hacen su cosecha, bajo el caliente sol que tuesta las espaldas.

Macario, el segundo amo, terciado el largo *chicote*, dirige los calchajes, en medio de la algazara de las chinas que bromean con los solteros.

Los jayanes más robustos transportan las gavillas al extremo de la pampa, para levantar el *banco*, verdadero banco, cuyos réditos paga la tierra, centuplicados.

Atrás de los segadores, van las doncellas y las viejas, recogiendo los maduros frutos escapados al ojo avisor de los celadores.

Y la pampa queda en rastrojo, baja y mustia, como un campo de batalla donde se ha librado un combate de pigmeos: en el suelo se yerguen, cual dorsos amputados, miles de estaquillas inermes que miran cara a cara al sol, con ansias imposibles de ser grandes y de seguir viviendo. Quedaron sólo para abonar sus propios hijos en la siembra venidera.

Los peones, los más audaces, burlando vigilancias de Macario, han introducido sus ganados para que coman tallos todavía húmedos y las hierbecillas que, a la sombra del maizal, se escaparon del fuego del estío.

Acompañada de su hermano menor, entre el concurso de las campesinas, está la Chana, tan reluciente y graciosa en el dorado campo, que no falta a sus plantas sino la firma Millet, para creerla escapada de «Las espigadoras».

Toda la peonada se ha sentado al pie del banco para comenzar el deshoje. Un extremo está bordado de la policromía de mozos y mozas, que hacen la chacota con sus inquietudes y consejas. Ya empiezan las apuestas para saber quién es el más diestro en deshojar y reunir la primera docena de mazorcas que tengan *mizha* (1). La mizha, la proverbial mizha, que constituye la diversión más inocente de nuestros regocijos raciales en los agostos de estos sencillos campos.

Pueriles costumbres de raza vencida, que no cambian porque están escritas por los tiempos sagrados de antaño. La mizha es un mandamien-

(1).- *Un solo grano de distinto color en una mazorca de hileras completas.*

to en las cabañas, una ley misericordiosa que hace olvidar las penas y las deudas; un número divertido del programa de las cosechas azuayas; un punto que después tiene la consecuencia del cariucho ofrecido por el que perdió la mano en la apuesta. Cuando se *alcen* del trabajo, cuando vuelvan a sus chozas, en la penumbra de la oración, en el abando o del retiro andino, se comerá la ganancia entre el bromeante discurso del beneficiado.

Al otro extremo, se han reunido los mayores, la gente seria, que ya no se preocupa con divertirse. Entre ella se hacen los comentarios y se cuentan viejas historias de ricos propietarios que contaban sus pesos por almudes.

—Yo conocí— decía un centenario, con voz ahuecada y sentenciosa— un señor de estos lados: ya hasta el nombre se me ha ido de la cabeza, rico, riquísimo, dueño de todo lo que ahura son parroquias de Cumbe y Tarqui, no me van a creer... Yo, por ese tiempo era chiquillo que apenas cambiaba los dientes. Entre sombras me acuerdo: con mi padre me fuí un día llamado por el patrón. En un rincón del granero, ¡oh! cosa de no creer: había, amontonados. como ahura las mazorcas de ño Pedro, los pesos, grandes, pesados, de pura plata: cada uno pesaba una onza! Un montón que entre cinco runas avanzamos a medir en almudes en cuatro horas. Si no me engaña la memoria, creo que medimos quinientos y pico de almudes.... Me acuerdo, más de ciento veinte mulas cargaron el dinero pa llevar a la ciudad: con eso dizque estaba comprando el señor casi todo lo que ahura es Cañar... ¡Era riquísimo!... Mientras que ahura dizque es fácil llevar al pecho un papel que valga muchos miles: tiempos que vivimos: ¡Un papel hecho por el Gobierno! Antes llevábamos en una alforja los

soles, soles de plata, plata pura de piña.

—Así he oído, contestaba otro de los mayores—, así he oído contar a mi abuelo. La sobra dizque embutió en el colchón y enterró en un lugar desconocido....

Mientras estas y otras historias se referían, las viejas, aprobando lo que contaban los hombres, al disimulo, bajo sus flacuchas piernas, escondían briznas para su cuyero.

—Pa mis cuyes hambrientos: pobrecitos acaso están agujereando las paredes.

Macario señalaba con una navaja en su cayado, el número de costales que los cholos llevaban a los hórreos.

Eso sí, respetaba la *chala* (1) que, las mujeres sobre todo, escondían, sigilosas, dentro su camisa. La chala es la costumbre inmemorial que viene rodando desde los tiempos inmemoriales de Ruth; sagrada costumbre establecida allá, en los remotos tiempos de los viejos patriarcas y seguida por la india americana que la llevará a cabo siempre, mientras los maizales le ofrezcan su cosecha en la pampa...

Sin embargo Macario tiene sus ojos clavados en las doncellas que pudorosamente llenan de mazorcas el seno y la falda.

La vieja Nicolasa ha exagerado su chala.

Entonces el mayoral aprovecha para su examen a ella y a las demás. Y no sé, si bien o mal intencionado, registra más de cuanto es conveniente, con las manos curiosas de tocar cualquier cosa y no mazorcas...

—Cuide Ud., don Macario—grita Mariana, ruborizándose.

—Vaya con sus confianzas a otra parte—

(1).- *Porción mínima que en las cosechas es permitido llevarse a los trabajadores.*

exclama Nicolasa—; bien sabido tiene que yo recojo sólo lo que los trabajadores no han visto.

—Pasque están robando todas; este banco podía dar cien costales llenos y, apenas, se han llenado ochenta.

—¡Tampoco estoy pa adivinar quién ha robado este momento—siguió la bruja—: allá entre Uds.; vea bien quienes son las que se yenan el *buche*, que yo no me he de dejar tocar por sus atrevidas manos!

—¡Bruja ladronal—amenazó Macario—, yo te he de adivinar a látigos si sigues metida entre la gente: Dios quiera na verte más en la cosecha.

—No me verá, no me verá.... Mi *amigo* (1) ya me contó una historia; cantando triste se pasó toda la noche: no me moleste, yo a naides interrumpo.

Macario oyó aquello, como una profecía y se quedó un momento en silencio y lleno de temor.

—Cuando maldice mama Nicolasa, Dios me libre...

En tanto las jóvenes indias bromeaban con los solteros y en la carga de paja, que preparaban para la hechura de almiares, escondían pesadas piedras y se reían como locas.

Uno de los mozos, alegre y decidor con todas las doncellas, se acercó a la Chana.

Lindo copo de lana, Chanita, alegría de mi *llacta* (2). ¿Por qué no juegas como las otras longas?

—¡No venga con sus burlas, a naides le importa esté comoquiera!

—Pero florcita de arveja, no seas *malmodia-*

(1).- *El buho.*
(2).- *Terruño.*

dora; antes tenías tantos cholos que jugaban con vos, que se *chisteaban,* como nosotros hacemos ahura con las otras longas. Entre todas ellas, no hay una que se *aparente* a vos.

—Vaya con su bufonada,—siguió la Chana, mientras recogía su chala—; vaya con su bufonada a jugar con la Mariana; allí está, ¿no ha visto?.... Acaso no se sabe que el sábado es la boda.

—¡Yo! ¿De mi boda hablas, Chanita?

—Si, usté, siñur Juan, usté.

—Quién te dijo?

—Ya se sabe... Y váyase; va a ver don Macario, váyase ónde la Mariana que le quiere.

—No me quiere y.... yo te quiero a vos, Chanita linda.

Chana, cambió de gesto y para que oyeran todos

—¡Metido, no me engañas, anda onde tu Mariana, hipócrito!

Y se escondió entre el muro que formaban las cañas, como se esconde, ruborosa, entre sus hojas la azucena....

* * *

El sol fingía un florecer de oro sobre los almiares, que como adustos guardianes, se erguían en las eras: reservas sagradas para los años estériles.

La tierra de los sembríos, ostentaba su vientre desnudo y fecundo y se bañaba de sol, esperando la simiente engendradora.

Por todas partes se advertía el otoño de las hojas secas y el rumor de los *calchajes* empapaba el ambiente de un gesto de consuelo y abundancia, dejando en el campo un trofeo después del carnaval jugado entre el sol y el viento.

A veces los pequeños huracanes elevaban briznas y cañas, presentando, bajo el azul cielo de agosto, una maniobra de difícil ejecución aviatoria.

El polvo se levantaba en espirales, como si la pampa echase una bocanada de humo, al fumar sus horas de descanso y ocio; polvo que volvía a caer sobre tejados y llanuras.

Agosto: el mes inolvidable para los escolares que, después de diez meses de haber pasado inclinados sobre los libros, vuelven los ojos al cielo para leer el capricho de sus cometas y presentar sus bocas infantiles para el beso del ardiente sol, premio a su inocencia.

Agosto es el gran señor del cabello empolvado y echado al viento, haciendo, junto con las gentes, sus locas vacaciones... Se presenta en el escenario del tiempo, como un multimillonario bohemio, con su cabeza de lumbre y su manto huracanado de soberbia, trayendo tras sí las tempestades regeneradoras, representadas por Septiembre, el mes del engendro, macho bravío de rayos y tormentas, guarda-espaldas del burgués, del excelentísimo Agosto.

Agosto se divierte: es feliz; nació en la abundancia, en la cuna de las panojas y se enterrará dentro de las pirámides de mieses que se levantan en las eras....

* * *

Porque el año fué lucrativo, los campesinos han derrochado en sus regocijos y no han escatimado fanegas de maíz para las opíparas mesas de minga y para las exquisiteces de la chicha de *jora* (1).

(1).- *Maíz fermentado de que se hace la chicha.*

El suplido de granos en la hacienda García, se hizo liberalmente y el *rancho* (1) de los guasicamas, aumentó en algunos almudes por año.

Juan Morocho, el novio de Mariana, ha venido a pedir *socorro* (2) a don Pedro; pues debe casarse el sábado y necesita para los derechos del párroco y las *fuerzas* al testigo y al amo Teniente.

—Patrón, amito: siquier una fanega, fuera de la plata que ya me ofreciste.

¿Con qué he de hacer la chicha, si mi posesión no me ha dado pa gastos impensados.

Y, después de haber pactado el arreglo, se escribía en el voluminoso libro de cuentas, el nombre de Juan, constando como *concierto*, deudor a la hacienda de una fanega de maíz y cien sucres en dinero...

(*1*).- *Alimento que se da a la familia que hace el servicio de guasicama.*

(*2*).- *Adelanto para el trabajo.*

CAPITULO XVIII

Por mal pagados que se fingieron los padres de Mariana, en la última visita ritual que hacen los novios, al fin cedieron, vencidos por la humildad y por el trago.

Todo es convencional en este mundo, en este mundo de comercio humano, tanto entre grandes, como entre chicos, ora entre caballeros de singular estirpe, ora entre indios, los de la raza vencida.

En fiestas de amor, en estas fiestas que no cambian con los siglos, para la triste humanidad que se reproduce ingrata, no existe sino un camino... ¿quién no lo adivina?... Por él anduvieron todos los millones de hombres que han pasado por el mundo. Cupido está mirando siempre un solo punto: sus dardos siguen recorriendo un infinito presente...

Rendidos quedaron pues los padres de Mariana y aceptaron los regalos.

Ahora había que buscar padrinos, naturalmente entre gentes principales. Antonio será uno de ellos, por parte de Juan.

Luego Juan sabría de dónde sacar las ofrendas y no escatimaría esfuerzos para conseguir zarcillos de coral, tupus de plata y todo lo que puede desear el enamorado para su dulce tormento, a quien ya ofreció todas las riquezas del alma.

El arreglo con el cura deben hacer con tiempo. Ladinamente, fingiendo mucha pobreza, se van: pero el párroco ya sabe cuánto tienen las parejas y les recibe secretamente.

—Hay que aprovecharlos: son gentes de teneres y peones de don Pedro.

Las huertas de coles deben quedar limpias; los patatales muy bien aporcados y la leña de los viejos árboles, rajada. Esto y más órdenes bien cumplidas, antes de otorgar certificados.

. . . . . .

Se ha cumplido todo. Juan no ha reparado en nada por apresurar la boda. Ahora a Cuenca, a buscar indumentaria alquilada, pues sobró dinero de las dispensas: eran montañeces de tercera...

En la casa de la novia han muerto una vacona. Toda la comarca veía celosa el gasto y criticaba:—¡Qué suerte de la china Mariana, que ni siquier es buenamoza! ¡Qué será cuando se case la Chana!

—Van a hacer el fandango como nadies, con vacona y con chicha y conejos y sardinas y otras cosas; cómo quisiéramos también ser invitados!

....Llegó el ansiado sábado.

Un largo desfile se endilgaba hacia la iglesia: adelante iban las doñas con sus anchurosas polleras de bayetilla y sus rebozos negros, como manda la modestia en estos casos trascendentales; detrás iban los hombres, comentando distintamente.

Los más decentes iban calzados con gruesos zapatones de suela del país que modulaban quejidos; y los más pobres siquiera bien lavados los talones sobre la alpargata de cabuya

reluciente. El poncho revuelto al hombro, ostentando los milagros de la urdimbre y el ornamental dibujo de sus colores chillones... En la cintura, brillaban los anchos cinturones, sembrados de hebillas y ojales de plata. Los negociantes, los viajeros a Loja, ya habían podido adquirir y traer, para la admiración de sus paisanos, algunas novedades: se veían chalecos blancos, almidonados y planchados que sostenían cadenas con relojes sin movimiento y navajas baratas; botas que aun podían llamarse botas, a fuer de remiendos y de sostenes con mil correas sobre las pantorrillas: regalo de algún agente viajero, o hallazgo en el pajonal, donde murieron de frío algunos infelices; sombreros de paño de buenas marcas, que hacían de lunares en el ondulante vaivén de los de lana, blancos y tiesos como los hongos que se mecen sobre la tierra negra.

¡Oh! qué de escenas y de tipos y de cuadros!

. . . . . .

¡Pintores paisanos, aprisionad en los lienzos folklóricos, todos estos propios gestos de la tierra americana! Pintad el campo y sus campesinos; pintad realidad, pintad esos fecundos temas de nuestro terruño... Ya de Europa hemos copiado mucho y si nos falta la mitológica fantasía pagana, nos sobra la maravilla real de las anacaonas; y si faltan los Césares, Luises y Alejandros, nos es fácil encontrar el sol de Huaynacápac, sobre los incomparables Andes con sus Chimborazos y Sangayes.... Hagamos nuestra historia pictórica, sin la limosna de copias del Louvre y el Prado. Tenemos el oro viejo de Atahualpa y el azul del Pacífico... Pero no hagamos revolución a base de novedad: hagamos, an-

te todo, americanismo... Y en vez de los icaros fracasados, plasmemos los triunfantes jayanes, con sus ponchos al viento y sus machetes al sol...

. . . . . .

El sacristán era primo de Juan. Repicaba alborozado al ver que se acercaban las parejas y se empeñaba en que pasase pronto la ceremonia, porque también era convidado a la boda.

—¡Qué derroche, qué derroche, decían los aldeanos; nada falta en el matrimonio de estos indios!—¡Cuánto le han pagado al campanero; claro, así debía ser: son peones de don Pedro.

Para la gente villana, no existe gesto más valioso, en ocasiones como esta, que echar a vuelo campanas.

Padrinos y novios juntos se acercan parsimoniosos al presbiterio: los curiosos se agolpan y se codean.

Juan empalidece y, Mariana, con su paño lojano, se reboza la cara.

El párroco hace el sagrado formulismo y la escena de la liturgia, resulta corta.

El Maestro de Capilla en el coro, se hace presente con sus sanjuanes que ya convidan a la concurrencia al baile y al regocijo.

Y fué el sacramento eterno. El sol se puso de fiesta: algún poeta ya diría que en los capulíes arrullaban las tórtolas y que los corderillos, enviaban en su balido las felicitaciones.

* * *

A la casa de la novia, acudieron aún los que no fueron invitados.

Mariana llegó llorando de emoción, mas Antonio, el amo Antonio, al son de la mejor músi-

ca de la región, rompió el baile con la novia e hizo olvidar el sentimiento. Las piezas del concierto de violines y flautillas, llenaron de rogocijo los cuatro puntos del viento.

El barril de aguardiente se destapó con liberalidad, pues había para mucho tiempo. Era preciso consumirlo: qué dirían los invitados si sobrase algo de lo preparado.

La Chana con su madre estaban allí de invitados principales y, aunque Mariana era la reina de la fiesta, los solteros cortejaban escandalosamente, incluso Juan, alentados por los draques, sin embargo de que nada conseguían de la Chana. Los rechazaba y si bailaba, apenas lo hacía por condescendencia y si había venido al matrimonio era por los lazos de parentesco con Mariana.

—Oye soltera—le decía uno de sus admiradores—, cómo te pareces a la mama Vírgen del pueblo: sólo nos haces quererte y jamás te ríes con estos cholos infelices.—Vuélvete alegre y festeja a la Mariana; ya no te preocupes del Shalva, él ya está bueno...

—No nombrarás Shalva —respondió Guada, temiendo que Antonio oyese el nombre y fuese a contar a Valerio que aun se habla de su rival—; ahura hemos venido pa festejar a los novios y nada más.

Juan era un loco de amor; no dejaba de bailar con su mujer. Un momento sacó a la Chana y bailó largo, muy largo y la hizo beber muchos tragos y acaso se exageró en sus galanterías, porque Mariana le llamó y dejó de bailar.

—Ya se ha chumado el Juancho—dijo claramente la Guada, comprendiendo y queriendo disimular lo que podía ser de fatales consecuencias.

—Bueno si está chumado, a dormir con su

mujer—ordenó Antonio— y que regrese cuando se reponga...

Todos los indios corearon al amo, que era el único que podía imponerles, como patrón y como padrino.

—Amito—siguió Juan—yo no estoy chumado: es la pura alegría.

—A dormir, a dormir—impuso el amo y precedió a la amante pareja, hasta dejarla en la alcoba. .

Dicen que en otros tiempos. los padrinos tenían una misión más grave...

* * *

En tanto que adentro en la pieza, la concurrencia hacia un terremoto de alegría, acá en la cocina, las mujeres, las buenas mujeres que siempre se sacrifican y se preparan para obsequiar con potajes a cual mejor, aderezaban viandas y no descuidaban el agua caliente, en medio de los apuros consiguientes de estar al gusto de todos y de servir al punto.

Y, en platos desiguales, alquilados o prestados, se servían los almuerzos, las *meriendas*, las cenas, los desayunos y todas las comidas, cuantas veces se pedía y era de capricho de los convidados.

.....Iban dos días de fiesta, dos días de locura, de inconsciencia, de promiscuidad, de abandono.

Mujeres que al despertar se encontraban con hombres ajenos; mozos que se habían dormido en los corredores, al pie de matas de agíes; al pie de las parvas de maíz, en la pampa, sobre el desnudo rastrojo ardiente, bajo el sol abrasador.

Antonio se emborrachaba, iba a su ha-

cienda, llevado por su mayoral, el buen Santiago, que dizque cuidaba al patrón: ninguno de los dos sabía cómo despertaba en su propia cama... Un malestar inmenso y una tristeza infinita los aquejaba y aquello había que curar donde los novios, donde había buen humor y bien servidos draques. Y volvían a la choza de los indios, nido tibio de diversiones, donde no dejaba de oirse, día y noche, el monótono sonido del bombo, anunciador de regocijos raciales.

Las indias, semidormidas, desvencijadas, con sus pechos descubiertos, ambulaban en toda la casa, en busca de sus criaturas que cansados de llorar, se habían dormido dondequiera, descubiertos y expuestos a las inclemencias de las frías noches y al peligro de los animales. Vive aún el chico de taita Pacho, desorejado porque un perro le comió las orejas.

Los indios ebrios, como monstruos sonámbulos, con los cabellos desgreñados y sus bocas inmundas, se cruzaban en el patio y se perdían en los matorrales, en busca de ocasiones para sus lascivos intentos. Algunos, los íntimos de Juan, irrumpían la alcoba nupcial, con sendas copas, deseando que la dicha sin igual de los esposos, se moje en trago fortificante, para que así se prolongue la reunión por muchos días, pues no era dado acabar tan pronto la alegría que debe ser eternal.

A la Guada, a la vieja Guada, la celosa de su Chana, ¡ayl la encontraron sin ella, abandonada en un rincón, durmiendo su profunda ebriedad.

Y la Chana, la flor inmaculada de la pampa, cuya savia no se quemó con las heladas, cuyos pétalos no se marchitaron con los soles del estío, cuyos colores no se borraron con los huracanes, ahora aparece, como un lirio agobia-

do, echada por manos del destino del gran jarrón que la ostentaba en el paraíso que se forjaron Valerio y todos sus enamorados; ahora llora inconsolable al despertarse de su trágico sueño de reina destronada.....

. . . . . .

A un lado de la cocina, repitiendo sus refranes, echando sus anatemas y maldiciendo a Macario y a la Chana, está borracha la Nicolasa.

Macario, desde el anuncio que le hizo durante el calchaje, no ha vuelto ni siquiera a dirigirle la palabra, menos a estar en ocasiones en que podía encontrarse con la bruja.

—¡Qué me sucederá, qué estaré por sufrir pa que la vieja me haya dicho que no volverá a verme!

Nicolasa se había adueñado de las tinajas de chicha y a ella había que solicitar cuando los invitados pedían.

En vasijas de barro, lavadas en las mismas cubas y secadas con la tela de su rebozo, repartía la rica chicha de jora burbujeante y fresca.

. . . . . .

Chicha de jora, que llevas las vitaminas jocundas del maíz maduro; incentivo sano de los indios, hijos de la pura gleba americana; chicha de jora, sangre de los maizales y carne de rubias panojas: tienes el color de sementera y el tono voluptuoso de la bella Anacaona; chicha de jora: único estimulante para la restauración del cuerpo trasnochado y sediento.

Chicha, sangre pura de caciques: contigo se enterraron los incásicos dueños remotos de estos bellos campos!... Chicha de jora: sol de ocaso

diluído; crepúsculo andino encerrado en las frescas vasijas de barro criollo. Chicha de jora; al calor de tus embrujamientos, se hicieron grandes conquistas, porque valiste más que el oro; Cristóbal Colón debió de beberte y comprender que era suelo americano lo que descubría; bebida que diste impulso a los músculos de Caonabo y vitalidad a la tostada carne de las Vírgenes del Sol....

Bolívar debió de saciarse con tu frescor deleitable y por sus venas debió correr todo tu hervor y tu pujanza. Chicha de jora: a tu calor seguramente combatieron los cuatro mil bravos en el Portete; tu estímulo vuelve jayanes a los tímidos indios y transforma en cóndores a las diminutas golondrinas. Las chinas de nuestros románticos pastales, con sus ojos de mizha y su cuello color de chicha madura, son las Evas perdidas que encontraron los geodésicos en el nuevo mundo: por eso, ante el artificio de tus consecuencias, perdieron ellos la realidad de sus ciencias exactas....

Chicha de jora: historia de una raza vuelta líquido; mezcla de la remembranza feliz con la tragedia del dolor más grande de América... Chicha de jora sabor de sol y de tierra bravía; chicha de jora de color de la nostalgia por el Sol que nunca volverá... De ese Sol incaico en eterno eclipse.

Chicha de jora, cuando hierves en las tinajas de barro autóctono, tienes la imponencia de volcanes enjaulados y cuando entonas el coraje del jayán, son los mismos Andes que se imponen...

Atahualpa murió tan triste, porque le faltó la anestesia de su bebida principesca... Chicha de jora, champagne americano; los incas se olvidaron de erigirte un templo, al lado del Templo

del sol...

* * *

Habían transcurrido tres días de fiesta. La boda terminó en la gran paz del Señor. Los indios se arrastraban dificultosamente en las laderas, como ratas medio tostadas que escapan en las quemas; y volvían a los tristes bohíos del páramo, orgullosos, eso sí, de estar borrachos y de haber sido preferidos a los otros. Sus mujeres los seguían, perezosamente, con el hondo dolor de una fiesta terminada, que no se repetirá en mucho tiempo, sino cuando los cholos quieran festejarse como es debido y cuando vuelvan a madurar las mieses de la querencia....

CAPITULO XIX

Desde mayo hasta octubre no cayó sobre los sedientos campos una lluvia de verdad. La llovizna apenas si hacía venias coquetonas en los alrededores. Había necesariamente que irrigar los pastizales que ya se vestían de un verde viejo con el polvo que el viento levantaba.

Parece que con las tempestades de abril, se habían secado las fuentes del cielo. Se comenzaba a notar una marcada escasez en los riegos y un presentimiento de temor en los campesinos para el año venidero. Cuando faltan las tempestades rituales el veintinueve de septiembre, es pésimo augurio: significa que en las alturas, donde se antela la siembra, ya no habrá sementeras que comer hasta que maduren las chacras de las planicies...

La toma estaba distante: los espedones y las estacaduras que en meses anteriores se pusieron para levantar el nivel de las aguas, desaparecieron con las tempestades pasadas: era necesario rehacer, volver a llenar de adobes de potrero y de ramas de sauce; era necesario recorrer el largo trayecto, curando aberturas profundas y cerrando los *gallo-chaquis* (1); era necesario molestar al dueño de la hacienda donde

(1).- *Ramificaciones de las acequias, a manera de patas de gallo.*

estaba la represa, pidiéndole permiso: se dañaría buena parte de su potrero porque había que pisotearlo, ensuciarlo y sacar grandes trozos de suelo. Se incomodará el señor, sí, con razón, pero ¿qué hacer? Los demás hacendados aducían su derecho y no podían perder sus llanadas. Cajes no consultados en las testamenterías; cláusulas no bien aclaradas, cosas de abogados, despreocupación de los coherederos, en fin contrariedades imposible de subsanarlas y que no faltan en esta vida llena de dolor y de molestias...

Fueron los peones de todas las haciendas a restaurar la bocatoma: se descostró buena parte del potrero adyacente y, volvió a correr el agua del río Cumbe por la acequia del riego.....

. . . . . .

¡Bendita arteria por donde va la vida a la tierra! Acequia por donde corre, haciendo trenzas sutiles el agua para el milagro de la transubstanciación láctea. Acueducto cuyas linfas llevan la materia para la alquimia en las redondas ubres...

Agua que vales millones: razón para disputarte y escribir tu nombre diez mil veces en los costosos papeles sellados; razón para que los hombres se maten y rieguen su sangre —agua revestida de vida— por conquistarte. Agua que has hecho soñar a los ilusos con amarrarte al cuello y llevarte a la cima de los montes para que riegues vitalidad. Agua desnuda y pura: los sacramentos de la Iglesia quedarían truncos sin tu ayuda... Jesucristo, el gran Señor de todas las cosas limpias, se llamó Jesús al sumergirse en el Jordán... Agua que te llevas el mayor porcentaje en los dos reinos de la naturaleza y que gracias a ti se ha transformado el tercero, el de

las cosas quietas; la tierra te ha cedido las tres cuartas partes en señal de reconocimiento y en tributo a tus beneficios... Agua que estás en todos los alimentos y en todas las bebidas; agua bendita para la liturgia del templo y para la salvación del agonizante...

Agua que si faltas en el paisaje, lo vuelves adusto y terco. Agua que te vuelves temida cuando te agigantas en el mar; agua cantada por tantas liras; agua, agua tarqueña que te codician los pastos para henchir sus hierbas; agua que haces de las llanuras tu querida para fecundizarla con polimellizos... Agua para los buenos draques de estos chazos chumados... Razón hubo, agua bendecida—que sabes bramar en las tormentas y rezar tus misticas plegarias en las lloviznas —para que te envolviesen en gloria y de deificasen y te llamasen «Principio de la vida»...

* * *

Serían las once de la noche, noche bien obscura y terca. Macario salió de la hacienda para ir a regar los pastos, sin que nadie a esa hora pudiera disputarle su derecho.

Con un farol de carburo, iba acertando la dirección de las acequias. A veces con la lampa, a veces con las manos, quitaba y ponía atajos donde convenía.

El agua corría tranquilamente y las hierbecillas, al inundarse, hacían un leve murmullo y se erguían henchidas de savia.

Fumando un cigarrillo proletario, formado de colillas que el amo arrojaba y envuelto en *pucón* (1), se sentaba sobre algún terrón, para pensar en silencio y esperar que absorva el terreno.

(1).- *Conjunto de hojas que rodean la mazorca.*

De repente se rompió el silencio de la noche.

—¡Don Macario!

—¿Quién anda a istas horas en mi hacienda?, preguntó Macario incorporándose.

—Yo—contestó una voz varonil y la pequeña lámpara iluminó la siniestra cara de Ignacio.

—¿Qué quieres?

—¿Sabes que estoy empleado en otra hacienda?... Necesito agua pa esta noche. Estos días toca a mi hacienda.

—¡Pues tocaba al amo Pedro! Yo sé más: quince años que se lleva el mismo orden.

Ignacio sin decir palabra se levantó la cotona y mostró sus espaldas marcadas.

El monograma P. G., estaba bien claro. La asociación de ideas trajo a la cabeza de Macario una veloz película: Valerio; su amo distante; el Teniente; la muerte de José María Guamán; la noche del allanamiento de la hacienda, todo, todo sobre la pantalla de las mejillas de la Chana...

—¿Te arde todavía la chaspadita, Ignacio?

—¡Mitayo como yo!—gritó Ignacio, volviéndose. Su cara bocetada con grisalla roja, parecía un espectro con los cambiantes de la luz de la linterna.—¡Mitayo como yo! Todavía me duelen tus acciones! Por vos salí de la hacienda; por vos perdí un mes de trabajo y gasté en la curación lo reunido de tantas semanas; por vos perdí un hijo: mi Dolores malparió de susto. ¡Sois un asesino! ¡Mitayo como yo y peor debes ser, alcahuete, ladrón!

—Quieres que te pague, entonce?—Preguntó Macario cínicamente. ¿Cómo quieres que reponga tu hijo? Jajajay, déjame en paz que voy a cambiar el agua.

—¡Te digo que me llevo el agua!

—¡Te digo que no! Soy el dueño esta noche.

Ignacio aprovechó para su venganza: levantó por el cabo su ancha lampa y, a todo brazo, la descargó en la cabeza de Macario.

Macario no tuvo tiempo de defenderse; soltó su lámpara que se apagó al caer y se desplomó junto a la acequia.

* * *

El guasicama había salido de la choza de zinc para rodear la pampa. Ya advirtió, desde hace rato que Macario regaba y se dirigió al lugar por si se hubiese dormido.

Al lado de un gallo-chaqui, estaba tendido Macario: su cabeza hacía de represa: el agua que ya cubría las narices, se llevaba toda la sangre. Si no asomaba el guasicama, moría ahogado.

—¡Han matado a tío Macario!—gritó.

Salió de la choza su mujer y, entre las sombras, se encaminaron para hacer el consiguiente alboroto.

No se presumió quien pudiese ser el autor: Macario estaba solo e inconsciente.

Otra mala noticia para la hacienda: cómo iba a sufrir don Pedro al saber su irreparable pérdida.

Cuando ya volvieron gentes noticiadas por el guasicama, Macario abrió los ojos y pronunció débilmente:

—Ignacio... él... me....

Yernos y conocidos fueron en busca de Ignacio, para matarlo, para arrastrarlo, para despedazarlo. Hubo alguien que se dirigió al pajonal para noticiar a ño Valerio.

Ignacio debió estar muy oculto, agazapado

en las quiebras de alguna garganta; él se fué convencido de que Macario quedaba muerto.

En ello había pensado algunos meses, resolviendo vengarse en una noche obscura, en alguna de aquellas tétricas noches de riego en que nadie le vería y le pudiese delatar.

Pero antes que encontrar a Ignacio, había que atender a Macario. De los ponchos de los hombres que había, se improvisaron muelles andas en las que se trasladó al herido hasta su casa. Llevarlo a la hacienda, sería demasiado molesto para los patrones.

* * *

Las ocho de la mañana. Arrebujado en su gran poncho, salía el párroco de confesar a Macario.

—Está mal, hijos míos; apenas si tendrá días de vida.

—¡Maldición de mama Nicolasa!—exclamaron los indios a una voz.

Y se cumplía: «no me verás, ya no me verás mucho», había dicho la vieja.

Se disponía a montar el cura su viejo jamelgo blanco, para regresar a su parroquia, cuando por el sur, envuelto en una dorada polvareda, se acercaba un caballo desbocado, seguido de una mujer que espantaba con sus alaridos.

Los indios formaron un cerco, y a fuer de palos, detuvieron al animal.

Venía sin silla, bañado en sudor, sus músculos en un contínuo temblor nervioso... Era el conocido chaguar de Valerio, a cuya cola venía atado por los pies, el despedazado y sangrante cuerpo de Ignacio!....

—Hay que absolverlo, dijo el cura y se abrió paso entre los indios.

El caballo, una vez libre, volvió grupas y se perdió en la pendiente.

—¡Valerio, ño Valerio, nuestro patrón que sabe castigarl—gritaron los parientes de Macario, jubilosos y vengativos.

A las puertas de Macario caía Dolores, la mujer de Ignacio, es decir ya la viuda, desmayada de terror y de cansancio. Su hermana, la mujer de Macario, fué la única que la compadeció e hizo que callaran a las gentes que se alegraban del suceso....

CAPITULO XX

Un largo desfile de luto pintaba un guión entre el mundo de los vivos y la ciudad del silencio.

Esta vez era Ignacio el que ya no volvería. Era Ignacio que terminaba para dar principio a un litigio de muchos años entre dos vecinos.

El verano seguia. El cielo de bronce vertía sobre los tarqueños un ambiente de angustia y desesperación.

Las bellas haciendas cuyas parcelas habían tenido todos los tonos de verde, ahora son una paleta cargada para pintar un Sahara. Del río Cumbe hacia la derecha, no se ve sino tierra gris que se dibuja con temblorosas aberturas, semejando un vientre estéril a fuerza de vejez. Enormes existencias sin riego suficiente, que han producido merced a los inviernos, es decir merced a la vida concedida *ad honorem* por el cielo que ahora se ha despreocupado.

Del río Cumbe hacia la derecha, hay miles de hectáreas que no producen por falta de riego. En los grandes veranos es cuando sube el precio de la leche y cuando en la ciudad comienzan las dificultades con los comisarios de mercado. Equivocaciones del gobierno, mal entendida economía: el precio no tiene leyes: la oferta y la demanda lo establecen. Debieran los Jefes Supremos preocuparse de esto, es tan fácil remediar. Si los caminos son arterias de ci-

vilización, los acueductos son principio de riqueza.

Hay tantos ríos en el Azuay que resulta paradógico decir que nos morimos de sed. Ejemplo cercano tenemos de cómo se fertilizan regiones inmensas que antes eran verdaderos desiertos.

Excelentísimos Señores: una petición demasiado legal y demasiado justa, es la solución para el mejoramiento de nuestra agricultura, ramo atendido de preferencia en todas las naciones del mundo. El agricultor en la Argentina, por ejemplo, es el gran señor que tiene un sitial elevado.... Aquí, resulta lo contrario: el agricultor es un esclavo, simplemente un hombre por quien se preocupa el gobierno, sólo para cobrarle los impuestos....

Es la tierra nativa, uno de los tres factores de producción, es la madre tierra, son las raigambres mismas que reclaman.. Es la Chana Guamán, retama azuaya, puñado de maíz serrano y es Valerio, parcela de ricos bocados, que se dirigen, exigiendo sus propios derechos, su legítimo derecho de todo el que vió el sol en la tierra ecuatoriana.

Peleando por el agua, murió Ignacio, por el agua está Macario con su grave herida en la cabeza.

. . . . . .

Todos saben ya que Valerio se dió modos para sorprender a Ignacio y castigarlo despedazándolo atado a la cola de su caballo.

Un crimen más que se añade a cuantos se le imputan y un crimen que da comienzo de hecho, al ruidoso pleito de aguas que actualmente se sostiene y que es una mina maravillosa para enriquecer a abogados, jueces y peritos. Los grandes, los terribles, los temidos juicios de

aguas.

Siempre suelen ser dos los motivos por los que los hombres se matan: mujeres o dinero. En Tarqui se dice: mujeres o agua, el agua que en este caso vale tanto como decir dinero. El agua, el agua, que ahora unida al asunto de Chanita Guamán, va a provocar un desenlace trágico.

Se ha iniciado el juicio. La primera parte sostiene su derecho sobre un riego, merced a una innovación de muchas molestias y gastos; la otra parte, objeta su derecho legal por circunstancias hereditarias para su hacienda que antaño formaba una sola con la del vecino litigante.

Esta divergencia hizo partidos entre todos los tarqueños. Antonio y los suyos con Valerio y su familia apoyaron la razón de uno de ellos; José, con los otros hacendados y en parte algunas autoridades, estaban por el otro.

El pleito sembró una diferencia marcadísima de pareceres, como el verano distinguía perfectamente los terrenos irrigados de los que no lo estaban.

Asesinatos, verano y pleitos, contribuyeron para que se incrementase el abigeato, ora por necesidad, ora por mera venganza.

José organizó una especie de grupo policial para hacer respetar sus derechos, a más de la segunda intención de fastidiar a Valerio y a sus amigos. Estos, a su vez, estrecharon más sus viejas amistades y se reforzaron y se armaron para defenderse contra sus enemigos ya francamente declarados.

Varias veces se cambiaron disparos y se atropellaron con sus caballos en los temibles encuentros nocturnos, cuando únos y ótros iban a llevar el agua; o cuando lograban enfrentarse en los pajonales en las búsquedas de ganado perdido.

Un día José con su *banda* sorprendió a Valerio, mientras dormía en una cueva y lo traían preso, atado a la montura del Teniente y sufriendo los vejámenes de las venganzas más ensañadas, cuando, al pasar por el Zaguán, fueron arrollados por el avance de Antonio y su gente. Resultaron apaleados uno por uno, incluso José y dispersados en derrota... Valerio tuvo ocasión de entrar en su hacienda y visitar a sus padres, después de algunos meses de separación; y de pasar por la casa de la Chana y despedirse, pues desde entonces era peligroso repetir sus visitas. Volvería quién sabe cuándo: cuando José desapareciese de Tarqui o cuando prescribiese la causa criminal.

De esta manera Tarqui se volvía inhabitable: los hacendados ya no venían a pasar sus vacaciones en la paz de sus alquerías, ni los turistas podían hacer excursiones, sin temor a encontrarse embargados en alguna dificultad. No pasaban dos días en que no se comentase en la Estación una nueva riña y se llorase por otro más desaparecido en la tragedia.

Los dilatados pastizales, se estremecían a cada momento, al paso de cabalgatas vertiginosas y los caminos estaban sembrados de hitos y de cruces: oraciones mudas por los que pasaron al reino de las sombras y funestos letreros que dejaban en el alma del viandante un principio de tristeza y de temor.

Más de un siglo había transcurrido desde que el peñón del Portete y la llanura de Tarqui, sintieran el escalofriante sacudimiento de una batalla que regó de sangre la tierra; sangre caliente que fecundó los pastales y entonó los vividos resplandores de los crepúsculos, sobre el abismo del negro boquerón del Portete.

Más de un siglo de paz y recogimiento; más

de un siglo en que no se había interrumpido la íntima oración de las colinas al inmenso cielo; más de un siglo hasta que resucitasen los centauros que hollaron las vírgenes e inaccesibles alturas del Portete.

Estos momentos la lucha de hombres ya no tiene la elevada ideología de una independencia, lleva el estandarte de un triunfo individual: parece que el espíritu de Sucre, que tan magno acontecimiento dió a la historia en 1829, ahora, a más de un siglo, anda burlonamente, levantando guerrillas en su empeño de revivir el recuerdo de uno dé uno de sus mejores días.

Excelentísimo Señor Mariscal, Antonio José de Sucre, cesen vuestros fuegos: puedo aseguraros que en Tarqui, no existen ni las huellas de vuestros derrotados....

* * *

Volviendo del entierro de Ignacio, se había sentado la viuda junto a la Chana, al borde de un otero, desde donde se dominaba la inmensa llanura, cortada por obscuras líneas de pencas, donde se destacaban de trecho en trecho, las siluetas en reverencia de los sauces llorones.

—Con el difunto se va todo—decía la viuda, ahogando sus sollozos en la lliglla—; hubo un malparto que hizo llorar mucho a mi Nacho (1); la primera víctima de los maltratos de Macario...! Salimos de la hacienda de ño Pedro cerca de las cosechas y ya no tuvimos rancho pa después; recibimos una sementera por veinte sucres. ¡Qué sementera! Una noche, mientras acarreábamos los trastos, entraron los ladrones y acabaron con ella...! Teníamos la mulata ¡qué vaca pa dar le-

(1).- *Derivado de Ignacio.*

chel Un día, sin tener qué comer, pasa al potrero vecino de ño Antonio y, en un santiamén se hincha y se muere: se yevó también el Nacho. La carne hubiéramos podido venderla, pero los perros se comieron, porque Santiago no nos avisó pronto; lo poco que sobró de los perros, estoy comiendo con mis huahuas... ya se acabal Después de poco nos moriremos todos de hambrel ¡Yo, pobre viuda, soy como un extraño en esta tierra que en vano dicen que es nuestra; tierra que se ha vuelto madrastra... Soy como un grano de maíz caído en un pedregal...¡No puedo trabajar: tengo un cansancio en mis pobres manos y un fiero gusano que me amarga el corazón. Ya todos mis halagos se fueron, como se fueron las garzas pa volver en otro ivierno que no volverá nunca; como se fué mi Nacho que no volverá jamás..... Mi Manuel, mi hijito, no puede trabajar todavia; apenas está salido de la escuela; le vence el arado y naides quiere pagarle.... Desgraciada soy e inválida como la hierba de *gulag*.....

—Y sobre eso las deudas, siguió la Chana, sin poder reprimir su llanto.

—¡Ay las deudas... Si pudiera pagarlas con mi vida....

Las dos mujeres en la cima del montículo, resucitaban a las Marías del Gólgota, esfumándose en la neblina que inundaba los campos, llenándolos de tristeza, de silencio y de frio.

Al fin la Chana, resolvió.

—Me ayudarás en las ocupaciones de mis tierras: habrá mucho que hacer en las siembras y en los próximos cultivos, y en mi casa no faltará un bocado escaso pa vos y pa los huambras... Mama Guada también es viuda y trabajará gustosa con tu ayuda. Además....

—Chana, Chana querida: pareces mi segun-

da madre.... Pero... ¿y ño Valerio?

—No dirá nada....

Las dos indias se abrazaron y lloraron y lloraron, sin decirse nada, hasta que un solo manto, el de la noche negra, las dibujó sobre el fondo del cielo, como una sola silueta de escultura hecha de silencio, de lágrimas y de soledad...

* * *

La viuda, cuyo nombre decía toda su tragedia, se llamaba Dolores. Sobre el hombro de la Chana, dormitó algunos minutos, vencida de cansancio y de pena, hasta que un tropel que venía de la carretera, las hizo sobresaltar.

Pensaron en ocultarse en la choza, pero no tuvieron tiempo: José se presentó ante ellas, rápidamente.

—¿Eres la Dolores?

—Si siñur Teniente.

—¿Qué haces por aquí; quién te acompaña?... Has llorado mucho: tu voz es entrecortada.

—Y qué te llama la atención? Soy viuda, pobre y abandonada. Sabes mi desgracia...

—La comprendo, la sé... ¿Quién te acompaña....

—¡Yo, la Chana Guamán—respondió la joven—; ¿qué puede importarte?

—Eres la Chana...

Dejó de hablar un momento, para silbar a sus compañeros. La Chana se escabulló entre las sombras.

—¿A dónde van, siñur?—preguntó Dolores.

—A buscar un robo—repuso José—y de paso a inspeccionar una toma de agua de Valerio, de tu patrón, Chana.

—La Chana ya se fué, siñur: ya no te oye.

Dolores oyó nombrar a Valerio y no pudo

reprimir su llanto.

--No vas a remediar nada con tu llanto— aconsejó José.—¿Cómo piensas vivir ahora?

—De caridad, siñur.

—Te puedo ayudar... con una condición.

—Vos dirás, siñur Teniente.

—Dame a tu hijo, al cholito menor; ¿Cómo se llama?

—Antes me moriré de hambre con él: pobrecitol

—Tú serás la responsable de su desgracia y... pudiendo remediar... Me darás, Dolores... En cambio. tendrás cien sucres.... Yo lo cuidaré bien. Contigo se moriría de hambre.

—¡Qué se muera de hambrel

El cholito, dándose cuenta tal vez, escondióse entre la lliglla; Dolores la ocultó y se deslizó entre la obscuridad. Al rato, se cerraba en la casa de la Chana, una puerta, con estrépito.

—Tendrá que darme, rugió José—: infeliz, ¿con qué va a mantenerlo? Además... soy Teniente y hago lo que quierol

Hacía lo que queria. La justicia anda ahora con un puñal en vez de balanza.

Hacía lo que quería. Se cuenta que una ocasión que se encontró un expósito cerca de la Tenencia, mandó citar a que compareciesen a su despacho, todas las chinas de quienes se presumía e hizo que las examinaran los senos para saber si tenían leche y dar con la criminal... Y nadie protestó: era el Teniente Político.

Otra vez, había reunido trescientos sucres de multas, cuyas cartas de pago ya emitió la Tesorería. Para poder quedarse con el dinero, se valió de la estratagema siguiente: envió el dinero con un ronda, una tarde ya muy avanzada. Después de media hora de haber salido el emisario, José se disfrazó, le siguió a caballo y, a-

saltándolo en el camino, se llevó el dinero... Cuando al día siguiente, vino el desgraciado indio a darle la fatal nueva, naturalmente, no le dió crédito, le demandó, le cobró la cantidad y le destituyó del empleo.... ¡Político de aldea!

Si los gobernadores de provincia se dieran cuenta de estas cosas. Los tenientes son explotadores y verdugos... ya los párrocos están restringidos: han tenido mejores sustitutos.

* * *

Y la cabalgata se perdió cuesta arriba. Las huellas seguían hacia el pajonal y allí se borraban. Se seguía el mismo método de José María Guamán: en el pajonal no quedaba el rastro.

Se repetía otro de tantos robos de ganado y se repetía una búsqueda más, inútil, sin provecho.

Seguramente José y su banda, volverán, como tantas veces, sin conseguir nada.

En la casa de la Chana se acababa de cenar.

—Algún día se matarán entre el amo Valerio y el Teniente—dijo Dolores—; con el Teniente que quiere llevarse mi chico.

—No necesitarás vender tu chico al Teniente, al perro del.... Ayúdame en un conflicto y te pagaré—siguió la Chana.

—¿En un conflicto? ¿Qué puedo hacer yo pa pagarte? Soy tan infeliz.

—La única que puede ayudarme sois vos.

La Chana ocultó su rostro entre las manos y lloró amargamente.

—¿Qué te sucede, Chana?

—Soy más desgraciada que vos, Dolores. Mucho más.... Si me prometieras no contar...

—¡Dios mío! Cuenta no más, chiquilla, cuen-

ta no más.

—Me da horror, me da vergüenza! Mi dicha se fué pa no golver, como se fueron las benditas aguas que reverdecían la pampa; junto con el verano ha venido pa mi la desolación.... En el matrimonio del Juan con la Mariana... ¡Maldita hora en que fuimos a la boda...! Mama Guada se chumó.... era el tercer día... yo había perdido el conocimiento....

—Calla, soltera—exclamó Dolores, cruzando sus temblorosas manos sobre su pecho.

—Mama Guada no sabe, ni ño Valerio, ni el mismo perro del.....

—¿Quién? ¡Dí pronto, hay tántos runas malpensados!

—Si fuera runa... al fin... más o menos todas las mujeres de nuestra clase....

. . . . . .

Dolores no sintió lo que otra confidente hubiera sentido ante declaración semejante. En las pobres indias es casi una costumbre y una garantía para ser candidatas al matrimonio. Los hijos, los cholos mocosos que se arrastran en el polvo de los senderos y en la paja de los almiares; los hijos, los huambras que tuvieron tanto derecho como los otros legítimos; los huahuas runas, a veces desnudos, a veces cubiertos a medias con las lliqllas viejas de las indias, nacieron porque su madre tierra los quiere alimentar y los quiere porque son los más legítimos de cuantos vienen al mundo en esta tierra americana, para vivir más en contacto con ella, para empolvarse, para embadurnarse con la greda azul de los picachos y para tostarse al sol que los calienta con más cariño que a aquellos otros que pisan la tierra para explotar y empobrecerla...

Los cholos, con que sean retoños de la tierra nativa, de la tierra atahualpeña, deben venir sin escrúpulos.... Pero en el caso de la Chana....

—¡El Teniente!— exclamó la Chana, colgándose de los hombros de Dolores.— Compadéceme.... haz algo por ocultar.... El canalla, el sinrazón.....

Por el cerebro de Dolores cruzó una cinta ultravertiginosa. Cuando supiese Valerio, cuando se diesen cuenta los peones de las haciendas, ¡Oh! cuando se haga el escándalo..... Antonio y Valerio asesinarán al Teniente, lo arrastrarán, le arrancarán miembro por miembro.... Los caballos morirán asfixiados en la búsqueda desesperada, será una vorágine de sangre, de terror; el polvo de los caminos envolverá las chozas y el fuego de las armas estremecerá los campos. Habrá que vengar a la Chana, la flor más preciada de los tarquis, deshojada por la brutalidad del deseo; la Chanita Guamán, prototipo de las virgenes del sol, echada del templo de la admiración; la Chanita Guamán ensueño del mejor de los amos pastores, borrada para siempre del tabernáculo del amor pampero; la Chanila Guamán, cáliz de rubia chicha de jora, que esperaba el sacrificio de un sol de estío para la consagración de su cariño.... Ahora, es un vaso de hiel para agriar el espíritu de los mozos pamperos.... Habrá una catástrofe: heridos, muertos, cráneos divididos, masas cerebrales regadas en el césped y devoradas por los perros hambrientos, sangre, mucha sangre, más sangre!... Un invierno de sangre, un otoño de muchos muertos, una primavera muy remota de otras gentes, sin tantos crimenes, sin tantas culpas, sin tantas maldades....

—Chana...

—Dolores, india buena: cómo te pareces a

la tierra tarqueña de otros tiempos: generosa, maternal...

—Chana, he pensado una cosa.... Diré que es mi hijo; diré que el Nacho se murió dejándome un último hijo en las entrañas.... Y calla, oculta y no llores.....

CAPITULO XXI

En la solana de la hacienda donde sirvió sus últimos días Ignacio, se habían reunido todos los peones para liquidar cuentas con el amo. *Conciertos* y *arrimados,* constituían el peonaje citado. Liquidaría cuentas el Teniente parroquial; así se evitarían reclamos e injusticias....(?)

Hacia un punto de la huerta, estaba Dolores, esperando su turno: su marido dejó tantos compromisos y deudas. Su hijo, el último, jugaba alegremente con su perro y hacía la chacota, mientras los mayores esperaban su sentencia con temor y desconsuelo. Cuándo se terminaría de descontar con el trabajo tánta deuda!

Entre cueros y camisa, o en el estrecho cinturón, guardaban la *huahua-tarja,* como único comprobante del servicio prestado. Y en el amarillento pañuelo, escondían burdos papeles en que constaban la suma de los socorros y otros gastos de adehala.

Entre rechazos y ruegos de los indios meseros (1) y entre concesiones del amo, se hacía el balance de deudas. Muy pocos, muy pocos eran los que salían libres.

Una semana de asueto se les dió por ser fiesta de Mercedes: santa patrona jurada de la

(*1*).-- *Los que sirven mes seguido, haciendo de guasicamas, etc.*

hacienda. Los indios, aplaudiendo la gracia, ya comenzaban libaciones en honor de la fiestuca y pedian nuevos socorros que el amo les concediera.

Despojada la solana, quedaron los del tribunal, festejando con buenos tragos el final de trabajo tan enojoso. Entonces apareció Dolores, llevando de la mano a su hijo y pidió indicasen el saldo que dejaría el marido.

—Como quedaron bienes de Ignacio, tú debes pagar la deuda—empezó José.

—¡Ya no tengo ni qué comer—imploró Dolores—; él era concierto y no pudo adquirir...

José argumentando a su capricho con leyes y decretos de última invención, borroneó cuadernillas y sacó en limpio cien sucres en contra de la infeliz viuda.

—Esta es la viuda del mitayo que sirvió antes donde don Pedro García—dijo un indio, el mayoral, como ensañándose en la víctima.—Con qué ha de tener pa pagarte, patrón: todas las tierras han sido compradas con dinero prestado y tiene que degolverlas a su dueño. Tuvo una vaca que murió el otro día al *golosinar* el potrero de ño Antonio. Un caballo en que hacía los viajes el Nacho, no se qué ha hecho: ya vendería..... Y después, lo poco que debía tener, ha gastado en entierros y convites y *pinganillerías* que no faltaban en su casa.

—¡Te serviré, patrón—imploró Dolores—, así sea hasta morir: ahora no tengo nada!

—Trabajo de mujeres, ¡Oh!.... Yo necesito hombres, los trabajos son rudos—repuso el amo.—Ve cómo te las arreglas.

—Creo que con el sombrero que teje, no puede pagar tantas diversiones—siguió el mayoral. —Patrón, cobra en lo que tenga, pero de contado, porque después....

Dolores oía su condenación sentada en el suelo: sus lágrimas rodaban tibias y amargas hasta la alborotada cabecita de su hijo que dormía en su regazo.

—Yo puedo zanjar la dificultad, señor—dijo el Teniente—: le daré a Ud. los cien sucres y de Dolores recibiré su chico en pago.

—¡Mi chico!—gritó la infeliz y lo escondió dentro su lliglla.

Incontinenti José extendió el acta sumaria de la consignación a su favor, recibiendo la viuda cien sucres por la crianza del niño...

Más livida que un panal estaba Dolores, sin poder pronunciar su terrible protesta... Toda la trama la había preparado el Teniente hasta conseguir al niño, de quien ya anduvo aficionado hace tiempos. —Vaya que el muchacho es lindo, solía decir en su casa; es vivo y limpio como un guijarro de las aguas de mi vertiente.

—Estás libre —dijo José, arrancando al niño de los brazos maternales.

El perrito aullaba, como comprendiendo la tragedia y lamía las manos del chico, que asustado temblaba de temor.

El mismo amo sintió amargura en su boca al firmar el fatal contrato.

Y la infeliz criatura pagó la deuda: era indio; había nacido con el sino de la raza vencida. Arrancado, como una fibra del corazón de su madre, se fué donde su comprador, agenas su voluntad, su conciencia, su vida misma. Vendido a un hombre que resucitaría con su sirviente, un pasaje de esclavitud en pleno siglo XX, en el siglo de las libertades y de las luces... ¡Oh! indios americanos, bestias de mercado: no ha pasado para vosotros el tiempo de la mita; la conquista del siglo XV, sigue robándoos secretamente tesoros y vidas! Y quejaos y protestad,

pero ¿a quién?... Las bellas teorías si algún día se vuelven práctica, no os llegarán ni entonces. Defraudadas están para siempre vuestras esperanzas: habéis nacido indios... Renunciad al cóndor andino de las impolutas nieves y mirad, al concierto de vuestros yaravíes, la santa tierra a los pies, tan buena, tan humillada y tan ajena....!

* * *

La noche encendió sus distantes luminarias en la fría bóveda del cielo. Su inmenso espacio estaba vacío: ni la más ligera nubecilla se percibía en su contorno. El viento que venía desde el Portete, andaba de emisario secreto, dando la voz de alerta entre las copas de obscuros eucaliptos. Noche de verano, limpia y barrida, presagio de heladas. El verano seguía secando de raíz todas las plantas y los potreros.

A la luz de las estrellas, andaban los mayorales siguiendo el curso del disputado riego, que ya comenzaba a secarse desde sus vertientes. El río Tarqui venía muy escaso y el de Cumbe, no presentaba sino un lecho de arena. En algunas estancias se secaron los abrevaderos, antaño limpios y abundantes y el ganado tenía que recorrer grandes distancias para beber y bañarse.

La charla tristemente preferida en todas partes era sobre el mismo terrible tema y los campesinos miraban al cielo, angustiados y desesperanzados: días de sol calcinante y noches claras de helados vientos.

Dolores y Chana también hablaban sobre lo mismo, encerradas en la choza y abrigándose al rescoldo.

—Las siembras de septiembre van perdidas y no hay asomos de lluvia pa las de noviembre.

—Ya ha de llover, ya el cielo se compadecerá—respondía Dolores, casi sin pensar en lo que decía; en su cerebro se repetía incesantemente la trágica escena de su hijo perdido.

Al terminar la cena, cuando la Guada se había dormido en su tarima, rodeada de sus chicos, las dos confidentes salieron al patio para revisar la manada. Un leve silbido distante se oyó entre las quiebras de la colina.

—Viene ño Valerio—dijo la Chana—; no se ha olvidado de mi: regresa después de tantos días.

Apegadas al frondoso capulí, esperaban las dos mujeres, con ansiedad y temor al mismo tiempo.

—Chana!

—Siñur.

—¿Quién te acompaña?

—La Dolores, siñur..... ¿Tienes frío?

—La noche es un granizo negro. Dame agua caliente y llama a tu hermano a que nos sirva: en la alforja debe estar un contrabando.

—Yo te serviré, patrón—sugirió Dolores y se encerró en la cocina para atizar el fuego...

En el corazón de Dolores no había venganza contra el amo, a quien el Teniente quería sindicarle una vez más.

Sobre un leño seco, se sentó Valerio, envolviendo con su poncho a su inolvidable Chana. Cada vez la veía más hermosa y más amante. Cada vez eran sus besos más ardientes y sus promesas más hondas. Los cansados brazos de Valerio, después de largas horas de rudas faenas en el lejano páramo y después del mordiente frío de las alturas, al estrechar a la Chana, se sentían estimulados y restaurados para comenzar nuevas luchas, y sobre todo se sentían invencibles para defenderla en caso necesario.

—¿Has pasado bien estos dias, Chana?

—Si, siñur.

—¿Ha aparecido José?

—No lo he visto.

—¿Qué hace contigo Dolores?

—Me acompaña; infeliz, le he ofrecido compartir lo poco que tengo. Vive conmigo, ¿me permitirás?

—Lo que tú quieras..... Y quisiera resarcirla de todo el daño..... No fué Ignacio quien te injurió el día del matrimonio de la Mariana?

—No siñur.

—Me lo aseguraron.....

—Naides se ha atrevido.....

—A Dolores le entregarás esto, sin avisar cómo lo tuviste.

En la falda de la Chana dejó un grueso paquete de billetes de banco.

—Pero estás triste, Chana, ¿qué tienes?.... ¿Me contarás quién te fastidió en la boda?

La Chana se puso a temblar; acaso Valerio tuvo ya noticia cierta o lo hacía sólo vencido de sus amorosos celos. Haciendo un esfuerzo, contestó.

—Naides, siñur.... Pensaba sólo en mi ño Valerio.... Ni si siquier acepté muchos draques.... Me pasaba viendo en las nubes que corrian tu figura, siñur; en el camino lejano que venía dende el cerro, mis ojos te veían a cada momento.... Todas las noches te he soñado, ¿por que no viniste, ingrato?

Valerio le arrebató entre sus brazos y toda su respuesta fué un prolongado beso de ternura.

—Mi Chana, mi chinita, flor de tierra tarqueña, no fuí ingrato; tú sabes cómo me persiguen.... Ha tiempos que hubiera estado preso, si aquella noche, en el Zaguán no me defendía Antonio.... Y ahora es más peligroso todavia con el

pleito en el cual se ha puesto gratuitamente en contra el canalla del Teniente.... No he podido venir, pero te he añorado tanto; yo sí te he soñado y te he visto en mis interminables insomnios de pajonal.... Cómo quisiera tenerte junto a mí, allá lejos, sólo los dos, en la choza natural de un peñón escondido, sin otro testigo que el cielo.

—Y el Sultán, repuso Chana, volviéndose hacia el viejo perro que dormitada a sus plantas.

—Si con el Sultán, mi pobre perro fiel— continuó Valerio, sonriendo.

Vino Dolores y en un solo jarro, en el jarro de otros tiempos, en el mismo en que se tomó en el velorio de José María Guamán, sirvió draques bien calientes.

—Con esto se pasará el frío--dijo Valerio—; sigue, Dolores, cuidando de que no se enfríe el agua.

Comprendió Dolores que su presencia interrumpía y volvió a encerrarse en la cocina hasta que la llamaran nuevamente.

Solos otra vez, Valerio preguntó.

—¿Le has visto a Antonio?

—La última vez en el matrimonio. Fué el padrino.

—¿Se alegró?

—Bastante; junto con su mayoral iba y volvía.

—Hubiera querido estar en la boda.

—¿Por qué no viniste?.... Yo no bailaba.

—Bailaste con Antonio, con el novio, con los cholos. De mí no te acordaste.... Además, ahí estaba mi enemigo, el Teniente.

—Creo que lo ví al tercer día.

—Cabalmente al tercer día..... lo supe.

Hubo un momento en que no se hablaron. Chana procuró ahogar un sollozo. Valerio vol-

vió a tragarse un huracán de oprobios que pugnaba por salírsele de la garganta. Separó los brazos del talle de la Chana y se apretó las manos entre las rodillas... Valerio parece que adivinaba la tragedia. Chanita quiso disimular, diciendo.

—Hoy el Teniente le quitó el último hijo a la Dolores.

—¿Por qué?

—El ha pagado la deuda del Nacho y se ha llevado al chico pa el servicio.... ¡Sin corazón!

Valerio no respondió y hundió su cabeza entre el poncho. Hubo un momento de silencio. La Chana comprendió la intensidad de esos instantes y con precaución, se apartó un poco: un sudor frío le bañaba íntegramente.

—Se siente tu escalofrío, Chanita, ¿qué te sucede?

—Me hizo daño el draque.... estoy débil.

Debes acostarte, Chanita, es demasiado tarde.

Le besó en la frente y, de un salto, estuvo sobre su chaguar.

—Voy por donde Antonio. Volveré a la madrugada.

* * *

—Por qué no duermes, Chana?—preguntó la Guada.

—Se ha ido el sueño, mama.

Las dos de la madrugada. La Chana se revolcaba en su tarima, sin hallar postura. Sus manos heladas, al contacto de las cañas del bajareque, tenían justas intenciones de venganza. Pensaba en el Teniente, en el asesino de su futuro y deseaba extrangularlo, frenética, locamente.

A cada momento, procurando no hacer ruido, buscaba a tientas, en el retablo de sobre su

cama, una estatuilla de la Virgen y, bañándola en acervo llanto, la estrechaba contra su pecho y le dirigía intensas súplicas.

—Virgencita, madre del divino Redentor, vos que pasaste por los dolores más grandes de la vida, compadéceme en esta gran desgracia y remedia mi mal....!—Si he sucumbido, si he caído en el gran pecado, perdóname, no tuve voluntad ni ninguna intención de ofenderte.... El crimen pesa sobre él y sobre mí, la suerte de haber nacido mujer y..... campesina.

El gallo, desde el *palte* de afuera, rompió el silencio con su lúgubre tercer canto. Los perros gruñeron sin levantarse, protestando por su sueño interrumpido y un movimiento quedo se notó en la manada, que dormitaba su larga vigilia obscura y glacial.

Chana retiró la celosía de junto a su cama y su vista se hundió en la misteriosa profundidad de las tinieblas. La brisa fresca y fragante a floripondios, envolvió su cara, como una sutil caricia de alguien que la había acechado. Suspiró profundamente.

El silencio y la lobreguez la atimidaron y cerró su ventana rápidamente.

—Si vendrá ño Valerio.... El ofreció venir.

¿Qué habría ido a hacer? ¿Acaso lo apresó José?

Con este tumulto de graves pensamientos, el sueño había huído terca y cobardemente; las horas se volvían interminables en su desesperada espera.

El gallo—reloj del campo—señalaba una hora más con su tétrico canto, acompañado del chasquido de sus alas, sugiriendo un prolongado ¡ayl de desesperanza, de miedo y de pereza... Y nuevamente se acurrucaba en el principal puesto de su elevado serrallo, pronunciando in-

comprensibles amenazas.

—Una hara más—pensaba la Chana— y enjugaba su llanto para hacer su íntima oración a la Virgen del altarillo.

De repente sintió como si algo se derrumbase en su vientre y, de boca contra su almohada, prorrumpió en un grito de angustia.

—La bruja, mama Nicolasa, maldición de ella—pensaba la desgraciada Chanita—; ella me maldijo, ella me odió sin motivo y estoy pagando su venganza.

—Chana, Chana, ¿qué te pasa?—preguntó la Guada.

Chana no contestó; se le oía llorar con desesperación.

Se le acercó Dolores que estaba junto a la Chana y después de hablarla, resolvió referir a la Guada la desgracia. Ya no se podía ocultar.

La Guada recibió la noticia como si recibiese un garrotazo.... Su Chana, su ilusión, todas sus esperanzas murieron en su alma.

Después de callar un momento, exclamó.

—¡Llegará a saber ño Valerio!

Y todavía, como para atormentarla más, añadió Dolores.

—Hay, tía Guada, una dificultad en el embarazo.

—Cómo se hará curar!... Sabrán todos, sabrá ño Valerio!

—El ya sabe, tía Guada—siguió Dolores—; ahora lo que conviene es atender a la Chana; que sepa todo el mundo si la desgracia está ya hecha, que sepan todos.

—No es cierto—agregó la Chana—, no es cierto que sepa ño Valerio; sólo sabe que el *perro ese* me andaba fastidiando, nada más... ¡Cuidado le den a entender!

—Mejor, mejor—continuó la Guada, entre

lágrimas; que Dios sea bendito.... Secreto, Dolores, secreto; cuidado oigan los chicos... Chanita, hija mía, pucón amarillo quemado con la helada, ten paciencia y pide a Dios; reza a la Virgen del auxilio y confía en la ayuda de tu santo ángel de la guarda..... Recemos..... y bendito es el fruto de tu vientre.....

Chana exhaló una especie de risa trágica, cuando una voz nerviosa, se oyó afuera que decía.

—¡Abran, abran prontol... Chana, Dolores, soy Valeriol

Los actores de la tragedia fingieron una emoción de alegría.

Cuando se hizo lumbre, entró Valerio, trayendo en sus brazos al hijo de Dolores que fuera robado por el Teniente.

—¡Mi huahual— gritó Dolores y se echó a los pies del amo.—¡Señor Todopoderosol

* * *

Tomaron algunos draques. La Chana se escondía como un cervatillo tímido, entre el poncho de Valerio y se sentía confortada.

—Sí, contestaba la Chana a su amor, comprometido sin embargo, con más intensidad—; Si, de hoy en tres meses, en el carnaval, en el carnaval será nuestra boda.

—Seguiré vuestras costumbres, nos casaremos en el carnaval, como tú quieres, Chana, como tú quieres —contestaba Valerio.

Rayaba el alba. Valerio de dispuso a subir al páramo.

—Debes esconder mucho a tu hijo, Dolores, mucho.

—Sí, patroncito, sí; esconderé como la flor de violeta... Este es un milagro.

—Tuve, por supuesto, algún trabajo. Esperé a que se durmiese el canalla.

—Calle, siñur, si es Herodes don José —Afirmó Dolores, sirviendo un último trago.

Dolores estrechaba a su hijo contra su corazón y le besaba, bañándole en lágrimas, mientras Valerio, a galope lento, en su caballo invencible, ascendió la pendiente, seguido de Sultán....

CAPITULO XXII

Don Pedro era gamonal en la llanura. El más rico en teneres y el más sabio en prever los problemas de la chacra.

Como el año había comenzado mal, ordenó a Macario, que quedó un poco sordo desde el lampazo, que convocase a una *minga* para antelar el sembrío, aprovechando de las escasas lloviznas de fines de octubre. En la esperanza de los más conocedores estaba que las lluvias vendrían a mediados de noviembre.

La chicha de jora se preparó abundante y rica y un día salió Macario en busca de contrabandos de aguardiente.— Con una copa de buen trago y la oferta de que habrá buena comida, se prestarían luego todos los hombres para acudir con su mejor yunta. Y llevarían sus solteras para regar la semilla.

Desde el puente de *Churuguzho* se dominaba al frente, muy arriba, una garganta solitaria y triste, velada por muchos árboles que escondían una casucha desvencijada: la casa del contrabandista Miguel Pugri.

Quién no había llegado hasta allá, una vez entrada la noche, para proveerse del licor qué animaría regocijos de amos y peones. Todas las fiestas son lo mismo cuando se sirven buenos tragos, tanto en el tablado de los patrones como en los rincones de aduares y bohíos.

En el patio, sin recelo alguno, está la barrilada de aguardiente de caña de azúcar, del puro aguardiente traído de Yunguilla de las grandes haciendas, donde se vende, con derecho propio, el producto de tanto trabajo y de tanto tiempo, burlando la fatídica presencia de los guardas del Estanco que, omnipotente, pone una valla al esfuerzo personal y hace monopolios absurdos.

—¿Por qué tiene así, don Miguel su contrabando; pueden denunciarlo y arruinarlo.

—No mi amigo, no hay miedo—contestaba tranquila y seguramente.—¿No sabe Ud. que tengo cuatro hijos varones bien fornidos y bien armados con las mismas armas de los carabineros? Les robamos en una refriega de ahura dos años: pobres infelices; cayeron ciegamente en la ratonera.... murieron cuatro; pobres, eran cuatro buenmozos, de sangre azul, fuertes, vivísimos, valientes... Recuerdo que ese día me acompañaba José María Guamán, ese hombre invencible, que dicen que murió de cólico miserere.... Pero vamos que no quiero recordar aquellas escenas y concluyamos: Guamán mató a los dos y mis hijos a los dos restantes: ahí están las cuatro carabinas muy bien apeltrechadas... Vea, amigo, dende el patio de esta mi pobre choza, se dominan perfectamente la carretera y todos los senderos que llegan a ella: es un mirador sin igual.

Cuando hay sospecha se esconde lo *prohibido* y cuando se ve que vienen los señores guardianes, se les hace unas caricias de plomo... Tantas veces lo he hecho, no tenga cuidado que nunca pueden cogerme; pobres, ellos no tienen la culpa, pero mueren como moriremos todos en la lucha por la vida... ¿Cuánto quiere comprarme ahura?

De estos era Miguel Pugri, hermano menor de Guamán en sus hazañas.

Macario trajo a la hacienda un barril de sesenta litros: ya había para *asentar* una minga de mucha gente

Naturalmente todo esto irá contra el Teniente, cuyo estanco no venderá una gota, depreciado por su aguardiente *flojo* y su precio demasiado subido. El contrabando de Pugrí anda paralelo con el *whisky* mejor que nos venden.

* * *

Un bello día en que el sol se había levantado más temprano. En la hacienda de don Pedro los campesinos eran una colmena de actividad. Ochenta yuntas robustas surcaban la inmensa pampa. El jayán, un hércules redivivo, apoyaba su brazo en la azada y la brillante reja se hundía despedazando la gleba, mojada con el sudor de los indios, hijos de la tierra gris de entrañas de madre.

Antonio acompañaba a don Pedro que alegremente venía desde la casa para asistir al trabajo y estimular la faena.

La Chana casi se arrepintió de haberse prestado a regar la simiente en la yunta del Shalva, que ya repuesto de su caída, vino presuroso a hacer el *comedimiento.*

—Me verá el patrón— dijo la Chana—y me pondrá fieros ojos.

—No temas—repuso el Shalva—, hay tanta gente en el barbecho que no nos distinguirá.

Los gritos llenaban toda la hacienda, alegrando el vecindario y pronto sonrió la pampa con los labios de la amelga: dilatadas bocas paralelas que esperaban el húmedo beso del cielo...

Detrás de cada *yuntayo,* seguía una doncella por el hondo surco abierto, *regando* semilla escogida.

El Shalva dichero y alegre, hubiera querido que la minga durase muchos días, pues era difícil poder estar con la Chana tan juntos y tan amantes.

Mas, surgió el celo de Macario:— La Chana debe ser del patrón, nada más que de ño Valerio. Y seguía a ojo pelado los gestos de amor del Shalva y los dengues de la Chana.

Cuando menos se pensó, silbó el rebenque frío y se oyó un terrible ajo, disipando los pensamientos del Shalva, cuyo ideal estaba adelantando otra siembra en la tierra negra y fecunda de su amada....

Shalva se cuadró iracundo, cesó la algazara de todos los yuntayos, en tanto que la Chana, llorosa y confundida se interpuso entre los dos cíclopes, como una corriente de agua dulce entre dos olas amargas del mar.

—Mejor me iré, don Macario: yo tengo la culpa de todo lo que sucede en la hacienda— propuso la Chana.— Ya te hemos ayudado bastante y el sol también está entrando.

El poniente sol, miraba desde lejos, como un sátiro, la revuelta pampa, lecho de lujuria, donde cuajaría la simiente mojada con el sudor de los hombres y las lágrimas de las mujeres.

Ya no era posible seguir: el contrabando y la chicha, movían las lenguas más que los brazos de los trabajadores; los indios borrachos revolcaban en los surcos entonando sus canciones, o desuncían las yuntas en medio de amenazas y de gritos.

Detrás de las cercas, despreciando la comida ofrecida en pago a su contingente, estaba el Shalva, repitiendo su canción endilgada a la inolvidable Chana, en medio de súplicas y de lágrimas.

A la larguísima mesa preparada en el sue-

lo, en cuyo centro había una sinuosa espina dorsal de mote caliente que surgía en medio de innúmeros platos repletos, llegaban, de rato en rato, las canciones del Shalva.

China fea, te amo mucho,
te quise antes, te quiero hoy;
la más linda china fea
la más linda que amo yo.

China de ojos tentadores
que iluminan más que el día:
la más linda china fea,
china fea, china, china.

—Comerán, compadres—decía Macario y dispensarán la confianza.

Toda su familia, incluso los sirvientes de la hacienda, traían y llevaban platos, en el empeño de agraciar a los mingados.—Hay que contentarlos; otra vez se ofrecerá pedirles nuevos favores.

El Shalva haciendo su merienda sólo con chicha que le traían sus familiares, seguía su papel de trovador en la excéntrica reja de ágaves negros.

Los indios reían con sus bocas llenas de mote y con sus rudos dedos despedazaban las piltrafas de carne que sacaban de entre el hirviente caldo servido en platos de barro. Repetían el último verso del Shalva, dirigiéndose a las mujeres y se aflojaban el cinturón para poder comer más. Las previsivas esposas recibían, como es costumbre, doble ración: un plato para comer ellas y otro para vaciarlo en una olla que llevarán a los cholos que quedaron en la choza, cuidando la manada. La *huanlla* (1) para los hi-

(1).- *Comida que en las invitaciones guardan para llevarse a casa.*

jos que aun no pueden asistir a las fiestas; la huanlla, viejo y sagrado derecho en todos los banquetes agrestes, como la chala en las cosechas azuayas.

El Shalva seguía, más borracho aún:

China fea, quieremé:
soy pampero de tu tierra;
quiere al hombre que te adora;
te amo mucho china fea.

Por las venas de mi cuerpo
hay la misma sangre tuya;
china fea de mi raza
hay la misma sangre pura.

Todos los mingados se disponían a seguir el camino de sus casas. El sol hace tiempo había zambullido en la penumbra de nubes cetrinas.

Antonio y don Pedro, complacidos del éxito, volvían a la casa, conversando íntimamente y esperando pronto una lluvia para que la *naciencia* resulte. Había para esperanzarse: doscientos almudes de maíz sembrados en buena tierra.

Los campesinos desuncieron las yuntas. De lo más escarpado de la última loma, se desgrana el cuantioso rebaño, como una cascada de nácar que se esfuma con la brisa. El crepúsculo vespertino es un broche de oro que se hunde en el fondo obscuro de la noche y cierra orgulloso un día bien empleado. Y todo calla: la cordillera oriental es un ataúd demasiado alargado que se vela con luminarias del cielo...

El Shalva va detrás de la Chana hasta despedirse a la entrada, envuelta en humo de la rústica vivienda.

—Ahura que todo ha callado, Chanita mía, ahura que naides nos oyen, dime tu última pa-

labra, comprende que sufro y que cada día que pasa es una cana más que blanquea mi cabeza. Todo está callado y sufro en esta soledad y sin embargo, amo este campo porque sé que guarda mi prenda; quiero este campo porque se parece a mí: negro como mi pena, triste como mi alma, adolorido y abofeteado como mi corazón.... ¿Oyes como el viento acaricia los collados y ves con qué cariño peina la melena de los sauces?.... ¡Ah! si vos fueras el viento y yo el sauce llorón.... entonces me entenderías.

—Shalva, Shalva, no desperdicies tus palabras: he resuelto no casarme nunca.....

Le dió las espaldas y se internó sin más en su choza solitaria.

* * *

Un jinete saltaba la tranquera y se dirigía a galope hacia la hacienda García.

Se acercó a Antonio y le soltó la terrible noticia.

--¡Patrón, tu mayoral ha muerto!

—¡Santiago!—exclamó Antonio—; ¿quién podía haberlo muerto en el pajonal?

—¿Es un castigo del Cielo, patrón, naides tiene la culpa. Ño Valerio me envía a noticiar. ¡Es la bruja, patrón, la bruja Nicolasa que está realizando con su magia todo el tremendo anuncio de ahura poco tiempo. Ya tiene algunas víctimas y no terminará la matanza mientras ella no desaparezca...!

* * *

Adentro del peñón umbrío, como una estalagmita gris, erguíase la choza de Santiago, allá en el páramo, donde tenía a su cuidado un rejo de la hacienda de su ño Antonio.

El sol abrasador de los hatos daba su primicia de topacios al rústico techo; así como los huracanes estrellábanse furiosos contra los débiles bajareques de esa joya del páramo.

En las noches de luna, la cubierta de briznas, hacía pensar en la revuelta barba del viejo tiempo que dormía en el silencioso miedo de aquellos rincones andinos; y en las noches obscuras, luciérnagas de oro trazaban exóticos dibujos de efímeras luces. Mas ¡ayl en el pecho de Santiago, siempre había latido un corazón sin sol, sin luna, sin luciérnagas doradas.

Santiago y su familia, habitaban este palacio inconmesurable y aristocrático de la desnuda naturaleza: desnuda y bella como la verdad, cual la pura brisa que besa la cumbre del picacho níveo. Y ni aquella desnudez les pertenecía: eran conciertos de ño Antonio y ahora Santiago servía de cuentayo en el páramo. Cuidaba de sus faenas agrícolas: el ganado, los cercados, las recuas; los tentateros, los picaderos, las gazaperas, los corrales. La choza del páramo estaba perdiéndose entre las plantas de agíes y calabazas, y a los lados, como una alfombra de dibujos imposibles, extendíanse los fríos patatales.

Pero un día se extravió un buey de la manada; fué una mañana de mucha niebla y de fuertes vientos. Santiago salió a la búsqueda, mientras sus hijos, adentro del humilde albergue, se acurrucaban y encendían lamparillas ante un retablo donde, rodeado de flores, estaba un cuadro de la Virgen de Dolores.—¡Virgencita de los Dolores, haced que el viento no quiebre los maizales! ¡Virgencita de los Dolores, haced que llegue pronto nuestro padre: el huracán puede despeñarlo desde esas cumbres frías!

Esta la oración amarga de los desventurados cholos que la elevaban con los ojos anegados

en lágrimas y fijos en la Virgen de Dolores.

El huracán había envuelto con sus rugientes alas, la choza; el rústico maderamen crujía.

Es el cielo un solo nubarrón de negras amenazas; el granizo bate el espacio destrozando huertos y sembríos. Santiago ignora la suerte de sus hijos.—¡Qué les ampare mama Virgen de Dolores!

Y recorre todos los senderos posibles; sus pies ya no resisten en tan amarga búsqueda. Viene la noche terror de los hatos: fría, intensa, larga, muda, imponente; viene el luto que cubre de sombras los despojos del granizo. El huracán ensáñase en la choza del cuentayo. El largo girón de su pago, semeja una estela de ceniza y de escombros que trazó el ciclón en ruta prolongada por las grietas. Todo se ha perdido; el buey no parece; Santiago se resiste a entrar en su choza para no contemplar el amargo cuadro de sus hijos que tiemblan de miedo. Pero entra: es necesario consolarlos. Y los abraza y lloran juntos:—¡Virgen, mama Virgen de los Dolores, somos tuyos, somos tuyos pa siempre!..... Bendito ciclón: el bohío trocóse en enorme féretro que enterró ese hogar.

. . . . . .

Antonio con sus peones trabajan sin descanso por levantar las ruinas de la vivienda arrasada.—¡La bruja ha volado en el huracán asesino...!

CAPITULO XXIII

Sequia, sequia, sequia.... La llanura tiene inmensas abras como si se hubiese producido un terremoto. En el gran verano de 1937, no registrado en muchas décadas, se anuncia una hambruna espantosa para el próximo año. Todas las reservas de mieses se están terminando. Los campesinos han emigrado.

Los dilatados campos presentan un aspecto ceniciento y mustio, como si un gran volcán hubiese erupcionado, cubriendo todo de desolación y de tristeza. Las haciendas han quedado sin peonadas; en la de don Pedro, por ejemplo, quedan cuatro de más de cien familias. Cuatro peones sustentados por la hacienda, para que cuiden el ganado: es necesario sostener el principal ramo, la ganadería, cueste lo que costare.

En otras propiedades pequeñas, los amos se han resuelto a hacer el oficio de peones. Los ingresos no dan para sostener a los vaqueros.

Por los amarillentos pastizales se ven ir y venir damitas detrás de la manada; damitas elegantes y delicadas, de rubias cabelleras y de sedosas manos, que antes no hicieran otra cosa que deslizarse sobre un «Pleyel» o aliñar pieles de armiño.... Ahora, tienen que manejar cabestros y librar de los zarzales a los corderillos... Han terminado los grandes ingresos que les daban para la vida ciudadana de regocijos. Dejaron

de venir las grandes remesas de productos cuyo expendio se invertía totalmente en diversiones y placeres. Nunca se pensó en economías y reservas para el futuro.

Y para los jóvenes aristócratas, para aquellos aristócratas del dinero, llegaron los amargos días de aprender a trabajar, es decir de desesperarse, porque ya no podían aprender.... Todo esto para quienes se resignaban a sostener sus granjas, que para otros el remedio estuvo en la emigración o en el suicidio: emigración también hacia lo ignoto.

El gran verano dejó un gesto de amargura. Enfermaba, producía neurastenia en los hacendados ver sus propiedades convertidas en un desierto sin oasis.

Los ríos Tarqui y Cumbe habían desaparecido: se advertían sus lechos como un sendero abandonado: por consiguiente ya no hubo riego para los potreros.

Las escuálidas manadas ambulaban mugiendo hambrientas, de uno a otro extremo de las alambradas, sin encontrar una hierbecilla verde; atacaban las parcelas vecinas, destrozando los cercados y echando al suelo las tranqueras. Surgían espantosas peleas entre los sementales y no pasaba día en que no se contasen pérdidas de valiosos tipos.

Se vendían grandes partidas y se deshacían de escogidísimos ejemplares, difícil de reemplazarlos.

Las lecherías bajaron a una décima parte de producción y la leche en la ciudad constituía un artículo de lujo.

Muy pocas eran las estancias en que se podía mantener algunas lecherías, gracias a las vertientes de las alturas y al forraje importado. Los García, los Ambrosi, los Zenteno, dos o tres

más.

En el empeño de alimentar al ganado, se lo echaba a pastar en potrerajes tiernos; se lo pasaba de una a otra división: entonces se pisoteaba la escasa hierba que ya no retoñaria. Aparecieron epidemias y era incombatible el meteorismo. De don Pedro morían de dos a tres cabezas diarias; los contados peones no se daban tiempo a curarlas, mucho menos a despostarlas. En las profundas cunetas, con sus patas al cielo y sus panzas exageradamante hinchadas, quedaban los bueyes muertos, para ser pasto de los perros y de los gallinazos que recogían las primicias antes que los hambrientos indios llegasen...

En los lugares destinados a la siembra, no nacía una sola semilla. La tierra tenía un color gris y semejaba, con los pedazos de potrero seco, un manto de pordiosero, hecho a remiendos, desgarrado y sucio...

Se esperaba la lluvia en todas las fechas conocidas y se porfiaba con volver a sembrar para que suceda lo de siempre, para que no naciera. Se perdía trabajo y semilla!

Por el contrario, en vez de las lluvias, venían asoladoras heladas, que concluían con lo poco que había escapado del verano.

El tiempo estaba loco; las estaciones, si así pueden llamarse los pequeños cambios climatológicos que se conocían y que no habían variado nunca, andaban de huida imitando al mundo en su loco desvarío....

* * *

Mucho se ha hablado sobre los problemas de la sequía en la región de Tarqui.

Allí llueve menos que en cualquier otro lu-

gar azuayo. Es tan abierto, está tan lejano de los bosques. La montaña del Portete ha desaparecido y en vez de ser sus seculares árboles los generadores de benéficas nubes, ahora han ido a conservar el fuego en las cocinas de la ciudad, degenerados en leña o carbón; o han ido a formar el maderamen de las casas. La explotación de los bosques en este lugar es un crimen.

Dueños de estos bellos campos: no destrocéis las florestas: cada hoja que cae es una gota de agua que se pierde.

Restaurad los bosques, sembrad árboles; embelleced las avenidas, costead los paseos, linderad los caminos con árboles; sembrad árboles, cualquier clase de árboles en las colinas y en las parcelas que no os sirvan para pastales... Así quedarán más bellos vuestros campos y serán seguras vuestras siembras. Cuidad las plantas, mimadlas, son vuestra obra: haced muchos, muchísimos, innumerables hijos en la buena tierra: ella no se cansará de producir, ni jamás adoptará métodos eugenésicos... Reemplazad los bosques primitivos y veréis cuánto ganan vuestros campos. Los árboles hacen tanto bien; sembrad árboles; cumplid con los tres mandamientos de aquel que dijo: «tened un hijo, escribid un libro, sembrad un árbol».

El primero lo habéis cumplido plenamente, demasiadamente; vuestra carne ya se ha re-creado... Habéis leído y escrito el bello libro del cielo estrellado y de la pampa abierta, donde habéis impreso con grandes caracteres vuestra vida de campesinos..... Os falta el tercero; vuestras manos pueden ser cultivadoras: sembrad árboles, haced fronda: el ramaje es la techumbre donde después podréis dormir tranquilos y descansar en paz.

Una vez cumplidos estos dictados de amor, podréis envejecer tranquilos y en vuestra senectud, tener tres distintas caricias: las manos de vuestros hijos, las páginas de un libro y la sombra de los bosques....

* * *

Un hálito de polvo se respiraba en toda la comarca. El cielo tenía un color de cobre, terco, amenazante. Las nubes eran una novedad y cuando se asomaban, se advertía un color estéril, blanco, desvaído; siempre nubes blancas, transparentes, livianas, pasajeras.

Los que vivían en los cerros no hacían otra cosa que quemar las zarpas en su ansia de que se formasen nubes. El sol, en medio cielo, seguía tostando la planicie con sus millones de calorías. A veces, durante los crepúsculos vespertinos, se aglomeraban plomizos cúmulos sobre las colinas, o en las madrugadas presentaba el horizonte, una gasa húmeda, esperanzando a los campesinos con sus mentiras de próximas lluvias; pero todo era estratagema del cielo: venía la noche y se contaban las estrellas claras y rutilantes, o amanecía y el sol desvanecía todas las ilusiones.

En los meses llovidos de todo el año, no ha caído ni una llovizna siquiera. El celaje se presentaba alborotado, corrían la nubes bajas y rápidas, caían algunas gotas gruesas, algunas gotas que podían contarse y, luego, se disipaban, como con miedo de humedecer la tierra.

Las manadas ahojaban los árboles de las lindes: sauces, capulíes, todo lo que encontraban, por más defendidos que estuviesen. Por fin atacaron las cercas de ágaves, comieron sus erizadas púas, sus tallos, hasta sus raíces.... La

pampa quedó asolada.

Y los campesinos? Nostálgicos de su tierra buena trocada en madrastra; lívidos, callados, comiendo hasta las pieles de los animales muertos; buscando en los hórreos el polvo de las mieses que dejaron las ratas; bebiendo el agua sucia de los pozuelos en el lecho de los ríos. Con sus mandibulas contraídas, apretados sus dientes, como en un ataque histérico; sus músculos faciales en contínua tensión, atrofiándose, olvidando su oficio de masticar.... Fantasmas ambulantes de ojos desorbitados y de labios secos y polvosos. Horriblemente tristes, horriblemente hambrientos: los puños cerrados, apretados de ansia y desesperación; el cerebro descentrado, con ímpetus de cometer crímenes, de robar el ganado de los amos, de hincar sus rudos dientes en los lomos de las bestias, para comer algo, para llenarse con algo, para saciarse, para hartarse... Iban y volvían por los caminos endurecidos por el verano, buscando lo que no encontrarían para su hambre incontenible y... morían, caían rendidos, extenuados, en los senderos, en las cunetas vacías....

Los que no morían de hambre, morían de epidemias: la difteria hizo cientos de víctimas. Todas las mañanas había una trágica romería al cementerio; primero se fueron los hijos, después los padres para no regresar jamás. Las chozas quedaban abandonadas y si eran las del páramo, se las incineraba con los cadáveres adentro.

Año ingrato y trágico: además del hambre y la peste, se anuncia la guerra, la guerra que concluirá con lo poco que queda. El Portete existe aún, ahí está, envuelto en el manto frío de la niebla, con el obelisco que se levanta para pintar un signo de admiración y que guarda patrió-

ticas leyendas: frases de entusiasmo, buenas para regocijarnos mientras no repercuta de nuevo el estampido de los cañones y no nos destruya la tempestad de las granadas.... Hay que aprenderse de memoria que fuimos cuatro mil bravos victoriosos sobre ocho mil vencidos, para volver a las trincheras , olvidando todo lo demás..... Y para estimularnos tenemos que repetir, como una plegaria, las proclamas de Sucre, cuando nos toque concurrir a estos certámenes de sangre....

CAPITULO XXIV

El juicio de aguas sostenido por los vecinos, seguía más reñido. El gran verano parece que irritaba los ánimos: no cedía ninguno de los litigantes. Ahora más que nunca se consideraba el valor inapreciable del riego y de parte y parte se atizaba el fuego de los códigos.

El Teniente, como representante de las autoridades, con el gran número de sus aliados de parte de un terrateniente, contra el otro hacendado, corifeo de muchos simpatizadores, a cuyo lado se habían puesto Antonio con los suyos y Valerio con sus recursos, eran dos bandos completamente intransigentes. Se hacían supremos esfuerzos por sostener sus derechos, sus derechos que significaban la vida o la muerte.

Un día, durante una inspección preparatoria, José sostuvo que todo cuanto se estaba practicando, era inútil.—En estos casos—dijo—y no anduvo errado—los jueces y los fallos de las cortes de justicia se quedan pa llenar de palabras los papeles sellados y pa dar ocupación a los curiales y de nada sirven en provecho de los interesados.— Sostengo y me ratifico en afirmar que en el actual caso, ya no se libra una campaña de intereses sino de honor: de lado y lado hay hombres pa quienes la Corte Suprema es un mito y cuyas prolongaciones han creado venganzas personales, muy distintas del

asunto principal.—¿Cuántas víctimas se cuentan hasta ahora desde que comenzó el pleito?.... Delitos y crímenes sin castigo y desapercibidos porque nada significan ante la magnitud de la acción principal.... ¡No, señores, estamos muy equivocados; estamos sosteniendo una causa sin importancia pa nosotros! Y de una vez diré lo que tantas veces he callado: mientras no desaparezcan de esta tierra Antonio y Valerio, o yo no abandone esta región, no terminará el litigio: es el dilema.

—¡Declare entonces Ud. la guerra—gritó uno que no era de los de la junta—; estamos listos a sostenerla contra nuestros adversarios y contra las venales autoridades que nos gobiernan! ¡Nos mataremos: por las acequias sedientas correrá la sangre de todos y no el agua; correrá sangre, señor Teniente y quizá la suya no se vierta también, porque entonces los campos quedarán más estériles de lo que ahora están!... Acepto su discurso, es evidente que el trámite es inútil, pero falta ver si los vencedores en el prosaico papel sellado, serán también los que se coronen de laureles en los encuentros del valor!

Los jueces no supieron si reir o huir. El improvisado orador era un jayán de dos metros de talla, con manos como yunques y gesto feroz.

El Teniente se calló, sin embargo que lo rodeaban todos sus empleados.

—Y señale Ud., señor Teniente— continuó el chazo— la hora del ataque; por nuestra parte, le juro que no comenzaremos con traición.— ¡Adiós!

Por la avenida de sauces se perdió el desafiador, al trote lento de su caballo castaño....

* * *

Mientras tanto, allá en la humilde y solitaria choza de la Chana, se representa, sin espectadores, el drama más amargo causado por el verano.

Dolores con sus hijos, de pupilos en la casa de la Guada y sin ocupación remunerada de ninguna clase, resultan una carga demasiado molesta. Antes todas las mujeres tenían un salario seguro, ocupándose en el ordeño; y hasta era un oficio disputado y solicitado: ahora, en las pocas haciendas donde todavía se puede conservar un rejo pequeño, bastan dos o tres doñas para servir.... Los mismos varones no tienen trabajo y sus mujeres, sin que nadie las pregunte por sus quehaceres, se contentan con contemplar la miseria de su familia y llorar de hambre, abrazando a sus hijos.

La Guada y los suyos viven de los dos litros de leche que les da su vaca, alimentada con cortezas de sauce y fibras de pencas. Esto también se acabará: ya el ternero va a cumplir diez meses y no hay asomos de que venga una nueva cría. En las haciendas no se reciben mesadas y no es posible aprovechar de los sementales. Dos litros de leche y escasísimas reservas de grano que la previsiva Guada guardó desde el año pasado. ¡De esto viven ocho personas!

La Chana no se preocupa sino con el gran dolor que le atormenta: es un espectro que vive del llanto y la desesperación; es una sombra hecha de silencio y de tragedia; para ella ya no volverán los días de sol y en sus noches, no volverá a rielar la luna de otros tiempos. Toda su vida se marchitó al golpe rudo de su sino fatal; toda su juventud desapareció al iniciarse

en la escabrosa senda de la maldición paradisiaca... El ser que batallaba en su seno, era una eterna, una incomparable, una incesante herida que la mataba; era una recóndita voz que la recriminaba e iba cercenándole la vida a grandes tajos.... Sin embargo estaba más bella y más ingenua: sus ojos tenían un infinito mirar nostálgico y hacían, al tornarse, un desdén a la vida y al mundo, donde todos los días suceden análogas historias, colocando a los seres en el umbral donde terminan las esperanzas e ilusiones y comienzan las desabridas realidades del vivir.... Su boca con un rictus de indiferentismo era una fresa incitante en un huerto inaccesible y sus manos, largas, finas, con el barniz de muchos soles y de mucha luz, tenían la actitud suplicante y el corte irredento del campesino proscrito.... Era una dolorosa con la inmensa soledad de la pampa y con la ingenuidad de la Virgen del Carmen de Tarqui.

Valerio le obsequiaba con dinero frecuentemente. La Chana todo lo entregaba a su madre para que hiciera frente a la terrible situación de su hogar.

. . . . . .

La Guada llamó a comer: eran las siete de la noche. Los cholos que ya se iniciaban en el trabajo, habían pasado todo el día con las manos en la esteva, ensayando otra siembra.

Hambrientos y fatigados, acudieron a la cocina. Sobre una sucia tabla colocada en la pared, chisporroteaba un mechero alimentado con sebo de res.

Dolores se sentó agradecida y avergonzada, rodeándose de sus pequeños, incluso del último chico, del rescatado por Valerio de la felonía de

José. Al frente cerraba el círculo la familia de la Guada.

Sobre el suelo, en una bandeja de barro, había mote en una cantidad miserable y en los platos servidos, caldo desabrido, con unas piltrafas de carne guardada e indigesta.

El mote terminó con las primeras puñadas para el caldo. La segunda vianda, un poco de harina de arvejas con coles, en colada inapetitosa, se tomó sola. De postre repartió la Guada una rebanada de quesillo.

—Bendito Dios, alabado— comenzó a rezar Dolores y todos le siguieron, juntando sus manos enflaquecidas y torpes.

Los chicos tomaron nuevamente los platos y echándose a la cara, lamieron la última gota. Uno de ellos levantó la cántara de agua y bebió sin medida:

—Ajustaremos siquier con esto—dijo y se levantó para tenderse en la tarima.

El último hijo de Dolores, en su inicial idioma pidió más:

—Mama, quelo más, dame más comida, tengo hamble: tuavia mi barriga no se yena.

—No hay, contestó Dolores y da gracias a Dios que vivamos aún.

El niño se envolvió en la pollera de su madre, llorando amargamente.

Las indias se miraron con tristeza y bajaron sus párpados para ocultar sus lágrimas.

. . . . . .

Después de media hora, el chico gritaba inconsolable con una tremenda intoxicación: había satisfecho su hambre con tierra sacada de la pared de junto a su camital

Mientras tanto afuera Valerio y el Shalva

concertaban un desafío a muerte para algún día en que se hallasen solos. El amor de la Chana era tiempo de que ya se inclinara a un lado o a otro y el indio, el peón, había perdido el respeto al amo Valerio que ahora era simplemente su contendor.

CAPITULO XXV

Un día triste. Esta mañana, sólo por contribuir a mayor pesadumbre que no para servir de beneficio a la tierra, caía una fina garúa que tejía cortinajes plomizos desde el alto cielo nublado, hasta el suelo gris de los pastizales.

Había un gran silencio de monasterio en toda la planicie. La niebla ocultaba los cercados y los potreros, acortando cada vez más el horizonte. El escenario se reducía, para cada espectador, a un espacio que semejaba un teatro cuya tramoya hacía el milagro de apariciones fantásticas, con el cambio lento de telones de gasa. A veces era la visión de una choza humilde y envejecida, que se desvencijaba al peso de su tristeza y soledad; otras, aparecía un pedazo de cerca de pencas, como si fuese el dorso de un puerco espín; ora se veían árboles sin movimiento, ora cambiábase la escena con el cuadro mudo de un meditabundo toro que rumiaba en la altura.

El lecho del arroyuelo de Toma—huaico aparecía seco y desde hace tiempos se había dejado de oír el dulce croar de las verdes ranas.

* * *

Mama Nicolasa había salido en busca de algún honorario en su profesión que, día a día,

iba desmereciendo en el concepto de los clientes.

Llegó a caminar hasta cerca del pueblo y el buho, como de costumbre, prendido a sus hombros, iba graznando quedamente y dando íntimos quejidos.

De regreso Nicolasa, sintió que le faltaban las fuerzas y un vahído la hizo caer junto a la cerca en el camino de Cumbe.

Se acercaba la muerte. En el último mayo se llenó la damajuana: cronómetro de la vida de la bruja.

—Cuando yo muera y cuando mueran otros más cuyos pecados atraen las maldiciones sobre Tarqui, entonces vendrán días de ventura, decía, a medida que daba quejidos en cada esfuerzo por levantarse.

Los pastores que la vieron, huían como de un poseído y nadie se acercaba a auxiliarla. Entre la vida y la muerte y cayendo a cada paso, avanzaba hacia su choza. El buho, enfermo también, se detenia y en cada descanso graznaba, en tanto que Nicolasa, con los ojos desorbitados y lánguidos, seguía profetizando y lanzando maldiciones a todos los tarqueños.

Al fin reaccionó un poco y, sin detenerse, continuó su camino. Su figura era una sombra que avanzaba a flor de tierra.

Erguida, terriblemente siniestra, la cabeza echada hacia atrás, los cabellos flotando al viento, los ojos fijos al sol y horriblemente ensangrentados; las manos extendidas hacia adelante, ansiosas, esqueléticas, crujiendo a cada instante, buscando algo, en su ansia de asirse de algo que ya no encontraría jamás; todo su cuerpo rígido, enjuto, ganaba terreno, sin caminar, en tanto que el buho, volando sobre su cabeza, dibujaba con su sombra una cruz de muerte, so-

bre la tierra calcinada.

Los cholos pastores asustados dieron noticia a sus familiares y después de pocos momentos un gran corro de indios seguia «el vuelo de la bruja», desde cierta prudente distancia, lanzando gritos de desesperación y angustia. Los niños lloraban y se prendían a sus madres, temblando de terror; las indias, desgreñadas y temerosas, entonaban dolorosas y trágicas canciones, en tanto que los hombres elevaban súplicas de perdón y de reconocimiento a la sibila que estaba efectuando el más grande milagro de su vida.

Y Nicolasa, como una sombra, pasaba sobre pastales y tranqueras, como si una fuerza invisible la sostuviese y la trasladase en su éxtasis.

Se detuvieron los indios y lanzando una blasfemia, asentaron la frente en la tierra, mientras los niños ensordecían con sus lamentos.

—Se va nuestra sombra, nuestro consuelo; se va pa no saber los crimenes de esta maldecida tierra--gritaba uno de los mayorales.

—Anda adelante, mama Nicolasa—contestaba otro indio— y maldice a los runas y maldice a esta tierra traicionera que nos mata de hambre y desnudez.... Pero nó! Te inculpo sin motivo, tierra mía, tierra que fué nuestra.... Otros tienen la culpa, maldice a ellos y haz que desaparezcamos todos!

Y se echó sobre el césped, mordiendo las amargas raices y lanzando ayes e imprecaciones.

Nicolasa rígida y asombrosamente misteriosa, salvó todos los obstáculos y se perdió en el trayecto de la garganta de Toma—huaico, siempre coronada del fatídico buho...

* * *

—Anoche ya no cantó el buho en los eucaliptos—dijo Macario, mientras iba con dos peones siguiendo hacia arriba el borde del barranco.

—Qué ha de cantar, maldito demonio—contestó uno de los indios—; anoche me dijeron que estaba en agonía mama Nicolasa.

—Ojalá se muriera esa perra bruja, la causante de la desgracia de todos nosotros.

Y siguieron andando hasta cerca de la casa de la india.

—Nada se oye—siguió uno de ellos.— ¿Se moriría ya?

—Entremos—insinuó Macario—; de insultarnos con su fiera lengua, no ha de pasar, en caso de que Dios le haya concedido la vida.

Los tres indios dejaron la herramienta entre la zarpa y penetraron en el aposento misterioso.

La damajuana de sus adivinaciones se había llenado hasta el cuello con las aguas del último Mayo y, cumpliéndose el pronóstico, Nicolasa había muerto a la madrugada de ese día.

La amarillenta vieja de nariz de buitre, yacía bocarriba sobre la desmantelada cama, con los brazos extendidos, desnudos, y abandonados y sus piernas de paréntesis temblorosos. En sus ansias de agonía se había arrancado los cabellos y entre sus dedos contraídos, se sostenían aún, frescos jirones de su piel. Había luchado con la muerte: sus cobijas estaban revueltas y el flaco colchón de paja, yacía en el suelo, caído al acaso. Las repisas que sostenían los cráneos de los animales, las había destrozado y todas las efigies de las paredes, aparecían con rasguños. En la soledad de su agonía, parece que se había revolcado en el duro

suelo y heridose con sus utensillos, porque en sus muslos descubiertos, había sangre coagulada y en todo su vientre surcado de arrugas, como un campo estéril, se advertían despelleja-duras. Su boca estaba desmesurada y horriblemente abierta, en la que aparecían dos caninos sucios y amenazantes: tuvieron veneno de víboras.

Murió sin que nadie la acompañase y, de no ir casualmente los tres peones, allí se hubiera quedado a podrirse o acaso a momificarse en el misterioso secreto de su choza oculta. Los que la vieron volar no tuvieron coraje para llegar a la casa, porque pronto llegó la noche obscura y amenazante.

—¡Helayl se acabó mama Nicolasal—exclamó uno de los indios, disponiéndose a salir.

—Quién le enterrará, no tiene familia ni parientes lejanos siquier—siguió otro, mientras robaba y escondía la damajuana bajo su poncho.

—Hay que enterrar, hay que enterrar— sugirió el mayoral—; nosotros tenemos que darle sepultura, sacando el dinero al juego del *huairo.*

En el patio los dos guabisayes agostados y retorcidos, sostenían la cuerda donde había puesto a secar la ropa el día anterior. El viento las remecía y simulaba una flaca mano que hacía un ademán de despedida.

Más allá, sobre el sombrío peñón, elevábase siniestro el capulí secular. En el laberinto de sus irregulares ramas, no formaban nidales los jilgueros y hoy, más que nunca, se hallaban desnudas y espantables.

Hacia un grueso y carcomido tronco, endilgaron sus pasos los tres indios, para pensar en preparativos de boda.

—¡Alaul— gritó Macario, al llegar— te has muerto también, pícaro, endemoniado! Y.... le-

vantó por las alas al siniestro buho muerto también, al mismo tiempo que la bruja.

Sobre la negra sangre había expirado el temido compañero de los funestos augurios.

Macario entró de nuevo al aposento y en una trágica irreverencia colocó sobre el cadáver de Nicolasa al buho con sus negras alas abiertas.

—Quédate allí, maldito pájaro, hasta que volvamos pa el velorio. Quédate y juntos adivinen qué les va a suceder en la otra vida....!

* * *

En el mismo aposento de la bruja, después de limpiarlo y ordenarlo convenientemente, se reunieron por la noche algunos peones de la hacienda García, presididos por Macario y uno que otro que se creía pariente, para cumplir con los requisitos y costumbres con que se honra la memoria de los muertos importantes.... Naturalmente Nicolasa había desempeñado un papel principal en la tragicomedia de la vida criolla y era necesario jugar al huairo.

Sentados en todo el espacio de la obscura pieza, dieron comienzo los mayores. Entre los cachivaches de la difunta encontraron el huececillo indispensable para el juego: una especie de dado alargado, con signos que tienen un valor convencional, es arrojado al acaso al suelo, siguiendo el turno los del corro.

Empezaron entonces las apuestas: Macario ha perdido algunos reales y el Shalva está a punto de casar la única peseta antigua, que guardaba como amuleto y recuerdo de los buenos tiempos que se fueron.

En una cajita se depositan las pérdidas de los jugadores hasta reunir cantidad necesaria

para pagar la misa ritual de difuntos que produce el huairo.

Se hace necesario reunir una cantidad mayor para pagar sepultura y otras ordenanzas de la Iglesia. La finada no contaba en la vida con teneres ni economías: vivía estrechamente con los honorarios de su profesión, que en los últimos tiempos decayó mucho, porque una nueva sibila del Callejón, se llevó toda la clientela.

En la alcancía se alcanzó a reunir once sucres cincuenta centavos...—Rogando al cura y ofreciendo pagar con trabajo personal, se conseguiría cumplir con todos los honores póstumos.

Las exigencias del huairo hicieron que se apostase el único cabro de la finada y, una vez jugado, como es costumbre, se lo aderezó para que comiesen los del velorio.

El infeliz pejugal y los pocos trapos de Nicolasa se llevaron los acompañantes, pagando una cantidad relativa, la que también se jugó al huairo y se sumó para los gastos de funerales y entierro.

Una vez terminada la primera parte se continuó a representar la pieza teatral que no sé como llamarla: es la biografía llevada a escena, con actores que conocieron la vida y costumbres del muerto. Francamente los indios tienen caprichos e ideas, que se ignora con qué intención las realizan:

Dos hombres en este momento simulan ser un par de caballos que pelean atrozmente: las coces y los relinchos repercuten en las negras paredes. Hay otros que remedan aves de corral, y, por fin, hecho el silencio, aparece una vieja que comienza a adivinar, como lo había hecho Nicolasa.... Termina la función, despues de que dos mozos, simulando una yunta, arrastran un

arado sobre la gente, que asustada, se agolpa hacia los rincones, fingiendo la visión de la a-melga que en la arada, se abre hacia los lados de la reja. Atrás sigue una doña que finge el oficio de sembradora y que viste la ropa de la finada.

Una vez representadas todas estas circunstancias y detalles que rodearon en vida al que fué pariente y conocido y, llevadas a escena, más o menos, las principales acciones, se forma el *huando* (1) y se prepara el viaje al pueblo.

En este caso de Nicolasa no se ha lamentado ninguna desgracia, pues la comedia repitió toda su vida pacífica y pobre.... Hay que ver cuando se trata de un huairo en la muerte de un varayo, o de un contrabandista o de alguien que haya tenido la *ligereza* de quitar la vida a un prójimo....

En esta vez, como en todas, y durante la representación, los mozos encontraron bella ocasión para estar junto a las solteras. En los indios todas las fiestas son intencionados compromisos para el epílogo de la sensualidad....

. . . . . .

Se ha dejado para el día preciso el cumplimiento de otro deber de recuerdo: el *Cinco*. El cinco se celebra a los cinco días del entierro y consiste en reunirse nuevamente, precedidos de una pareja de mujeres vestidas de duelo, que hacen de plañideras, y piden en todas las casas del trayecto algo de comer y de beber... Un pretexto para embriagarse y divertirse.

Este requisito no se cumplirá con Nicolasa: fué tan pobre y tiene tan sólo parientes muy lejanos....

(1).- *Andas.*

CAPITULO XXVI

La cuarta y última siembra en las dehesas donde todavía guardaban un resto de semilla, o donde los dueños tenían la bendición de un poco de dinero, para comprar a un precio inverosímil en el mercado.... Sembraban cebada. Ya para el maíz era demasiado tarde.

La última siembra, la postrera esperanza de los campesinos, que aprovechaban dos o tres días de llovizna, las únicas en más de un año de sequía.

Pero Tarqui ya no se preocupaba tanto con el problema agrícola, cuanto con el moral.

El costoso pleito de aguas, en cuyos tentáculos estaban aprisionados hasta los más indiferentes campesinos que ningún provecho iban a obtener, era lo que les obsesionaba. Los dos bandos, en la impertinente búsqueda de pruebas y argumentos, habían señalado un puesto de acción a cada cual, según su manera de opinar; de manera que, o estaban sosteniendo con uno de los litigantes el dereho de éste, o estaban con el otro, apoyando la labor de reivindicación. No se cedía de ningún lado y los correveidiles empeoraron las circunstancias, hasta tal punto de considerarse enemigos declarados. Cada día en la Estación se creaban nuevas dificultades entre los arrieros y se preparaban nuevos programas de ataque y de defensa. El Teniente a-

tizaba los caprichos y, tanto por estar de parte del úno, cuanto porque los del otro bando--Antonio, Valerio, la Chana, etc., etc.,—tenían otros motivos de enemistad, se portaba diligente para apoyar a únos y molestar a otros.

Todo el engranaje convergía en un mismo centro, cuyo arreglo pondría paz y establecería derechos; esfumaría celos y resolvería dificultades que dejarían libre el camino para el desempeño de su cargo de dictador de la región.

. . . . . .

El robo de ganado seguía más frecuente y el Teniente, sin considerar que Valerio podría regalar mil veces más de lo que poseía cualquier hacendado, echábale la culpa.

—Siguió el oficio, el mal oficio de Guamán, y hasta le superó al robarle a su hija—decía José, como pronunciando una sentencia, en medio de un grupo de indios que lo coreaban.— El mismo debe ser quien robó al hijo de Dolores, ¿quién otro puede ser? Ahora pa el Carnaval ha de intensificarse más el robo: debemos, si no es posible antes, inmediatamente después del Pucara, reunirnos para acabar con esta peste de nuestro ganado y debemos pensar en triunfar de una vez o en declararnos perfectamente cobardes! —Valerio no beberá del agua en disputa ni volverá a verse jamás con la Chana!

CAPITULO XXVII

Los peones de la hacienda de don Pedro habian presentado, antes de ir al Pucara, el *Zhitay* a su patrón. Zhitay sólo de flores y de palabras de cariño: la situación no daba para más. Pero la pobreza y hambruna no restaban una costumbre vieja y tradicional. Zhitay que en quechua tiene un significado muy sentido y que puede traducirse tal vez por ofrenda, por obsequio de gratitud, por rendimiento sincero ante el patrón a quien quieren y a quien respetan.... Zhitay de otros tiempos mejores, de tiempos de abundancia en que se ofrecía al patrón lo mejor de sus regalos.

Zhitay, rito autóctono que ya desaparece en estos días de las realidades absurdas. Zhitay, arrojamiento de flores al pie del amo que correspondía con aguardiente y un banquete servido en la pampa, con montones de mote, cerros de carne y ríos de chicha; banquete largo ofrecido a centenares de indios conciertos y vecinos.

Esta vez se redujo a arrojar flores y una que otra gallina flaca. En cambio don Pedro que comprendió toda la tristeza y toda la miseria de sus indios, no escatimó recursos para ofrecerles una comida igual a la de antaño.

Los hambrientos peones comieron hasta la saciedad e hicieron huanllas y se hartaron por lo que no comieron antes, por lo que no come-

rán después.... Y se fueron pronto, medio borrachos, cantando y tocando sus violines trágicos y bendiciendo a don Pedro que era el único que se compadecía de su miseria y el único que podía compadecerse...

Cantando y llorando subieron las pendientes para asistir luego al Pucara, para embriagarse más hasta no sentir sus dolores y olvidar sus pesares....

En el patio de la hacienda quedaron exhalando su aroma las flores de retama y en el corazón de don Pedro se recogieron todas las lágrimas de sus indios....

* * *

En la planicie de La Rivera habíanse concertado los dos bandos para el gran desafío del Pucara de los carnavales indígenas. Los pueblos de Tarqui y Cumbe definirían la superioridad.

El Pucara es la fiesta más grande que los indios pueden celebrar.

Una vez aceptado el reto, los hombres más diestros, los jayanes más robustos, ensayan sus temibles ataques.

Vestuario: el *cobijón* que consiste en un sombrerazo de cuero de res, cuyas alas tienen más de un metro de diámetro y cuya copa, de forma cónica, está formada de cuatro o cinco capas también de cuero grueso, y pesa todo de cuarenta a cincuenta libras.

El *zamarro:* generalmente confeccionado de piel de cabro: requisito indispensable para los luchadores.

En los brazos acostumbran llevar *caramangas* (1), necesarias para ciertos golpes en la lucha.

(*1*).- *Mangas de cuero.*

Armas: la honda, la temible honda que para estos *juegos* consiste en una esfera de bronce cubierta de finas puntas, a manera de un erizo, atada al extremo de un cordel que mide unos seis metros.

Y el arma más eficiente: la boca, la lengua desaforada que profiere flasfemias e insultos inauditos.

Al comienzo de la lucha se dicen barbaridades, se *declaran las verdades,* se publican robos y picardías, se injurian, se amenazan, se juran venganzas y consiguen irritarse hasta saltar al plano, aplaudidos por las mujeres y por los cholos que les estimulan y les arrojan frutas...

Entonces comienzan todos contra todos a lanzarse la honda y a recibirla, si son diestros, en la copa del cobijón!

. . . . . .

Pucara llamado juego por los indios, pero que es una batalla campal en que ganan los fuertes, los diestros, los audaces y los menos borrachos. Pucara, resto salvaje de las escaramusas incaicas. Pucara, tiene renombre el partido quinjeño que ha derrotado a muchos pueblos vecinos. Quinjeños, indios atletas, indios hércules; adorables por su gallardía, por su orgullo, por su dignidad, por su buena voluntad; indios que se traen sobre sus lomos y a la carrera desde Quinjeo a Cuenca, ciento cincuenta libras. Indios campeones del austro, los mejores para ser conciertos....

El Pucara está prohibido; es necesario esconderse para jugar: los párrocos los excomulgan y los tenientes políticos imponen grandes multas a los desafiados....

Pucara del carnaval, de aquel regocijo común en que todos tienen el deber de hacernos

comedimientos y úno el de recibirlos.... sin derecho a protestar.

Carnaval ciudadano tan distinto al del Campo. ¿Quién va por ahí desgreñado y empolvado, con fisonomía embadurnada, como pared de arrabal? El hijo del pueblo que es el que más goza en este sainete de locos, mientras allá, arriba, en los pisos de cristal, la *créme*, tuesta las espaldas con lociones que le bajan desde el cráneo, y entreteje redes de amor con serpentinas polícromas.

Carnaval, carnaval que pudiera ser la fiesta quintaesenciada de los jardines; desde el *sangurachi* de los plebeyos, hasta las esencias floridas de rosas y jazmín.

. . . . . .

En La Rivera se ha formado un inmenso círculo de mujeres, de cholos y de tinajas de chicha de jora. Es el lunes de este carnaval autóctono, en que se juega con serpentinas de lazos y globitos de bronce y se riega, en vez de narcisos, el rubí líquido de la sangre criolla.

Antonio ha ido, naturalmente, apadrinando el partido tarqueño, en el cual juegan su nuevo mayoral y otros runas conocidos.

El Shalva, ya bien curado de sus heridas, también se apresta a la lucha: luce un cobijón muy pesado y zamarros recién confeccionados: hay decenas de chinas que le brindan, cada cual más dichera y graciosa, ricos jarros de chicha.

Comienza el juego; miles de gritos atruenan el espacio y, entre la confusa vorágine de ofensas e imprecaciones, caen los heridos; las mujeres se acercan a auxiliarlos; las hondas silban sobre sus cabezas; una de éstas hace un jirón de sesos y de sangre, al despedazar a una infeliz, en su vertiginosa circunvolución; gritan los

niños y tiemblan de espanto y hay muchos de ellos cubiertos de sangre a causa de las bofetadas imbéciles de sus madres, en el empeño de apaciguarlos..... En el aire revientan algunos cordeles y las hondas se lanzan tangencialmente haciendo una víctima lejana.... Rimbomban los tambores y gimen los violines tragicómicos, en medio de la locura de los ebrios, de los chillidos de los niños y de las exclamaciones de las nuevas viudas que ansian morir sobre el cadáver de sus esposos.....

Los Tarquis se imponen: sus enemigos comienzan a abandonar el campo. Entonces las mujeres ayudan la retirada y siguen a los vencidos, lanzándolos palos y piedras, cuando no alcanzan a herirlos con los tupus.....

Antonio intenta contenerlos, pero sus gritos y disparos, se ahogan en la ensordecedora gritería... Avanza el párroco en su afán de apaciguarlos, pero los enfurecidos indios no oyen ni respetan, ni acatan: son fieras indomables.

Antonio y el cura son arrollados entre el tumulto, incluso sus caballos y, gracias a supremos esfuerzos, logran romper la barrera humana y huir de la hecatombe.....

En la planicie ha quedado el doloroso trofeo de carne y de sangre con que harán los cóndores el verdadero carnaval andino....

Los Tarquis vencieron: sufrieron sólo tres bajas. El Shalva es un campeón invencible y feroz.... Los Cumbes, dispersos, vuelan por las pendientes en su ansia de salvarse, dejando en los zarzales los cobijones y zamarros: trofeos para los victoriosos....

Y el lunes de carnaval termina en Tarqui, con algunos hogares deshechos y muchas desgracias que se suman a las tragedias presentes de hambre y de malquerencias.....

CAPITULO XXVIII

Una noche ya muy avanzada se aparejaban cuarenta caballos en el patio de la Estación, preparándose para una penosa jornada.

José y los de su partido habían resuelto hacer desaparecer a Valerio. Tenían que buscarlo hasta dar con él y, sin que nadie lo supiese, darle muerte y sepultarle en alguna encrucijada de la montaña.

Esperaron que todos los jugadores del Pucara estuviesen en sus casas, para comenzar la búsqueda.

Serían las once de la noche: en medio del más estricto sigilo, los comprometidos, armados de todas las armas que pudieron conseguir y tomando buenos tragos, montaban para dirigirse al pajonal.

La bruja Nicolasa y el buho ya no maldecirían a Tarqui; esta noche debían terminar todas las desgracias.

La ruta que seguían no era muy frecuentada, a fin de no encontrarse con algún chumado del Pucara.

Al llegar a la cima, se dividieron en grupos y siguieron distintos derroteros.

La luna debía salir a la madrugada; mientras tanto la noche era una mancha de tinta china y el cielo daba idea de haber descendido hasta tocar con sus crespones las mismas a-

ristas de los collados.

José iba con cuatro indios, los más feroces y conocedores del terreno, siguiendo una senda oculta y que creían era frecuentada por Valerio. Arriba, en lo más empinado, donde convergían todos los senderos, quedaron atalayas con la orden de disparar en caso de que Valerio intentase huir; a la vez las detonaciones serían señal para que se concentrasen los demás....

.....Ninguna señal se oía y, al paso de los rastreadores, se levantaban de bajo las malezas, las perdices asustadas lanzando lúgubres graznidos.

En las cuencas profundas de los manchones de selva, daban a veces la voz de alarma los noctámbulos leopardos.

Tiritando y somnolientos, pasaban algunos viajeros de Loja, camino de Cuenca, guiados por el correo, que para gastar sólo tres días desde las lejanas tierras del sur, debían andar día y noche.

—Oye viajero—llamó José— No has visto por allá a don Valerio?

—Le conozco bien—contestó el correo, pero ahura con las tinieblas no se puede reconocer.

—¿No has advertido alguna fogata, algún indicio?

—No, siñur; a istas horas todo descansa, sólo nosotros pasamos de priesa y perdone usté, debo entregar la valija a las ocho de la mañana en la ciudad.

El correo siguió su acelerado paso en dirección a la bajada que da al pueblo de Cumbe. Debía atravesar el caserío y seguir todo el trayecto entre las haciendas, hasta llegar a la Estación.

* * *

En medio de un círculo de livianas nubes,

apareció la triste luna menguante, allá en el confín de perfiladas colinas; como una curiosa asomó para sorprender a quienes cometían el sacrilegio de romper el silencio e interrumpir la quietud; el baño argentado de su fría luz, llenó de misterio la infinita planicie.

Valerio en su inaccesible escondite, despertó con los primeros rayos de luna que jugaron en sus párpados un ensayo de semáfora preventivo.

Sultán sacó su cabeza por una abertura de la tienda y venteó en todas direcciones; luego, volviéndose hacia su amo, comenzó a aullar, como presagiando algo extraño.

Abajo, muy abajo, en la planicie de los «Pantanos», tentaban el camino unos hombres armados y comenzaban el ascenso al picacho.

Valerio pudo adivinar que eran las empleados de José. Rápidamente ensilló su chaguar y se alistó para cualquier evento.

—Se trata de un acecho—se dijo—; quieren repetir la proeza de hace meses, en el Zaguán... Si estarán custodiadas las salidas en el Portón; acaso ya estoy encerrado.

Ciñóse sus dos pistolas, y en su magnífico caballo, comenzó un descenso inverosímil, por la pendiente más agrietada de los roquedales.

Efectivamente estaban custodiadas las salidas.

Cuatro indios perfectamente armados atisbaban en las tranqueras del monte.

—Estoy encerrado—pensó Valerio—; debo arriesgarme así me cueste la vida. Es preciso escapar por entre las gargantas más difíciles.

Mientras tanto ya se percibían silbidos quedos y llamadas cautelosas de los buscadores.

Dando una curva sobre las pizarras delesnables que terminaban en un profundísimo a-

bismo, Valerio llegó a un salto entre dos rocas, cuyos filos eran dientes de un monstruo invencible.... Se resolvió y logró con dificultad vencer el peligro, siguiendo entre la montaña un sendero oculto....

Cuando llegó a la cúspide, vió un verdadero escuadrón que subia a su asidero.

—Iban a sorprenderme como a un cervato —dijo, deteniendo su chaguar. Entonces hizo un disparo y empezó a bajar por el lado opuesto, al galope, por la empinada pendiente.

Los buscadores, a duras penas podian imitar sus hazañas, pretendiendo seguirle por la escabrosa senda... Muchos fueron a dar, incluso sus caballos despedazados, en tenebroso abismo.

Cuando Valerio asomó hacia un otero, vió acercársele otra fracción de caballeria más rápida y más resuelta.

--Estoy perdido— gritó, y empuñando su pistola, esperó la muerte.

Mientras se acercaban, reconoció asombrado que quien guiaba era Antonio...

—¡Antonio, tenías que ser tú; quién otro podía seguirme en esta imposible pendiente: estoy perseguido!

—Me avisó el correo y no sé si he venido volando; estoy aquí con mi gente y con otros indios de nuestro partido. Podemos despedazarlos.

—¿Qué hacemos? Matarlos seria una monstruosidad.

—Esperen —siguió Antonio—; voy a hablarles.

Desde la cima de una roca, gritó a los adversarios.

Una descarga surtida, fué la respuesta. Antonio siguió el reto, hasta que advirtió que ve-

nía un emisario, portando en una vara un trapo blanco.

—Nos piden paz—dijo Antonio—; resuelve tú, Valerio.

—Esperemos hasta que llegue— contestó Valerio—; no sé qué vendrá a proponernos; pero paz nunca les daremos; ya es tiempo de liquidar nuestras cuentas; de una vez quiero saber si seré siempre fugitivo. Y hoy se solucionarán todos los asuntos que atormentan a Tarqui: yo o José... Uno de los dos tiene que morir.

—Alabado sea Jesucristo—saludó un rabadán que tenía todo el corte de un hércules. Su cara era una suela donde brillaban dos fieros ojos guardados por una cruz de cicatrices espantosas.

—¡Canalla!— gritó Valerio—; que se acerquen, diles que se acerquen!

—No patrón; serenidad, amo Valerio— contestó el indio—; vengo mandado de don José pa arreglar a buenas.... Nosotros, los indios de ambos bandos no tenemos porqué morir.

Valerio se le acercó y poniéndole la pistola en el pecho:

--Te conozco y no te mato de asco.... traicionero; tú fuiste de la hacienda. Dile entonces al hijo e..... que resolveremos los dos, con armas o sin ellas.... Tengo ansias de extrangularlo, de llenarle su boca con los guijarros del sendero, de arrancarle los ojos.... Dile que venga, los míos no tomarán parte.

* * *

En un punto más o menos plano, se había formado un corro de jinetes de bando y bando, ansiosos de asistir al más grande espectáculo que pudo suscitarse en Tarqui, durante estos últimos tiempos.

Al centro había un espacio reducido, como para lidia de gallos. Se concertó el desafío sin hacer uso de arma alguna. José sabía que Valerio no erraría su disparo.

Cuando Valerio vió romper el círculo a José, lanzóse como un felino. José lo recibió sobre sus puños bien cerrados y Valerio cayó al suelo...

Luego, como un resorte, Valerio se puso de pie y atacó furibundo a su enemigo. La barrera de hombres aplaudía la actitud de cada uno de los suyos.

Se enredaron sus brazos, revolcaron como víboras; sin decirse palabra se herían al golpe de sus puños; el choque de sus músculos hacía un chasquido incesante; el encuentro de sus huesos se repetía en el eco del peñón; la blasfemia, la ofensa, el grito, se confundían con el acecido, en tanto que los bandos estimulábanlos con amenazas y ruegos...

En la inconsciencia de la lucha se arrancaban los cabellos; la ropa estaba en jirones.... Bajo el cendal de la camisa de José, se notaba su pecho exageradamente agitado... Los bíceps de Valerio daban idea de estallar pronto y, temblorosos, lívidos, oprimían mortalmente el cuello de su adversario, mientras José hincaba sus dientes en los muslos de su enemigo.

Al fin se quedaron un momento sin moverse y sucedió lo inesperado: casi asfixiado cayó José a tierra, saliéndole sangre por la boca y los oídos.

Valerio esperó que recobrase sus fuerzas, sin tocarle, cuando de repente, rompió el círculo de espectadores un indio con una daga en la mano....

Valerio se preparó a esquivar el golpe, pues era el Shalva, con quien quedaron desafiados

una noche donde la Chana.

—¡Traicionero!—gritó Valerio. Pero el Shalva, sin dar más tiempo, hundió su puñal en el pecho del Teniente, gritando en medio de su llanto....

—¡Criminal, muere como perro, más te lo mereces, canalla: me has engañado!.... Y quedóse temblando, sin poder articular palabra.

¿Por qué mató al Teniente y no a Valerio? Era la pregunta de los indios.... Se hizo el misterio.

El Shalva vino al cerro avisado por el mismo correo que notició a Antonio.

Cuando pudo hablar, dijo enfurecido:

—¡Yo tengo que acabar con este perro!

Mientras Antonio atendia a Valerio, el Shalva, como un monstruo, pisoteaba el cadáver de José, hundíale las espuelas en los ojos, le escupia en la cara y por fin clavaba su puñal en el cuello del Teniente que ya no volvería a hablar más.... Luego dirigiéndose a Valerio:

—¡Sígueme, amo Valerio.... ha pasado un espanto, ha pasado un espanto..... nuestro concertado desafío en la casa de la Chana, no tiene objeto! E insinuó a bajar hacia la hacienda...

Los indios de José se dispersaron ante el fracaso de su Jefe y ante la actitud inminente de los de Valerio que se consagró una vez más como el rey de la pampa.....

* * *

Por el largo camino bajaba la cabalgata, tiñéndose de los arreboles del crepúsculo.

La humilde choza de la Chana se divisaba abajo en la planicie, como un regazo tibio de ilusiones.

—Ha terminado mi odisea—exclamó Valerio, mientras bajaba al trote lento de su chaguar invencible.

Sultán, dando saltos de alegria, guiaba el camino yendo y viniendo.

—Y se ha sentenciado sobre el pleito de aguas—siguió Antonio.... Acaba de casarse un hijo del úno con la hija del otro litigante.

—Somos la Corte Suprema.....

—Sólo me espera la solución de la Chana —continuó Valerio, anhelante y nervioso....

—Nadie añadió nada ante tal situación... El Shalva permanecia en silencio y venia el último, montando en pelo su caballo cansado.

—Puedo casarme hoy—gritaba Valerio, quedamos en casarnos en esta semana de carnaval..... ¡Antonio, Antonio, hermano más que amigo! ¿No celebramos mi próximo matrimonio?

—¡Un carnaval de sangre, Valerio, un carnaval de penas, un carnaval de.....

Este momento llegaban a la choza de la Chana y, saliendo Guada al encuentro, echóse a llorar desesperada, en el borde del camino.

Valerio saltó de su cabalgadura y, acompañado de Antonio, penetró en el tenebroso aposento de la Chana..... Sobre una tarima yacia la joven, con sus grandes ojos entornados al cielo y sus manos rigidas y frias.....!

—¡Ves que tuve razón en hacer lo que hice!—dijo el Shalva, entrando ese momento.—¡La Chana ha muerto al dar a luz el hijo del criminal.....! Y se arrodilló a los pies de su amada, ahogándose en llanto.

Valerio se quedó extático exclamando:

—¡Todo está resuelto.....!

* * *

Sobre la ilimitada planicie se descargaba una rugiente tempestad redentora. ¡Todo se ha conseguido!

FIN